

Z/ 13135: 15, 727 (1926)

FRAY MOCHO



"BOHEMIA"

N.º 727

30.3.1926.

ESTAS MARCAS

SON LAS
PREFERIDAS
PORQUE

proporcionan

CALIDAD - PRESENTACIÓN
Y
AHORRO POSTAL GRATUITO

Señor Gerente de la
COMPANIA GENERAL DE FOSFOROS

Presente

Comunicamos a Vd. que desde el 15 de diciembre de 1924 hasta el 31 de enero próximo pasado y desde el 1º de febrero hasta la fecha, los **BONOS DE AHORRO** y las **ORDENES DE DEPOSITOS** respectivamente, de esa Compañía presentados para acreditar en libretas de ahorro, ascienden a las siguientes cantidades:

Meses	CANTIDAD	IMPORTE
Diciembre/924 a Enero/926 -Bonos	25.213	\$ 181.925
Febrero/926 -Órdenes de Depósitos	663	" 4.845
TOTALES	25.876	\$ 186.770

Saluda a Vd. muy atentamente.

Buenos Aires, febrero 27/26

F. Alf. Contador

CAJA NACIONAL DE AHORRO POSTAL
DIRECCION TELEGRAFICA
"AHORROPOST"
BUENOS AIRES

AHORRO POSTAL

PRACTICAR EL AHORRO ES COMBATIR EL JUEGO, EL ALCOHOLISMO, EL LUJO, EL DESPILFARRO; ES DIGNIFICARSE ANTE SI MISMO Y ANTE LOS DEMÁS.

C. N. A. P.

25.876 PERSONAS

DISTRIBUIDAS EN TODA LA REPUBLICA

HAN SIDO AGRACIADAS

SEGUN EL DOCUMENTO ARRIBA REPRODUCIDO

CON LOS BONOS DE AHORRO

PARA DEPOSITAR EN LA

CAJA NACIONAL DE AHORRO POSTAL

QUE OBSEQUIAN

SIN RECARGO DE PRECIO PARA EL CONSUMIDOR

LOS FOSFOROS "VICTORIA" y "75"

RECORDAMOS

que debe romperse en varias tiras el frente que lleva impresa la figurita para hallar la mancha reveladora de que el premio se encuentra en el frente opuesto, que lleva la Marca "VICTORIA" o "75". Sumérjase luego este frente en agua el tiempo necesario para que se despegue el Bono de Ahorro.

EN TOTAL
se han pagado

186.770

Pesos

AVISAMOS

que de ahora en adelante los Bonos de Ahorro deben remitirse por CERTIFICADO directamente a la COMPAÑIA, CALLE LIMA 239, BUENOS AIRES, a efecto de ser antes canjeados por una ORDEN DE DEPÓSITO para la CAJA NACIONAL DE AHORRO POSTAL.



FRAY MOCHO

Año XV

Buenos Aires, 30 de marzo de 1926.

Núm. 727

Al abrir la puerta de su barraca, encontró Sento un papel en el ojo de la cerradura.

Era un anónimo destilando amenazas. Le pedían cuarenta duros y debía dejarlos aquella noche en el horno, frente a su barraca.

Toda la huerta estaba aterrada por aquellos bandidos. Si alguien se negaba a obedecer tales demandas, sus campos aparecían talados, las cosechas perdidas y hasta podía despertar a medianoche sin tiempo para huir de la techumbre de paja, que se venía abajo entre llamas y asfixiando con su humo nauseabundo.

Pimentó, que era el mozo más bien plantado de la huerta de Ruza, juró descubrirles y se pasaba las noches enteras emboscado en los cañeros, rondando por las sendas, con la escopeta al brazo; pero una mañana lo encontraron en una acequia con el vientre acibillado y la cabeza deshecha..., adivina quién te dió.

Hasta los papeles de Valencia hablaban de lo que sucedía en la huerta, donde al anochecer se cerraban las barracas y reinaba un pánico egoísta, buscando cada cual el salvarse, olvidando al vecino.

Y a todo esto el tío Batiste, alcalde de aquel distrito de la huerta, echando rayos por la boca cada vez que las autoridades, que le respetaban como potencia electoral, hablabanle del asunto y asegurando que él y su fiel alguacil, el Sigró, se bastaban para acabar aquella calamidad.

A pesar de esto, Sento no pensaba en acudir al alcalde; ¿para qué? No quería oír en balde balandronadas y mentiras.

Lo cierto era que le pedían cuarenta duros, y si no los dejaba en el horno, le quemarían la barraca que miraba ya como un hijo próximo a perderse; con sus paredes de deslumbrante blancura, la montonera de negra paja con crucecitas en los extremos, las ventanas azules, la parra sobre la puerta como verde celosía por la que se filtraba el sol con palpitaciones de oro vivo, los macizos de geranios y dondendros orlando la vivienda, contenidos por una cerca de cañas, y más allá de la vieja higuera, el horno de barro y ladrillos, redondo y achatado como un hormiguero de Africa.

Aquello era toda su fortuna, el nido que cobijaba lo más amado, su mujer, los tres chiquillos, el par de viejos rocines, fieles compañeros en la diaria batalla por el pan, y la vaca blanca y sonrosada que iba todas las mañanas por las calles de la ciudad, despertando a la gente con su triste cencerro y dejándose sacar unos seis reales de sus ubres siempre hinchadas.

¡Cuánto había tenido que arañar los cuatro terrones, que desde su bisabuelo venía regando toda la familia con sudor y sangre, para juntar el puñado de duros que en un puchero guardaba enterrados debajo de la cama! ¡En seguidita se dejaba arrancar cuarenta duros!

DOS PAJAROS DE UN TIRO

Por VICENTE BLASCO IBAÑEZ

El era un hombre pacífico; toda la huerta podía responder de él... Ni riñas por el riego, ni visitas a la taberna, ni escopeta para echarla de majo. Trabajar mucho para su Pepeta y los tres mocosos, era su única afición; pero ya que querían robarle, sabría defenderse. ¡Cristo! En su calma de hombre bonachón, despertaba la furia de los mercaderes árabes, que se dejan apalear por el beduino, pero se tornan leones cuando les tocan su hacienda.

Como se aproximaba la noche y nada tenía resuelto, fué a pedir consejo al viejo de la barraca inmedia-

ta, un carcamán que sólo servía para segar brazas en las sendas, pero de quien se decía que en la juventud había puesto más de dos a pudrir tierra.

Le escuchó el viejo con los ojos fijos en el grueso cigarro que liaban sus manos temblorosas cubiertas de caspa. Hacía bien en no querer soltar el dinero. Que robasen en la carretera como los hombres, cara a cara, exponiendo la piel. Setenta años tenía; pero podían irle con tales cartitas. Vamos a ver, ¿tenía agallas para defender lo suyo?

La firme tranquilidad del viejo

contagiaba a Sento, y se sentía capaz de todo para defender el pan de sus hijos.

El viejo con tanta solemnidad como si fuese una reliquia, sacó de detrás de la puerta, la joya de la casa: una escopeta de pistón que parecía un trabuco y cuya culata apolillada acarició con fruición.

La cargaría él, que entendía mejor a aquel amigo.

Las temblorosas manos se rejuvenecían.

¡Allá va pólvora!

Todo un puñado.

De una cuerda de esparto sacaba los tacos. Ahora una ración de postas, cinco o seis; a granel los perdigones, zorreros, metralla fina, y al final un taco bien golpeado. Si la escopeta no reventaba con aquella indigestión de muerte, sería misericordia de Dios.

Aquella noche dijo Sento a su mujer que esperaba turno para regar, y toda la familia lo creyó, acostándose temprano.

Cuando salió, dejando bien cerrada la barraca, vió a la luz de las estrellas, bajo la higuera, al fuerte vejete ocupado en ponerle el pistón al amigo.

Le daría a Sento la última lección, para que no errase el golpe. Apuntar bien a la boca del horno y tener calma. Cuando se inclinase buscando el gato en el interior, ¡fuego! Era tan sencillo que podía hacerlo un chico.

Sento, por consejo del maestro, se tendió entre dos macizos de geranios a la sombra de la barraca. La pesada escopeta descansaba en la cerca de cañas, apuntando fijamente a la boca del horno. No podía perderse el tiro. Serenidad y darle al gatillo a tiempo. ¡Adiós, muchacho! A él le gustaban mucho estas cosas; pero tenía nietos, y además, estos asuntos los arregla mejor uno solo.

Se alejó el viejo cautelosamente, como hombre acostumbrado a rondar la huerta, esperando un enemigo en cada senda.

Sento creyó que quedaba solo en el mundo, que en toda la inmensa vega estremecida por la brisa, no había más seres vivientes que él y aquellos que iban a llegar. ¡Ojalá no viniesen!

El cañón de la escopeta sonaba al temblar la horquilla de cañas.

No era frío, era miedo.

¿Qué diría el viejo si estuviera allí?

Sus pies tocaban la barraca, y al pensar que tras aquella pared de barro, dormían Pepeta y los chiquitines, sin otra defensa que sus brazos y a los que querían robar, el pobre hombre se sintió otra vez fiero.

Vibró el espacio, como si lejos, muy lejos, hablase desde lo alto, la voz de un chantre.

Era la campana del Miguelete. Las nueve. Oíase el chillido de un carro rodando por un camino lejano.

Ladraban los perros transmitiendo

Caricaturas de Sanguinetti



Sir Arthur Watson, nuevo gerente del Ferrocarril Buenos Aires al Pacífico.

su fiebre de aullidos, de corral en corral, y el rac rac de las ranas, en la vecina acequia, interrumpiase con los chapuzones de los sapos y las ratas que saltaban de las orillas por entre las cañas.

Sento contaba las horas que iban sonando en el Miguelete. Era lo único que le hacía salir de la somnolencia y el entorpecimiento en que le sumía la inmovilidad de la espera.

¡Las once!

¿No vendrían ya?

¿Les habría tocado Dios en el corazón?

Las ranas callaron repentinamente. Por la senda avanzaban dos cosas oscuras, que a Sento le parecieron dos perros enormes. Se irguieron; eran hombres que avanzaban encorvados, casi de rodillas.

—Ya están ahí—murmuró, y sus mandíbulas temblaban.

Los hombres volvíanse a todos lados como temiendo una sorpresa.

Fueron al cañar, registrándolo; acercáronse después a la puerta de la barraca, pegando el oído a la cerradura y en estas maniobras pasaron dos veces por cerca de Sento sin que éste pudiera conocerles.

Iban embolsados en sus mantas, por abajo de las cuales asomaban las escopetas. Esto aumentó el valor de Sento. Serían los mismos que asesinaron a Pimentó. Había que matar para salvar la vida.

Ya iban hacia el horno. Uno de ellos se inclinó metiendo las manos en la boca del horno y colocándose ante la apuntada escopeta. Magnífico tiro. Pero, ¿y el otro que quedaba libre?

El pobre Sento comenzó a sufrir las angustias del miedo; a sentir en la frente un sudor frío. Matando a

uno, quedaba desarmado ante el otro. Si les dejaba ir sin encontrar nada, se vengarían quemándole la barraca. Pero el que estaba al acecho, se cansó de la torpeza de su compañero, y fué a ayudarle en la busca. Los dos formaban una obscura masa, obstruyendo la boca del horno. Aquella era la ocasión.

¡Alma Sento!

¡Aprieta el gatillo!...

El trueno conmovió toda la huerta, despertando una tempestad de gritos. Sento vió un abanico de chispas, sintió quemaduras en la cara, la escopeta se le fué y agitó las manos para convencerse de que estaban enteras. De seguro que el amigo había reventado.

No vió nada en el horno: ¿habrían huido?

Y cuando él iba a escapar también, se abrió la puerta de la barraca y salió Pepeta en enaguas, con un candil. La había despertado el trabucazo, y salió impulsada por el miedo, temiendo por su marido que estaba fuera de la casa.

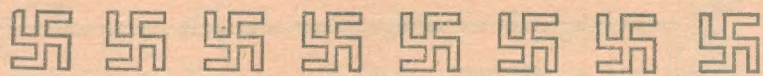
La roja luz del candil con sus azorados movimientos, llegó hasta la boca del horno.

Allí estaban dos hombres en el suelo, uno sobre otro, cruzados, confundidos, formando un solo cuerpo como si un clavo los uniese por la cintura soldándolos con sangre.

No había errado el tiro. El golpe de la vieja escopeta había sido doble. Y cuando Sento y Pepeta, con aterrada curiosidad, alumbraron los cadáveres para verles las caras, retrocedieron con exclamaciones de asombro.

Era el tío Batiste, el alcalde, y su alguacil, el Sigró.

La huerta quedaba sin autoridad, pero tranquila.



Los ojos de Inés Baasch

Únicos, emotivos, inquietantes,
cuya expresión de vaga lejanía
dice de puros éxtasis errantes
y de la primavera en Oceanía.

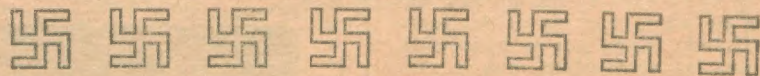
Por eso es que al mirarme guardan cierto
encanto de feéricos países...

¿Maravillosos? Sí. Todo un concierto:
torres azules y jardines grises.

Y así en la juventud — ¡oh, los antojos! —
ansío acariciar siempre sus ojos
bajo el celeste ensueño de la luna:

Ya que son, para el arte y la belleza,
espirituales como mi tristeza
nostálgica de amor y de fortuna!

L Santos Aguilera



Cuadro de luz española

Semana Santa en Sevilla

Por J. FERNÁNDEZ PESQUERO

Sevilla, la gitana andaluza mitad mora y mitad cristiana, trueca estos días de Semana Santa sus arcos profanos de Dios a la alegría por las tocas de penitencia; sus fiestas sagradas de Pasión Nazarena sólo en Roma y Nuremberg hallan rival, bien que él sea un pálido reflejo ya que esas ciudades no cuentan como la perla del Guadalquivir, con un escenario ni tan riente y bello ni con un panorama como el Sevillano, todo una carajada de luz y una orgía de colores como en parte alguna del globo.

Los barcos remontan los remansos azules y glaucos de ese río blando bordeado de naranjos y limoneros y hacen su descanso al pie mismo de la morisca y ensoñatriz Torre del Oro, por entre cuyos almenares se dibujan los torreones del mágico alcázar árabe, orfebrería de encajes de piedra, y se atisban los hastiones del Palacio de San Telmo, mientras las auras de seda en su galope desde el llano de Tablada traen consigo los perfumes odorantes de los paradisíacos jardines del parque de María Luisa y entre los murmullos del caliginoso viento Africano cabalgan las armonías de guitarras y violines, hijas de la guzla musulmática que canta al pie de esos altares floridos de las artísticas rejas Sevillanas el escarceo de una serenata y la endecha de un tierno madrigal que a la virgen gitana que corona su seditio cabello de ébano con la diadema

de unos claveles rojos incendiales como el fuego de esos labios femeninos y brillantes como el negro terciopelo de esas pupilas matadoras y ardorosas, canta bebiendo los vientos de su majeza el garrido galán de la aristocrática calle de las Serpes, que lo mismo afronta valiente una querrela peligrosa y atrevida tras la encrucijada moruna que alumbraba el tímido farolillo del Cristo de la Pasión, que pone mieles y poesía en el cortejo de su novia y gallardía en la doma de su potro jerezano embravecido.

Millares de turistas, yanquis y de la europa occidental y meridional, en bizarras caravanas, arriban estos días a Sevilla, en trenes y vapores excursionistas de lujo, para admirar la suntuosidad grandiosa de las inimitables procesiones que desde el Miércoles al Viernes Santo, noche y día, sin cesar, recorren las plazas y calles sevillanas luciendo los esplendores del arte maravilloso de Montañés, Susillo y Cano, quienes, en los grupos escultóricos de los renombrados casos supieron cincelar e interpretar las angustias de la carne atormentada del martir del Gólgota en su admirable sacrificio de Apóstol del amor.

Cientos de miles siguen a los centenares de penitentes disfrazados con los blancos, morados o negros ropajes de seda de largas alas, altos cucuruchos y confidentes antifaces, a los niños vestidos de Nazarenos y Marías Magdalenas

que cumplen un voto inocente, mientras admiran la riqueza de las túnicas de los Nazarenos y de las Vírgenes de la Esperanza y de la Macarena, orgullo de toreros y trianeros que en adornar a sus imágenes favoritas ponen su rivalidad más rumbosa deslumbrando esos mantos de terciopelo cuajados de brillantes, perlas y pedrería y bordados de oro por valor de millones de pesetas en pugilato con el mérito artístico.

Las legiones romanas, con sus lanzas, escudos y adargas, con sus cascos y corazas escoltan las andas; los tambores y atabales con sordina, los clarines de guerra y las numerosas bandas de músicas funerales ponen calofríos que sólo endulzan la lluvia de flores que desde los balcones engalanados con ricas colgaduras arrojan las hermosas sevillanas que entre la reja de sus caladas mantillas negras y blancas de seda y encajes asoman sus bellos rostros de madonas que alumbran los claveles rojos que arden entre el ébano de sus cabellos y sobre el ondular de sus robustos senos palpitantes de piedad y de plegaria amorosa.

Las luminarias de cera, en la oquedad azul de la noche primaveral que alumbran el travieso parpadeo de las estrellas, ponen con su amarillo resplandor sombras fantásticas en la oscuridad de las estrechas callejuelas; es la tradición triunfal que pasa al través de las inquietudes y egoísmos de la vida moderna, imponiendo más que una devoción exótica semiorienta, más que sus ritos sagrados, un recuerdo, que admiran y aplauden, tanto árabes como protestantes, judíos y judaizantes, por ser algo redivivo de la España ya ida que resucita vencedora.

Cuando la procesión se aleja callejeando abajo, otra vez queda en la penumbra misteriosa la histórica y fantasmal Casa de Pilatos que los primeros arreboles de la aurora empieza ya a dorar y entre el murmullo de mar lejano de los salmos y letanías devotas, y de las músicas dolientes aun se percibe el revoloteo sollozante de la última estrofa de la sacta poética popular que desfallece en los labios quejumbrosos del enfermo o del preso arrodillado tras la reja o el balcón cuando al paso de su imagen favorita le entona esta canción:

Virgen de la Macarena,
la más gitana y la más buena
madre de salvación,
por los clavos de tu hijo
apiádate de mi aflicción.

El eco de esta estrofa popular aun no se apaga como gemido ahogado, cuando abajo, en la reja florida, estalla un beso furtivo y profano, ansia de vida, vagido infantil de un amor que nace, alumbrado por los resplandores del nuevo día que con su púrpura y su oro ilumina la aguja de la Giralda, custodio de la Batís Romana de la Hispalis Goda y Árabe y de la Sevilla de Fernando el Santo que vigila sus cercanas ruinas de Itálica epopeya de Roma Augustal, las fantásticas orfebrerías del ensoñador Alcázar, herencia de los árabes y que pone en el rojo de los claveles y en el nácar de limoneros y azahares los labios y mejillas de sus hembras y en la sangre y en la majeza de sus galanes la siereza y perfume de ese oro líquido del jerez y manzanilla, néctar de Dioses y refrigerio de poetas.

ARTICULOS EN MAL ESTADO, por Rojas



—Güeno, amigo Seledonio, ya me ha dicho Filomena, mi mujer, que usted anda por dentro al servicio matrimonial, o mejor dicho, que quiere darse de alta en nuestra familia, porque ha andao tocándole ronda a miña Jasinta, que está arreglada a ordenansa, y ella le ha contestao las pitadas, de manera que ya que hemos llamao a reunión, cumpliendo la consina, vamos a dentro a la orden del día.

—Yo, don Anastasio, vengo porque...

—Cállese, amigo, que no se puede hablar estando de fajina. Usted ha venido al toque e llamada, porque tiene miedo al relevo y sabe que yo a la disciplina la respeto más que a una luz mala, porque he sido milico con don Rudecindo Roca, dende el setenta y cuatro y sirvo en la polesia dende el tiempo e Donovan, que ya sabe usted que el rubio era más amargo que un plantón de ocho horas.

—Sí, ya sé, don Anastasio, el caso es que...

—Párese, no se salga e las filas que no se ha acabao la estrusión, y pa ser güen soldao no hay que atropellar el serco, porque la prudencia en el hombre es lo mismo que el tilo pa los nervios y antes de retrucar, amigo, hay que orejia la intención del contrario.

—Sí, ya sé, don Anastasio; yo le iba a decir que...

—Envaine, que es prohibido hablar

al tiro; lo que usted me va a decir ya lo sé yo de memoria: que está apurao por formar nido y que piensa emplumar la paloma en cuanto lo dejemos revolotar por la tranquera. Güeno, hombre; le prestaremos auxilio, qué diantre, también yo he sido recluta en el amor y me he hecho veterano a juerza e trompesones. Si el amor es lo mismo que el servicio militar, hase cosquillas al principio hasta que se le acostumbra los güesos y después ni se sienten los picotones. En cuanto se le toma cariño al servicio, son lo mismo sien que ochenta, porque metido entre el charco es al coete manotiar.

—Sí, ya sé, don Anastasio, yo, por lo pronto, no puedo...

—Sic, párese, que tuavía no han llamao a formar. Cuando toquen lista y no esté preparao, recién debe entrarle el susto. Aura estamos resiénd en la filiación, que es lo mismo que anotar en la mayoría. Yo le he hecho algunas reflexiones de hombre foguiao, porque usted es un coscrito en estas trifulcas y hay que tomarle el pulso a sus ideas; así es que largue sin ver-

güensa su rollo de intensiones pa ver de que pie cojea.

—Yo, don Anastasio, ya que usted me ha abierto el camino pa esplayarme, le voy a decir mi manera e pensar ya que no se craiga que venga a jugarle con taba cargada. Es cierto que yo me quiero atar al carro el casorio con Jasinta, porque de vicharnos no más nos hemos entendido y yo le he ulfatiao que tiene pa mi un montón de cariño guardao, pero por más que quiero apurar el trote e mis deseos, la esperanza se me empaça, porque la suerte me anda aporriando y pego cada barguinaso por el empedrao de la dicha, que ando julepiao de miedo e bolar en algún sanjón del camino.

—Ta güeno, amigo; haga alto, no castigue en el empaque que es pa peor. "Cuando el destino se inclina—a embromar a los mortales,—no se agarre a los candiales,—préndale a la hesperidina". Esto me desía el finao Ledesma, que pa esto de las desdichas era un libro e medicina, y yo le he copiao el consejo pa curar penas atrasadas y cuando algún desgraciao me pide re-

medio a sus males, le enjareto la reseta que es lo mismo que ingüento santo pa las dolencias del alma.

—¡Pucha, don Anastasio! Me ha alegrao su consejo, porque cráiba que me iba a largar vendiendo almanaque pa otro lao. Aura le juro que con los primeros sentavos que ajensée en los corrales, empieso a armar el cotorro y dentro e tres meses, a lo más, pasamos a los conosidos una tarjeta de papel grueso, ofresiénd el nuevo domicilio e los esposos Seledonio Contreras y Jasinta Ramírez.

—Asetao; me gusta un hombre que no se avichoque por los contratiempos y le haga frente a las tormentas de la vida, que pa algo gritó macho la partera.

—Gracias, don Anastasio.

—De nada, Jasinta es pa usted. Se lleva un pedaso e carne con ojos, porque es más güena que pasteles en día de lluvia y en cuanto a arroativo es mejor que su madre, que por no gastar carbón, calienta el cuarto con viruta.

—Así me gusta.

—Aura se lo voy a decir a mi mujer, que es como el sargento e la compañía, que seguro anda espiaando por algún agujero.

—Güeno. Adiós, don Anastasio.

—Adiós Seledonio, y ya sabe el consejo: "No castigue en el empaque".

—Güeno.

Páginas olvidadas No castigue en el empaque

Por NEMESIO TREJO

EL CASO SANNOX

Por A. CONAN DOYLE

Toda la ciudad estaba enterada de las relaciones de Douglas Stone y Lady Sannox, lo mismo en los círculos oficiales en que ella constituía una de las figuras más brillantes, que en los científicos, en donde él era contado entre los miembros más notables. Por lo mismo se hicieron numerosos comentarios cuando se tuvo noticia de que Lady Sannox se había retirado para siempre a un convento y de que el famoso cirujano Douglas Stone, el hombre de los nervios de hierro, había sido encontrado una mañana por uno de sus servidores, sentado frente al lecho, riendo como un demente y esforzándose por hacer entrar ambos brazos en la misma manga de un saco que tenía sobre las rodillas. Aquel gran genio se había hundido para siempre en el abismo de la locura.

Douglas Stone, nacido para ser grande; como militar o como explorador de lejanos países, como ingeniero o como abogado, hubiera alcanzado la celebridad de que disfrutaba como cirujano. Nadie se atrevía ni siquiera a plantear las operaciones que él osaba realizar. Su sangre fría, su equilibrado criterio y la justicia y rapidez con que se daba cuenta de las cosas, no podía equipararse a las de ningún otro. En la actualidad todavía siguen encomiando su audacia y su confianza en sí mismo sus antiguos colegas y pacientes.

Sus rentas eran las terceras en importancia en Londres, pero sus entradas como profesional eran más importantes. Afecto a divertirse sin tomar nada en serio, prendóse repentinamente de Lady Sannox; algunas palabras cambiadas, un par de miradas, lo habían encendido en amor por ella. Pero ella, aunque para él era la única, no podía serlo para él.

Lord Sannox era un caballero silencioso, retraído, que aunque apenas había cumplido treinta y seis años, parecía tener veinte años más.

Caracterizaban su semblante la finura de sus labios y lo pesado de sus párpados. Aficionado al cultivo de las flores, amaba la soledad y tranquilidad del hogar. En los años anteriores, su pasión favorita había sido el teatro y hasta lo había emprendido como un negocio cualquiera. Entonces fué cuando conoció a miss Marion Dawoon, a quien no tardó en dar su mano, su rango y su fortuna. Después de su matrimonio perdió la afición al teatro, y se dedicó por entero a pasar su tiempo al cuidado de sus orquídeas y crisantemos.

¿Tenía noticias de la vida que llevaba su esposa, entregada por entero a la frivolidad de la sociedad elegante y la sufría con paciencia y estaba ignorante de ella? Todo el mundo se hacía esta pregunta, admirado de que no se pusiese freno a aquella vida de lujo y frivolidad. Pero no cabía duda de que hasta sus oídos no tardaría en llegar el "flirt" de Lady Sannox con Douglas Stone, pues éste no sólo era incapaz de ocultar o disfrazar sus sentimientos, sino que los dejaba libremente expansionarse con la impulsividad y grandeza de su carácter.

De simple maledicencia que fué en un principio, no tardó en hacerse un escándalo. Las sociedades científicas pretendían borrar el nombre de Stones de la lista de sus miembros, y no faltaron algunos de sus amigos que se atrevieran a llamarle la atención sobre la conveniencia de que se mostrase más moderado en su admiración por Lady Sannox. Pero no hizo caso de ellos y continuó cortejando a la elegante y frívola dama, a quien visitaba todos los días al caer la tarde.

Una noche de invierno, húmeda y borrascosa, en que el viento silbaba estridente en la chimenea, mientras

afuera caía una lluvia fina y helada, Douglas Stone, sentado junto al hogar, frente a una mesita de malaquita y un vaso de Oporto, esperaba a que llegase la hora de su visita a Lady Sannox, anunciada desde la víspera. Ya eran las ocho y media y se disponía a pedir su coche, cuando oyó sonar el timbre de la casa y algunos instantes después, pasos en el corredor.

—Un señor desea hablar con usted— anunció el mozo.

—¿Se trata de algún enfermo?

—Entiendo que viene a buscarlo a usted para una visita.

—Ya es muy tarde—exclamó Douglas Stone con mal humor,—no pienso salir.

El mozo tendió en una bandeja de oro la tarjeta del visitante.

Stone leyó y preguntó:

—Hamil Ali, Esmirna. ¿Se trata de un turco, no?

—Sí, señor, parece que viene de muy lejos y se muestra grandemente agitado.

—¡Bah! Que dispense. Tengo un compromiso... Pero, hágale entrar, Jim, hablaré con él.

El mozo dejó pasar a un hombre de estatura baja y raquítica, con la espalda encorvada ligeramente y todo su semblante acusaba la miopía.

El cutis obscuro, la barba y el bigote enteramente negro, traía en la mano un turbante de muselina a rayas rojas.

—Buenas noches, caballero —dijo Douglas Stone en momentos en que el mozo se retiraba.— ¿Supongo que hablará usted inglés?

—Sí, caballero, aunque no con facilidad. Soy del Asia Menor.

—¿Me dicen que desea usted que le acompañe a alguna parte?

—Sí, señor, deseo que me acompañe usted a ver a mi esposa.

—Pues esta noche ya es demasiado tarde.

El turco, sin decir palabra, sacó de un bolsillo un portamonedas y vació parte de su contenido en monedas de oro sobre la mesa.

—Aquí tiene usted cien libras esterlinas—dijo—y le prometo que no durará ni una hora. Abajo tengo un coche.

Douglas Stone lanzó una mirada al reloj; una hora le dejaba aún tiempo de hacer su visita a Lady Sannox. Luego los honorarios eran bastante crecidos y no debía desperdiciar esa ocasión.

—¿De qué se trata?—preguntó.

—¡Oh! El caso es muy triste, muy triste. ¿Y habrá usted oído hablar de las dagas de los Alohadis?

—No.

—Sabe usted, son dagas muy antiguas, de forma particular, con una hoja como..., no acierto a encontrar la palabra inglesa. Soy comerciante en antigüedades, y para negocios he venido de Esmirna. La semana entrante regreso. Entre las curiosidades que traigo se encontraba también una daga de esa clase...

—Permítame recordarle que tengo un compromiso, por lo que le ruego que se concrete a darme los detalles indispensables.

—Pero es de suma importancia que conozca usted lo que le cuento: Mi esposa cayó desmayada en el cuarto donde tengo mis mercancías y se hirió en el labio, casualmente, con esa maldita daga.

—Comprendo —dijo Douglas Stone poniéndose de pie,—desea usted que vaya a vendar la herida.

—No. No. Es algo más grave.

—¿Cómo?

—Esta daga está envenenada.

—¿Envenenada?

—Sí. No se sabe se conozca ningún contraveneno.

—¿Qué síntomas presenta?

—Un sueño profundo y la muerte treinta horas después.

—Pero, si no hay curación posible, ¿por qué me paga usted tales honorarios?

—Con medicinas no se puede aliviar la herida, pero con el bisturí tal vez. El veneno sólo se reparte lentamente y durante largas horas sigue en el mismo punto.

—¿Y si laváramos la herida?

—Es demasiado pequeña para que eso fuese posible, y mortal como una picadura de serpiente.

—¿Hay que cortarla, entonces?

—Justamente. Mi padre acostumbraba decir: si la herida es en el dedo, córtalo en seguida. Pero imagínese usted en dónde se hirió mi esposa... ¡Es horroroso!

—Pues si esa es la única salvación posible—respondió Douglas Stone,—es preferible perder el labio que no la vida.

—¡Ay, comprendo que tiene usted razón. Hay que soportarlo con calma: así lo quiere el destino.

Douglas Stone tomó su estuche de cirujano y todo lo indispensable.

—¿No quiere usted un vaso de vino antes de que salgamos?—preguntó al cliente mientras se ponía su abrigo.

—Olvida usted que soy mahometano—respondió alarmado,—un buen creyente en el Profeta. ¿Pero qué es lo que contiene esa botellita verde que lleva usted consigo?

—Cloroformo.

—También nos está prohibido su uso. No nos es permitido tomar nada que contenga alcohol.

—¿Pero no querrá usted que opere a su mujer sin narcotizarla?

—No sentirá nada. Se encuentra en el estado de profundo sueño que es el primer síntoma del envenenamiento y, además, le he dado opio... ¿Vamos, señor doctor? El automóvil está listo.

Douglas Stone no se dio cuenta del camino que recorrían, aunque estaba familiarizado con toda la ciudad. Cuando llegaron, una mujer vieja, que traía una lámpara en la mano, les abrió la puerta.

—¿Cómo sigue?—preguntó con angustia el comerciante.—¿Ha hablado?

—No, señor; su sueño sigue siendo tan profundo como cuando la dejó usted. Siguió en la vieja.

En el suelo no había ni tapetes ni alfombras. Donde quiera habían hecho sus nidos las arañas. Los pasos sonaban extraños en el silencio de la casa.

Entraron a un cuarto de aspecto oriental: mesitas con incrustaciones aquí y allí, pipas de figuras extrañas, armas grotescas y sólo una pequeña lámpara que daba su luz débilmente. Douglas Stone la agarró y se acercó al sofá en uno de los rincones. Sobre el mismo estaba acostada una mujer, con el semblante cubierto por el "yashmak" o velo que acostumbran llevar las turcas. La parte inferior del rostro estaba al descubierto y el médico pudo advertir un ligero corte curvo en el labio de abajo.

—Dispense usted que conserve el "yashmak"—exclamó el turco,—pero ya conoce usted cuáles son las costumbres de nuestras mujeres.

El médico no se dignó siquiera responder. Para él ahí no estaba ninguna mujer, sino simplemente "un caso".

—No advierto ningún síntoma—hizo notar,—podríamos aplazar la operación. El hombre se frotó con desesperación las manos.

—¡Oh, caballero, caballero! Yo sé que el veneno es mortal y que sólo una operación inmediata podría salvarla.

Stone vaciló un momento. Pero, ¿qué penoso sería para él si la mujer llegase a morir por no atender a las indicaciones del esposo?

—¿Me asegura usted por experiencia propia que es indispensable la operación?

—¡Lo juro por todo lo que me es más sagrado!

—Su semblante quedará deformado horrorosamente.

—Seguro que su boca ya no invierte a ser besada.

Al oír tan brutal comentario, Douglas Stone se volvió con violencia. Pero no era tiempo de entrar en discusiones. Echó mano a su estuche y acercó la lámpara. Dos ojos oscuros brillaron a través del velo, y apenas se distinguían sus pupilas.

—Le ha dado usted demasiado opio.

—Sí, una dosis fuerte.

—Pero no está inconsciente por completo.

—¿No sería mejor que hiciese usted uso del bisturí?

El médico tomó el labio y haciendo dos rápidos cortes en forma de V, separó el pedazo.

Con un grito de terror saltó la mujer.

El velo cayó.

Stone conocía aquella cara. A pesar de la sangre que la bañaba, del labio destrozado horrorosamente, la conocía.

Todo el cuarto dió vueltas a su alrededor.

Como una pesadilla vió desaparecer el bigote y la barba del turco y, apoyado ligeramente sobre una mesita, contempló a Lord Sannox que lo veía sonriente.

La mujer había vuelto a callar, dejando caer su cabeza nuevamente.

Douglas Stone seguía inmóvil.

Lord Sannox seguía sonriente.

—La operación era en realidad indispensable a Marion—dijo,—no física, pero sí moralmente. ¿Sabe usted?

Douglas Stone no oía nada. Estaba jugando con el fleco de un tapete.

—Hace tiempo que quería yo poner un pequeño ejemplo—continuó diciendo Lord Sannox.—Su cartita del jueves cayó por un error en mis manos. La traigo conmigo. En cuanto a la herida, fué producida con mi anillo-sello.

Douglas Stone seguía jugando con el fleco del tapete.

—Así que llegó usted puntualmente a la cita—advirtió el lord.

Y entonces se soltó riendo Douglas Stone, a grandes carcajadas, sin cesar de reír.

El rostro de Lord Sannox se puso serio.

Luego abandonó el cuarto sin hacer ruido.

—¡Espere usted a que despierte la señora!—le dijo a la vieja que estaba afuera.

Luego salió a la calle y ordenó a su cochero.

—John, lleve primero al doctor a su casa; aunque creo que tendrá usted que bajar la escalera arrastrándolo. Y dígame a su mozo que "el caso" lo excitó un tanto.

—Muy bien, señor.

—Luego llevará usted a lady Sannox a la casa.

—¿Y usted, señor?

—¡Ah! Mi dirección en los meses venideros será: "Hotel di Roma", en Venecia. Que allá me remitan la correspondencia que me llegue. Y que no olvide Stevens de enviar el crisantemo a la exposición. Estaré pendiente de noticias a este respecto.

Era Beltxe un zagalón robusto como las seculares encinas que rodeaban el viejo caserío.

No conocía otro mundo que aquel pequeño rincón euskaldun, que veía desde que nació. La alegría, siempre la alegría de los campos y la un poco triste hermosura de los lugares donde la tradición habla por boca de sus ruinas.

Beltxe era fuerte y hábil; de todos los "mutils" del valle no había otro tan diestro como él en los rudos trabajos del campo, ni más ligero en los juegos, tan rudos como sus labores, en las que el vasco muestra la pujante bravura de su recio temple.

Todos le admiraban cuando en la "ezpatadanza" sus recias piernas se entrelazaban como si fueran de acero y su mano esgrimía la espada en rápidos movimientos.

Y cuando los montes se cubrían de nieves, nadie como Beltxe para armar los cepos a los cervatos; en las heladas noches, el "makil" en la mano, trepaba por los cerros blancos, como la blancura infinita del cielo, para tender sus lazos...

Pero en el solar de los Martiarena era temido. Y, sin embargo, Beltxe no era malo; pero era orgulloso, no con el orgullo del vanidoso, sino con el fuerte orgullo de la sangre vasca que circulaba por sus venas.

Aquellos lugares, donde la naturaleza muestra toda la agreste feracidad en sus montes y en sus prados, eran para Beltxe como un señorío que nadie se hubiera atrevido a disputarle, y él sentía una veneración rayana en idolatría por todo aquello y una gran predilección por la vida tranquila que el cultivo de sus tierras le proporcionaba, llenando su alma de alegría.

Por eso sintió Beltxe un intenso dolor, una angustiosa zozobra, cuando le dijeron que podían robarle aquella paz, que era la recompensa que la Naturaleza, agradecida, ofrecía a su trabajo leal.

Al principio no quiso creerlo. ¡Estaba tan posesionado de sus dominios! Era tan suyo todo aquello, que le pareció burla creer que podían turbar el sosiego, el reposo humilde de su hogar.

Y era verdad. Aquella mañana, cuando el sol se reflejaba sobre los altos trigos y Beltxe conducía el arado, vio allá en la lejanía cómo avanzaba un automóvil, levantando una nube de polvo y profanando la augusta paz del caserío con el estrépito de la bocina.

Un movimiento de cólera hizo agitar el nudoso "makil" entre las nervudas manos del "Jaun" Beltxe Martiarena; sintió un presentimiento que le anunciaba que todo cuanto le habían susurrado era verdad, y tembló por ellos... ¡Ay de aquéllos que quisieran arrancarle de su viejo caserío!...

Al llegar junto a una encina que bordeaba la carretera, Beltxe dejó el arado y esperó la llegada de aquellos hombres, mientras su rostro retrataba toda la ira que inundaba su alma. Bajo el espeso ramaje de la encina parecía Beltxe un centinela acechando la llegada del enemigo.

Llegó por fin el coche, y de él descendieron tres hombres. Vestían grandes guardapolvos que les hacían parecer seres fantasmales, o, por lo menos, así le parecieron al aldeano.

Uno de los viajeros se acercó a Beltxe y le preguntó con amabilidad: —¿Podría usted decirme dónde podría encontrar al dueño de estos caseríos?

—Yo te soy—contestó el aldeano secamente.

—¿Cómo, usted? ¡Hombre, me alegro! ¡No esperaba tan feliz encuentro!—repuso con jovial delicadeza el viajero.

"BELTXE MARTIARENA"

Por FRANCISCO CARAVACA

—Martiarena, bien conocido te es, pues, en todo el valle—dijo Beltxe, acentuando el gesto hostil de su rostro.

—Pues con Martiarena desco hablar—contestó su interlocutor, un poco extrañado por la actitud de aquel hombre.

—¿Negocios o así? Trabajo te tengo, y mucho; de prisa habrá que despachar, pues...

—Sí, de negocios se trata...

—Pues a casa vente..., usted, y los otros también. Buen "txacoli" y borona ya te hay; ¡gustarte también te hará!...

El viajero hizo una seña a sus compañeros, que se acercaron, y los cuatro descendieron hacia el caserío.

Beltxe, con la boina en la mano, los conducía por la vereda con la arrogancia altanera de un patriarca.



Esta es la verdadera etiqueta

del Jabon Crema de Leche "GRANJA BLANCA"

No se deje engañar, entonces, aceptando burdas imitaciones cuyos componentes están muy lejos de poseer las propiedades del producto auténtico.

Ricamente perfumado, su uso constante suaviza y embellece el cutis.



GRÜTLI

Este lugar aislado y agreste se encuentra en el cantón de Unterwald, frente a Bremen, en la cuenca de Altorf. Pegado a las montañas y protegido por rocas inaccesibles, no puede ser abordado sino por mar. Arbustos espesos lo ocultan a las miradas, y todo le rodea de misterio.

En este lugar misterioso fué donde se reunieron una noche para jurar vencer a los alemanes y conquistar su libertad tres individuos de los cantones cercanos: Stauffacher, de Schwitz; Furt, de Uri y Melchthal, de Unterwald. A cada uno de estos

tres acompañaban diez de sus amigos. El éxito coronó los propósitos de los reunidos. En 1308, la revuelta, favorecida por los dissentimientos de los Estados alemanes respecto a los candidatos al trono imperial, terminó de liberar los tres cantones.

Poco después, el archiduque de Austria, Leopoldo, intentó, en vano, conquistar los territorios perdidos, y tuvo que renunciar en 1315. Desde entonces, el juramento de Grütli quedó como símbolo de la independencia helvética.

Hacia mucho calor aquel día. Los viajeros se quitaron los guardapolvos y se sentaron fuera de la casa, sobre unos toscos bancos de piedra. Beltxe sacó del interior de la casa una gran jarra de "txacoli", en tanto que uno de los viajeros ofrecía tabaco a los demás.

—Díte, pues—dijo el aldeano al que antes había hablado.

—Soy el ingeniero de una Empresa de ferrocarriles, y esta Empresa ha adquirido todos estos terrenos que comprende la línea para construir un ferrocarril que ha de reducir grandes distancias. Enterados de que Beltxe Martiarena era el propietario de este caserío, hemos hecho este viaje para proponerle un buen negocio. ¡Es preciso que nos ceda este caserío!...

El rostro de Beltxe adquirió mayor expresión de fiera al oír la palabra "es preciso". Aquellos hombres querían imponerse, disponer de lo que no era suyo, y usaban para ello de un lenguaje autoritario que lastimaba el noble orgullo del "Jaun".

—¡Yo no te quiero haser negocio!—contestó Beltxe, después de un largo silencio.

—Tenga usted en cuenta que se trata de un proyecto aprobado por el Estado y protegido por el Municipio, y que no se puede dejar sin realizar por su sola negativa.

—¡Estado..., Municipio!... ¡Yo ya te sé también lo que te es eso! ¡Chocholadas, y nada más!...

—Bueno; ¿quiere usted conocer la cantidad que le ofrecemos por sus propiedades?—dijo el ingeniero, creyendo así excitar la codicia de Beltxe.

—¡No! ¿Para qué? Yo no te he de vender ni un solo pie de terreno.

—Reflexione usted, amigo mío, que con lo que le demos por sus tierras puede comprar otras mejores y construir una casa más moderna.

—Yo conforme te estoy con esta que mis padres me dejaron, y la que dejar quiero a mis hijos cuando me muera—contestó Beltxe con arrogancia.

Y prosiguió con exaltación:

—Aquí naser te han hecho muchos de mis abuelos, tres o cuatro generaciones, todos hombres nobles y fuertes como el roble santo que lleva nuestro escudo. Este suelo regado te está con la sangre de los míos, que lo defendieron hasta morir. Entónces te era yo un chaval. "Aitá" (1) me desía muchas veces: "¡Beltxe, cuando mozo te seas o así, cariño grande te tienes que tener a este caserío! ¡Amalo, Beltxe, ámalo siempre! Y si algún día otros hombres que no te sean de los tuyos quieren invadir esta tierra de Vasconia en nombre de una cosa que te llaman "progreso" y turban la paz de nuestro rincón vasco con el estrépito de sus máquinas, y te empañan nuestro sielo con el negro humo de sus fábricas, no les dejes, Beltxe, no les dejes!... ¡Que esta tierra te sea sólo tuya, del labrador que la hace fecunda! ¡Que sólo dé dorados frutos y altos trigos! ¡Que no te sea inútil nuestra labor de tantos años!..."

Y aquellos hombres, que no sabían —a pesar de sus estudios y sus leyes— de la agreste e inflexible entereza de los vascongados, se alejaron sin haber obtenido otro fruto de su empresa que el haber gustado en un viejo rincón del solar glorioso el mosto áspero que les había ofrecido la ruda mano de un ser fuerte.

Sólo la violencia que puede ejercer el poder de los "más" logrará torcer la recta voluntad del "Jaun" Beltxe Martiarena, cuyo recuerdo es ya el de... ¡un tipo de antaño!...

(1) "Aitá", en vascuence, significa padre.



Vadeamos la cuenca ancha y reseca del Chorrillo por una de cuyas márgenes se deslizaba culebreando entre caños rodados y areniscas rojizas, un hilo de agua cristalina como si fuera huyendo del arenal sediento.

Blanqueaba a nuestra espalda en la diáfana claridad matutina el caserio de San Luis; a la izquierda, recortando el horizonte, se escalonaban los picachos de la sierra bañados de sol, y al pie, semejante a una cinta amarillenta arrojada sobre los verdes del gramínel de la vega, corría un camino hasta perderse en las sombras del monte.

A paso lento, en medio de una gasea polvorienta venía avanzando un arrea de burritos cargados de ramas secas, y detrás, menudeando los chicotazos, cuatro o cinco muchachos a pie—descalzos, con grandes sombreros de esparto en forma de embudo encajados hasta los ojos de renegrida pupila y el rostro de color de bronce.

Risueños y felices, con la alegría sana y confiada de los niños, pasaron pregonando su mercancía y se alejaron dejando en el silencio del campo los ecos de su voz, tiernos y cadenciosos como gemidos de vidalita: "ara la leña, ara la leña"...

—Son vendedores de leña—dijo mi acompañante,—vienen de la sierra donde van a buscarla diariamente y a educar la vista para el oficio de rastreadores en la escuela del monte.

—Es muy curioso eso, explíquemelo. Los hijos de la llanura no conocemos al rastreador sino de oídas, aunque tenemos al gaucho baquiano tan original y característico como aquél, por la manera sorprendente con que sabe orientarse en las tinieblas de la noche o en las escabrosidades de la selva para seguir el rumbo que confió a su memoria y a su tino.

—Curioso y simple a la vez porque se trata de un conocimiento vulgar y casero entre las gentes campesinas. El instinto atávico, la costumbre, la necesidad de valerse a sí mismos en su desamparo, sin más libro ni maestro que la naturaleza que les rodea, por espíritu de observación paciente, de educación del órgano visual en yo no sé qué misteriosas relaciones con la memoria, llegan a adquirir el hábito del rastreo, increíble y maravilloso para los hombres de la ciudad.

Esos muchachos que vuelven de montar son practicantes. Llegan temprano y buscan la aguada—un arroyo, manantial o laguna,—sueltan a sus burritos para que beban y cuando han terminado, observan en la arena las pisadas húmedas, las siguen sobre el pasto hasta convencerse de tenerlas gravadas en la retina a fin de distinguirlas en medio de la rastrellada de otros animales que a nosotros nos parecerían semejantes, pero que tienen, sin embargo, una fisonomía peculiar para quien ha aprendido a conocerlas.

Dejan entonces a las bestias pastar en libertad mientras ellos se meten al monte a buscar lechiguanas o frutas silvestres y a formar la provisión de leña. Terminada la tarea regresan a la aguada, busca cada cual el rastro de su burrito y sigue a través de la espesura, sobre la hierba o los pedregales, la huella invisible a las miradas profanas, pero tan clara y patente, que los conduce sin error jamás hasta el sitio en que está comiendo el animal.

A la larga, esta práctica realizada a diario, concluye por educar el ojo, dándoles ese maravilloso poder vidente que ha hecho famosos a los rastreadores puntanos.

—Recuerdo el retrato que hace Sarmiento de Calibar, el legendario rastreador, que después de dos años

La escuela del rastreador

Por MARTINIANO LEGUIZAMÓN

de haber observado la pisada del ladrón de una montura, encontró el rastro perdido y descubrió al raptor y a su montura ya inutilizada, pero siempre creí exagerado el relato...

—¡Absolutamente! Calibar era puntano y fué un insigne rastreador. Pero no ha sido el único. Vive en la ciudad un viejito que ha ejercido el oficio durante muchos años prestando muy buenos servicios. Es hijo de un soldado de la independencia, se llama Benito Lucero y todavía cuando se quiere poner a prueba su habilidad, sabe distinguir entre la arena movediza de la calle por donde acaba de pasar un arrea de mulas, cuántas son, el número de machos y de hembras, si van cargadas y de vacío, añadiendo de llapa como dato decisivo si se trata de animales chúcaros o mansos y si alguno va acollarado.

Lucero se inició como todos en la observación campera, en la es-

cuela de la naturaleza. Una mañana al ir a buscar la tropilla notó la falta de un malacara braceador, el caballo de más estima de su padre. Recorrió el campo y encontró un portillo recién abierto en el potrero.

El malacara había pasado por allí. Junto a los rastros del vaso se veían pisadas humanas. Volvió entonces a la casa asegurando que el ladrón era un peón chileno a quien habían despedido hacía varios años, sin que se tuviera noticias de que había vuelto al pago.

La afirmación era audaz; otros diestros constataron las huellas sin reconocer empero de quién eran las pisadas, pero siguiendo el rastro alcanzaron al chileno que iba camino de la cordillera con el malacara de tiro.

El rastreador había surgido. Desde entonces son innumerables las hazañas que han cimentado su fama. Siendo jefe de policía tuve ocasión de comprobar la pericia ver-

daderamente extraordinaria de este hombre.

En uno de los departamentos se cometió un crimen alevoso. Un pulpero, su mujer y una criatura habían sido muertos a puñaladas. Hice buscar a Lucero y nos dirigimos al lugar del suceso. Al acercarnos desmontó y nos pidió que le dejaríamos solo a fin de orientarse.

Caminando despacio con la mirada reconcentrada entraba y salía de las habitaciones observando el suelo sin decir palabra; fué hasta la ramada, escudriñó la tierra pisoteada del palenque, volvió a examinar el piso de las habitaciones, salió de nuevo al patio, encorvado siempre, hasta que al fin se enderezó y dirigiéndose a unas matas de saúco a cuya sombra estaba un barril sacó de entre las ramas un trapo ensangrentado.

—El ladrón está herido; aquí se estuvo lavando y curando—exclamó gravemente y señalando en un pequeño charco formado por el agua una pisada ya casi borrada.—Aquí asentó el pie izquierdo; tiene las piernas cambadas y usa alpargatas—aseguró entonces con plena certidumbre del hecho "visto" a través de aquellos leves rastros.

Cubrió después con unas tablas el sitio señalado y volviendo hacia nosotros el rostro trigüeño iluminado de orgullosa alegría, añadió:

—Es al fudo buscarlo por estos alrededores; va con plata y a la fija se ha ido al pueblo a gastarla.

Regresamos a la ciudad. La víspera, con motivo de unas carreras, el comisario sorprendió una jugada de taba y arreó con los jugadores a la policía. Cuando llegamos, hacía varias horas que los habían puesto en libertad. Por la calle donde estuvieron formados antes de soltarlos debía haber transitado mucha gente a caballo y algunas carretas de bueyes, pues las pisadas estaban borradas o confundidas entre los surcos de las llantas y el vaso de las cabalgaduras.

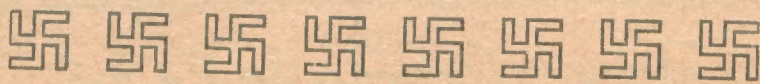
Sin embargo, Lucero, que tenía el presentimiento de que el ladrón era de los de la volteada, no se inquietó por aquel contratiempo. Al contrario, la dificultad del caso parecía encelar la vanidad del profesional ganoso de ahimar una vez más su mentada fama, y se puso a recorrer la calle en todas direcciones andando y desandando camino en busca de la huella que traía impresa en la misteriosa retina.

De pronto se detuvo, observó fijamente breve rato y alzando la frente nos dijo:—¡Aquí val...—Y como si hubiera encontrado la punta de un hilo invisible echó a andar, cruzó varias cuadras dirigiéndose a los arrabales sin detenerse ya hasta llegar frente a un terreno baldío cubierto de biznagas.

—Por aquí ha entrado—afirmó de nuevo y penetrando al biznagal descubrimos oculto entre los terrores de una tapera a un paisano que se entregó sin hacer resistencia.

Una vez registrado se le encontró en el tirador una cantidad de dinero cuya procedencia no supo explicar, lo mismo que una herida del brazo izquierdo, y, como prueba concluyente constatamos asombrados que aquel hombre tenía las piernas cambadas y calzaba alpargatas. ¡Era el asesino!...

Han corrido los años. Las hojas de la cartera de viaje donde consignamos los apuntes del presente relato empiezan a ponerse descoloridas. Pero la impresión del relato fué tan intensa que, al evocar su recuerdo, he sentido animarse la escena cual si ayer hubiera sido escuchada, y he creído ver pasar la visión del viejo rastreador ya ido para siempre, como se van las cosas que hablan al alma de nuestro pasado.



Emilio Pettoruti

Ahora ya que los diarios todos y semanarios han hecho comentarios de tu bella labor, y te han dicho, halagüeña, gran palabra que enseña, Pedro Enriquez Ureña y Korn, el gran Doctor.

Después que el hondo esteta Sanín Cano, y Arrieta, —el amable poeta de la fugacidad— han loado tu rara obra intensa y preclara como el agua, y tan clara como la claridad.

Después que altos artistas —clásicos, modernistas— a tus cuadros cubistas les han puesto un laurel, y mujeres hermosas te han dicho dulces cosas, brindándote las rosas de un entusiasmo fiel.

Después que ciertas gentes en el Witcomb, rugientes, en juicios insolentes te arrancaban la piel... (aunque en cuestión de ideales hay gentes más triviales que el Príncipe de Gales cuando llegó a Huetel...)

En mi verso redondo que nace de mi fondo como agua de lo hondo: bien puro, de cristal, sólo quiero alabarte, joven doctor en arte; quisiera más: labrarte una marcha triunfal.

Mago de la pintura: en tu tela fulgura la exquisita finura

de tu gran sueño azul, y, artista futurista, te revela un artista —máximo sintetista— el retrato de Xul.

Tu "Lago", tu "Camino", tu "Árbol", tu "Porto Fino" expresan tu divino tesoro espiritual, como el genio radioso de "Hallwar" (1) el famoso retrato misterioso de Dorian el fatal...

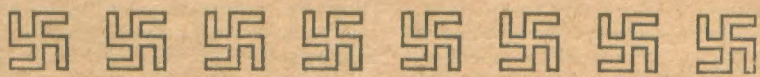
Claro es que el que no entiende de cubismo, y no atiende al que sabe, no aprende y ve todo al revés: Un señor literato miró tu autorretrato y dijo, al mucho rato: me gusta el japonés.

En cambio yo, modesto, con el poco que he puesto de mi conciencia en esto de tus cubos, tan bien de tu arte raro gozo, cual si fuera el sedoso soneto melodioso del cisne Albert Samain.

En mi huerta florida mi mesa está tendida en tu honor y vestida de rosas... El champán ya entre el vidrio se inquieta... Hoy por vos, el poeta todo lo ve violeta y noble como el pan.

JOSÉ M. OLMOs CÁRDENAS

(1) El genial pintor que figura en "Dorian Gray", la célebre novela de Oscar Wilde.



SENTENCIADO

Por AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA

Cuando llegó Gervasio a la guardería, Lorenza, su mujer, lo esperaba a la puerta.

—¡Gracias a Dios! Creí que no venías a comer.

—Se hizo tarde porque el señor conde me pidió parecer de unos potros que estuvo probando el señorito Enrique.

—Pensé que habrías ido de liebres.

—También hubo sus migajas de ojeo. Apenas nada. Cuatro o cinco piezas, si es caso.

Habían penetrado en la guardería, un pabelloncito de planta baja, con dos habitaciones—cocina y alcoba—por todo desahogo. Gervasio dejó sobre una silla la ancha bandolera de cuero, distintivo de su cargo, despojándose también del gris chaquetón, con vivos rojos, y del amplio payero que ensombrecía su atezado rostro. Gruesas gotas de sudor le surcaban la frente. Con la diestra, callosa y deforme, como la pata de oso, las atajó.

—Bien tiempo tenemos. Ya está el calor encima.

Lorenza ultimaba los preparativos del condumio. Un olorillo grato se esparcía por la estancia, excitando el apetito de Gervasio.

—¡Bien huele eso, mujer! De verdad que huele a gloria.

—Mejor sabrá—rió ella satisfechísima ante el reconocimiento de sus habilidades culinarias.

Colocó sobre la mesa un amplio plato talavereño, con toscos floripondios azulinos. Trajo seguidamente del hogar el pucherete, y, sujetando la tapadera con una mano, lo volcó, vertiendo el caldo que había de colar la sopa, ya cortada.

—¡Ea, a comer!

—Santa palabra.

Durante un rato sólo se oyó el golpeteo de las cucharas sobre el plato. Vino luego el cocido, amariñando gratamente, merced al hábil empleo del azafrán. Y por último, dos gazapillos en fritura que merecieron del voraz Gervasio plácemes sinceros.

De pronto, la puerta entornada, chirrió. Lorenza, sorprendida en el primer momento, dijo:

—¡Vamos! No sabía que tuviéramos huésped.

Un perrazo pachón, andando cansinamente, acababa de penetrar en la estancia. Gervasio sonrió.

—¡Ah, sí, el "Yorich"!... Pero será por poco tiempo.

—¿Pues y eso?

—Está sentenciado... Ya se iba cansando de él; que si está viejo, que si no rastrea... Y luego lo de esta mañana... Figúrate que el señorito Enrique iba siguiendo una liebre: "¡A ella, "Yorich"!". Y "Yorich" que corre y se esconde bajo unas matas. Y no salía, más que le llamásemos. Mete espuela el señorito Enrique—¡buen genio gasta el tal para tener aguante!—y llega al escondrijo. "¡Yorich, aquí!" Como si nada. Hasta que baja del caballo y con la fusta hurgó entre la retama... Y al fin reapareció "Yorich". Pero estaba comiéndose la liebre que acababa de cobrar. No te quiero decir... ¡Buenas pulgas tiene el señorito Enrique!... La emprendió con el perro a patadas y a fustazos que creí que allá lo dejaba. Luego me dijo: "Que no vuelva yo a ver a este animal. Pégame un tiro cuanto antes."

—¿Y se lo vas a pegar?

Gervasio se encogió de hombros. Terminada la pitanza, picaba tabaco, valiéndose del cuchillo de monte.

—Pegarle un tiro, no se lo pegaré. No es cosa de malgastar un cartucho. Pero al río, si que he de

tirarlo, por el remanso del Algete, para que se ahogue.

Lorenza miró al perro con ojos más curiosos que conmisericordiosos. No era ella muy partidaria del can, ciertamente. Dolíale que en las épocas de primavera fueran para él los miramientos de los amos, muy superiores a los que ellos, con su adhesión de siempre, podían merecer. Era un rival caído, después de todo.

—¡Cómo ha de ser! Peor sería no verlo.

Pero, en un falso alarde caritativo, puso en el suelo el plato de Talavera, donde yacían, mondos, los huesecillos de los dos gazapos. Lorenza había oído contar que a los reos de muerte no se les regatea la pitanza.

—Toma, "Yorich". Atrácate, pavo, que mañana te pelan.

Rió, brutal, la ocurrencia. Los tier-

marchaba delante, creyéndose obedecido, no advirtió la maniobra del perezoso. Lorenza, a gritos desde la puerta, se lo hizo notar.

—¡Eh, Gervasio! Que el perro no te sigue.

Volvió Gervasio la cabeza. ¿Cómo era aquello?

¿Desobediente, también? Pues sí que era una alhaja el tal animalito.

—¡A ver, "Yorich"! Vamos andando.

Y como el aludido se conformase con alzar las orejas, sin parecer dispuesto a la caminata, de un cantazo en pleno lomo le hizo levantar, aullando.

—¡Buena puntería! — contestó Lorenza.

Rabó entre piernas, "Yorich" no se hizo repetir la orden. Poco acostumbrado a tan inicuos tratos, no acertaba a comprender las causas

Miguel Angel y Braz de Cesana

El papa Paulo III fué un día a visitar a Miguel Angel, que estaba concluyendo el sublime cuadro del Juicio final para la capilla Sixtina. El séquito del pontífice era numeroso, y muchos de los individuos que lo componían no tenían las cualidades necesarias para apreciar la producción de tan grande ingenio; en este caso se hallaba Braz de Cesana, maestro de ceremonias del papa. Preguntóle Paulo III qué tal le parecía la pintura, y como un maestro de ceremonias no es de derecho hombre de gusto y juez competente en objetos de arte, contestóle Cesana, sin vacilar, que el cuadro era más propio para una taberna que para una iglesia.

Los artistas gustan poco de la crítica, mayormente siendo injusta, y no siempre prescinden de la venganza; la de Miguel Angel fué pronta, pues, desde luego, dió un lugar en

el cuadro, entre los condenados, al maestro de ceremonias: una serpiente le enlaza y devora, y la cabeza del nuevo Midas está afeitada, con un par de orejas de borrico, sin duda, en memoria de la excelente sentencia que pronunció.

El retrato de Braz de Cesana era muy conocido, y pronto se hizo pública la malicia del pintor. En vano pidió aquél a Miguel Angel que le sacase del lugar de los tormentos, donde le había arrojado sin respetar su reputación. El artista fué inexorable, y el maestro de ceremonias acudió al papa para obtener justicia.

Paulo III supo salir del apuro con sagacidad: "Tengo—le dijo a Braz,—todo el poder en la tierra y en el cielo; si os hubiera puesto en el purgatorio, tal vez pudiera daros algún remedio; pero como estáis en el infierno, no hay remisión."

nos huesecillos crujían como cañas entre las recias mandíbulas del perro. Gervasio le veía roer, fumando plácidamente. Al cabo se levantó de la silla, requiriendo el sombrero, la chaqueta, la bandolera.

—Después de todo, yo hago lo que me dicen. Quien manda, manda.

Cogió la carabina, colgándola del hombro.

—Andando, "Yorich". Vente conmigo.

El perro alzó la cabeza. El último hueso desaparecía entre sus fauces. Relamióse con regodeo, bostezó después escandalosamente. La orden del guarda parecía un tanto insólita. ¿Quién pensaba en pasear, como epilogo de una excelente comida? Era mucho mejor dormir la siesta, bien extendido a la sombra de la casa. Para dar a entender su decisión, anduvo algunos pasos, los precisos para transponer los umbrales. Y en la puerta, bajo la apacible umbría, acostóse, previó un desperezo elocuente, dispuesto a hacer la digestión durmiendo. Gervasio, que

que pudieran haber contribuido al cambio de conducta. Lo que antes eran mimos y halagos, trocábanse ahora en malas palabras y peores obras. ¿Cómo ha de ser! "Yorich", que era un perro filósofo, no tuvo la osadía de rebelarse contra el destino. Filosóficamente, pues, siguió a Gervasio, sin protestar, aunque dolido de su suerte.

Así llegaron a la orilla del río. Amplio, caudaloso, acrecentado por recientes lluvias, corría por su cauce, arrastrando, impetuoso, troncos, malezas, despojos mil. Largo rato anduvieron, hasta llegar a un pasaje en que las aguas refrenando su velocidad, formaban un remolino espumajante, verdinegro. La vorágine del Maelstroon en miniatura. El remanso del Algete, en fin.

Gervasio se detuvo y el perro también.

Inconscientemente, contemplaron el desfile de objetos arrastrados por el agua. Un trozo de la barcaba del varado. Fragmentos de la presa del molino. Un perrillo ahogado, vientre arriba, hinchadísimo, próximo a estallar como vejiga inflada hasta la plétora. "Yorich" aulló lastimero, al

ver a su congénere marcándole el porvenir que le aguardaba.

Era preciso acabar. El guarda cogió una ova y la aproximó a los labios azuzando. Luego amagó hacia el río varias veces, para excitar los instintos del perro.

—¡Búscala, "Yorich"! ¡Búscala!

Soltó el guijo, que fué sesgando el agua, hasta dar contra un leño que avanzaba por el centro del río. "Yorich", aguzadas las orejas, estimulado el pescuezo, miró partir la piedra, sin atreverse a seguirla. El recuerdo, tal vez, del perrillo que acababa de pasar, monstruoso, coartó sus propósitos de obediencia. Gervasio, se impacientaba.

—¿Has oído, "Yorich"? ¡Búscala!

Le señalaba imperioso el río donde la ova se hundió. Y como "Yorich" no obedeciese todavía, dió otra pedrada, repitiendo la invitación.

"Yorich" se decidió. Morir o dejarse matar. Ambos términos diferían poca cosa. De un salto se lanzó en medio de la corriente. Con singular denuedo, braceó, sin dejarse arrastrar por las aguas. Gervasio no pudo reprimir un movimiento admirativo.

—¡Diablo de perro! Pues no se ahoga.

Defendíase "Yorich" bravamente. Pero el instinto de conservación le hizo retroceder en busca de la orilla. Y pesc al impetu formidable del remolino, pudo llegar al ribazo. El guarda viendo frustrado su plan, no sólo negaba su ayuda al naufrago, sino que pretendía empujarle otra vez río adentro.

—¡Largo de aquí! ¡Búscala, "Yorich"! ¡Búscala!

Y hasta le empujó con el pie viendo que ya subía. Esto le hizo perder el equilibrio, y al caer al agua lanzó una blasfemia.

—¡Malhaya!... ¡Por el maldito perro!...

Gervasio no era nadador. Además, la ropa, al mojarse, le ataba como una camisa de fuerza, entorpeciendo todo movimiento. En su mente atribulada sólo emergía una idea:

—¡El maldito perro! ¡El maldito perro!

Pero "Yorich", exento de rencores, estaba dispuesto a no dejarle morir. Con sus dientes de acero hizo presa en el chaquetón de Gervasio. En un increíble alarde de energía pudo afianzar las patas al ribazo. El guarda, que ya se daba por perdido, reaccionó, aferrándose a unos juncos que le ayudaron a trepar. Estaba en salvo.

Junto a él, "Yorich" se sacudía para secarse. De vez en vez miraba al guarda, como reconviéndole: "¡Ahí tienes cómo me porto yo, a pesar de todo; hagamos las paces y seamos buenos amigos." Pero Gervasio, como hombre que era, no entendió este lenguaje. Más que su salvador, veía en "Yorich" su verdugo, puesto que a pique estuvo de causarle la muerte. Repuesto apenas del pánico, recogió la carabina, caída sobre el césped, y se la echó a la cara. "Yorich" no pudo contener un aullido lastimero. El ruido seco del disparo vino a turbar la paz georgica del paisaje.

Llegó a su casa Gervasio cuando atardecía. Con el sol y la caminata las ropas se le habían secado sobre el cuerpo. ¡Bah! Una mojadura sin importancia. Lorenza lo aguardaba a la puerta, calcetando.

—¿Qué, terminaste ya?

—Terminé. Pero no se ahogó el maldito. Estaba de Dios que había de malgastar un cartucho.



El rey Rama VI, el extraño y pequeño rey de Siam, que falleció recientemente de disgusto por no haber tenido hijo hombre, ha sido objeto de los funerales más suntuosos y espectaculares de los tiempos modernos.

El punto culminante de este funeral, fué la incineración del cuerpo del rey, sobre una pira, en la que se le colocó con trono, corona y cetro, como en vida. Para ello, hubo antes que nada, que elaborar el gran ceremonial. El cadáver del rey, recubierto de vestidos de brocado y oro, portando una pagoda de oro de siete pisos de altura, fué llevado fuera de su palacio en medio de un ejército de bonzos (sacerdotes) budistas que tañían campanas de bronce, colocándose en medio del gran túmulo construido.

El cadáver fué transportado a través de una intrincada red de canales, de tal manera que el alma del rey no pudiera encontrar el camino de regreso a su antiguo hogar; sino que tuviera que quedarse en el lugar donde debía resurreccionar para ascender al Cielo.

Por último, la procesión llegó a la pira funeraria. Esta había sido arreglada en una bella y dorada pagoda cónica, con pisos encimados de 50 pies de altura. El rey con su manto, corona y cetro, fué subido hasta el último piso de la pagoda y sentado en posición natural en un trono de oro, que se había colocado en una estructura de rieles puesta sobre un bracerío de hierro.

Entonces comenzaron los encantamientos por los coros de miles de bonzos budistas, quienes también arrojaron flores de loto. Música, diversiones y funciones teatrales tuvieron lugar durante dos días en los edificios provisionales construidos alrededor de la pira, a fin de que el alma del rey fuera honrada y feliz.

En todo momento el cadáver del soberano se mantuvo rígidamente sentado sobre su trono de oro. Se jugaron loterías gratis, en las que los premios fueron numerosos, distribuyéndose el dinero entre la gente pobre. Millares de gentes del pueblo se divirtieron gratuitamente a expensas del soberano fallecido.

A la caída del sol, del segundo día, se inició el acto de la cremación. En este momento, puertas de oro ocultaron a la vista del pueblo el cadáver del rey.

El nuevo soberano aplicó la tea a los maderos sobre los cuales reposaba el cuerpo de su hermano, mientras que el coro de monjes cantaba alrededor de él, desde el instante en que se inició la llamarada.

Cuando el fuego se extinguió, las cenizas fueron reverentemente recogidas y colocadas en una urna de oro, la que fué transportada al palacio real. Esta urna será sacada en procesión en cada aniversario del onomástico del fallecido y será objeto de solemnes ceremonias.

El finado rey Rama, tuvo probablemente la muerte más extraña que ha tenido monarca alguno de todos los tiempos. Murió de desagrado un día después de haber sido informado de que era padre de una niña. Había puesto todo su corazón en el deseo de tener un hijo hombre que fuera el heredero del trono, de sus sombrillas de oro, sus elefantes, sus palacios, sus diamantes y sus tesoros diversos. Había recurrido a toda suerte de extrañas maniobras con tal fin; pero como se ha visto, después de varios años de espera, rogativas y encantamientos, no logró ser padre sino de una humilde niña.

De acuerdo con los informes llegados a Europa, parece que toda la sangre del soberano se envenenó. Su cadáver se volvió negro y fofo.

El rey Rama VI había pasado por muy peculiares experiencias matri-

El rey que murió de desagrado

moniales. Era hijo del rey Chulalongkorn, que tuvo 134 hijos y 396 hijas y dejó más de 800 viudas. El abuelo de Rama, dejó a su muerte 10.000 viudas, de las que cuidaba el gobierno de Siam, teniendo presente la teoría de aquellos tiempos de que el primer deber de un monarca era el de seleccionar las 10.000 bellezas del país que habían de constituir su harén.

El rey Rama fué enviado a la Universidad de Oxford con el fin de que recibiera la moderna educación europea, y la completara mediante una permanencia discreta en los "cabarets" de París. Regresó lleno de ideas que eran nuevas en Siam, decidido a hacer impresionantes reformas en su fantástico país, hasta el grado de que llegó a considerarse a sí mismo como un aventajado émulo de Napoleón.

Durante algunos años después de haber ascendido al trono, rehusó es-

Se casaron en 1922 y hasta 1925 no había nacido niño alguno que heredara el trono. Este estado de cosas, era contemplado como delito de sacrilegio y lesa majestad de parte de la reina. Rama, por muchas razones, estaba ansioso de tener un hijo que heredara el trono. Tenía numerosos hermanos, bastante capacitados, que podían sucederlo con un poco de intriga o de osadía. En el pasado, los reyes de Siam, murieron por lo general envenenados, con alarmante frecuencia. Por eso, el rey Rama, a pesar de su carácter casi divino, sentía gran temor de que un complot acabara con su celestial persona.

Fué entonces que el rey Rama siguiendo el ejemplo de Napoleón Bonaparte, divorciándose de Josefina, decidió divorciarse de la reina, por no darle hijos. La Gaceta anunció tan trágico hecho, en su usual lenguaje florido y pintoresco,

Las mujeres encantadoras

tienen especial cuidado de su cutis por lo cual emplean el **Jabón de Lysoform**. Además de estar destinado a usos generales de tocador, es un eficaz bactericida.

Lysoform

EL ANTISEPTICO MODERNO

coger una esposa legal que fuera reina verdadera. Estaba esperando hallar alguna que fuera digna de su gloria. Para su honor, hay que declarar que rechazó la antigua costumbre siamesa de casarse con sus hermanas de padre.

Por fin anunció su enlace con la princesa Wallabha Devi, una verdadera venus siamesa al estilo del país. Todas las intenciones reales fueron anunciadas en "La Gaceta Oficial de Siam" de Bangkok, con un lenguaje extraordinariamente florido y pintoresco. La Gaceta decía que el rey había dispensado a la princesa Wallabha, la honra sin paralelo de ser "la productora" del vástago del Hijo del Sol y Hermano de la Luna, pudiendo disfrutar de la celestial sombra, que quedaba al otro lado de la Sombrilla Sagrada de oro.

Pero bien pronto, el rey encontró en la princesa algo que no le agradaba, y entonces La Gaceta anunció que había sido descalificada de la gran elevación a que había ascendido, porque su sistema nervioso dejaba mucho que desear.

Después de aquello, La Gaceta anunció el enlace del rey con la princesa Luisa Adkhmi, otra belleza famosa. El matrimonio se realizó con una fastuosidad tremenda y un ceremonial magnífico.

Pero en los palacios reales no existe la felicidad en la vida doméstica.

diciendo que cuando había sido levantada hasta la celestial dignidad de ser la compañera de Su Majestad, se tuvo la esperanza de que cumpliría con sus deberes de manera satisfactoria; pero que había fracasado en su obligación más importante. Que por consiguiente, había sido descalificada de su posición de reina.

Una semana después, la princesa quedaba divorciada y el rey descubría en sus búsquedas, a otra nueva venus, llamada Chao Odw Sovadena, la cual fué designada para el divino honor de ser reina. El rey tuvo al fin noticia de que Sovadena iba a ser madre, y por consiguiente, tendría hijos que heredaran el trono.

El soberano desde que recibió el informe, pasaba sus días en nueve de los principales templos de Bangkok, rezando para que la criatura por nacer fuera hombre. Finalmente, creía que Buda se le aparecería, y en tal visión le diría que tendría un hijo de sexo masculino y que sería un gran monarca.

Por fin llegó el día del alumbramiento. El rey confiadamente, pero en una tensión nerviosa terrible, se paseaba de arriba abajo en los corredores de frente a los departamentos de la reina, en el Palacio del Bello e Invencible Arcángel.

Los médicos reales estaban ano-

nadados sin saber cómo dar la fatal noticia al soberano. Por fin uno de ellos se adelantó y cayendo de rodillas, le dijo:

"Majestad, ¡perdón!, mi boca vil va a manchar vuestros divinos oídos. La reina acaba de dar a luz a una niña".

El rey se puso verde, giró sobre sí mismo y cayó cuan largo era. Los cortesanos violentamente lo llevaron a sus departamentos. En estado casi comatoso pasó unos días más, hasta que falleció, asumiendo inmediatamente las riendas del gobierno su hermano, el príncipe Praja Dhipokh.

El nuevo rey de Siam, tiene también educación europea con experiencia parisina. Es casado, visitó los Estados Unidos el año pasado, y contrajo muy buenas amistades y simpatías en la gran República.

Uno de los más importantes deberes de un monarca siamés es el de cuidar del gran rebaño de elefantes blancos. Extraordinaria reverencia se otorga a estos animales, porque los siameses creen que la futura encarnación de Buda se efectuará en uno de tales paquidermos. Los elefantes blancos habitan en un gran parque que existe en uno de los templos budistas de Bangkok, y reciben honores reales. El edificio en que moran estos inteligentes animales se llama "watt", que quiere decir santuario. Cada elefante tiene un sirviente y un cuidador especial. Todo este personal se designa mediante decretos reales, y entre los vigilantes, figuran muchos nobles de la corte. El elefante blanco tiene la peculiaridad de que sus ojos son exactamente iguales a los del hombre, y parecen tener tanta vida y retratar tanta inteligencia como el ojo humano. Se les alimenta con grama cultivada especialmente para ellos, hierba, caña de azúcar y galletas. De beber se les da el agua más pura, perfumada con grandes mazos de flores odoríferas. Después de su coronación o matrimonio, y con motivo de las respectivas grandes fiestas, todos los reyes visitan el rebaño de los elefantes blancos, obsequiándolos con naranjas, dátiles y otras frutas. Es un crimen que se castiga con inmediata pena de muerte, el causar algún daño a un elefante blanco.

Volviendo al matrimonio del rey Rama, debemos confesar que fué una ceremonia maravillosa, que duró tres días. El primer día se pasó en rezos en el techo de la pagoda más alta, en comunión con los espíritus de sus antecesores. A la mañana siguiente, a las 6, se levantó y fué "bañado" en perfumes reales y cubierto de "mantos" de flores de loto. Después de esto, se puso sus vestidos nupciales regios, de oro y pedrería, y ascendió a la pagoda de oro de los Siete Pisos.

De ahí descendió posteriormente para dirigirse al palacio y sentarse por sí mismo, en su trono, bajo la gran Sombrilla de Oro, siendo transportado en hombros al Templo del Idolo de la Esmeralda, que es el principal templo de Bangkok. Una procesión de 20.000 sacerdotes, soldados, Amazonas y cortesanos, lo seguía. En el templo, el superior de los monjes, comenzó una larga plegaria pidiendo a Buda que dispensara sus gracias al soberano, terminando por agradecer a su dios, la honra que había concedido a la humanidad enviándole a Rama, por rey de Siam. Para finalizar los monjes arrojaron a los pies del monarca ramos de lotos azules. Esta ceremonia fué repetida en 8 templos más de la localidad.

Al día siguiente tuvo lugar el casamiento real. Ningún hombre estuvo presente a él, más que el propio rey; pero en cambio los coros de baile tuvieron más de 6.000 bailarinas.

EL DILUVIO FUTURO

Extrañas analogías del globo terrestre, "cuerpo geológico" y nuestro organismo... La Tierra lucha contra los elementos: Agua, Aire y Fuego, que son sus enfermedades.—Cada año pierde la Tierra 10 kilómetros cúbicos y medio.—Sus defensas son insuficientes: en siete millones de años habrá desaparecido tragada por el Océano.

Cuando se abarca con una mirada de conjunto los numerosos fenómenos que ocurren en nuestro globo, no se puede menos de compararlos con los de la existencia de un ser animado.

La tierra tiene un sistema "circulatorio" constituido por las aguas del mar, que el sol evapora, que transportan las nubes, se condensan sobre las montañas y tornan al Océano por la complicadísima red de cauces que forman los torrentes, ríos y arroyos. La tierra "respira": basta haber pasado un día sobre la costa para ver cómo la superficie de las aguas marinas se levanta y abate dos veces en veinticuatro horas, como lo haría un ser gigantesco que abriera el pecho enorme para henchir de aire sus pulmones. La tierra "tiembla y se estremece": numerosos cataclismos nos lo han venido mostrando. La tierra, en fin, posee un "sistema nervioso": incesantemente cruzan sobre su epidermis corrientes eléctricas, efecto, acaso, de espasmos monstruosos que conmueven sus entrañas.

Pero todo ser viviente se halla expuesto a la acción de los gérmenes de la enfermedad, de la destrucción, de la muerte. ¿Es la tierra una excepción de esta regla general? ¿Lucha, cuando menos, por la vida a fin de retardar la fatal transformación por los esfuerzos de una resistencia desesperada?

Observemos los ataques de que la tierra es objeto por parte de lo que los antiguos llamaban "elementos", es decir, del agua, del aire y el fuego. El sol, soberano señor de todas las manifestaciones de la vida terrestre, no abdica sus derechos. Este es quien ataca primero. Bajo el poder de sus flechas, las más duras rocas de las montañas más elevadas, se calientan durante el día, pero solamente por el lado iluminado. De aquí los esfuerzos moleculares provenientes de la desigual dilatación de sus fases; esfuerzos que repetidos cada día, interrumpidos durante la noche, rompen la cohesión entre las partículas de la roca, que acaba por agrietarse.

En este momento aparece un segundo asaltante: la lluvia. Condensada sobre las altas cimas, viene a caer en las hendiduras de la roca, donde el frío la congela; al congelarse, el agua aumenta de volumen y hace abrirse y estallar con poderoso empuje las paredes de la piedra que la aprisionaban; la masa firme y compacta de la roca se convierte así en menudos fragmentos. Pero, ¿qué ocurre con estos fragmentos? Aquí interviene un tercer adversario: la fuerza de gravedad.

Las masas rocosas que constituyen las montañas han sido levantadas sobre el nivel medio de los mares por el esfuerzo de la energía subterránea, que ha convulsionado y plegado la corteza sólida del globo. Este esfuerzo, empujando a las rocas al más alto nivel, ha triunfado momentáneamente de la ley de gravitación universal: esta ley va a tomarse la revancha, una revancha terrible. Esos fragmentos rocosos

que acabamos de ver disociados por el calor solar, desmenuzados por el agua congelada, ruedan a lo largo de las pendientes de la montaña sembrando la ladera de relieves que otro enemigo de la tierra, la lluvia, va a demoler muy pronto.

La lluvia, en efecto, corre bajo la acción de la implacable gravitación universal. Hasta que no llega al Océano, término natural de su descenso hacia el nivel más bajo, una gota de lluvia no goza un momento de reposo: se desliza, rueda sin descanso hasta llegar al seno de los mares. Al rodar por las pendientes se adhiere y lleva con ella partículas de la montaña disgregada; la tierra viva de sus moléculas, verdaderos proyectiles líquidos, llega a triunfar de los obstáculos más infranqueables en apariencia. El arroyuelo se hace torrente; rompe los bordes de su cauce; destruye los obstáculos, a veces formidables; que las rocas le oponen, salta sobre éstas con empuje irresistible, formando cascadas rumorosas, sigue su tregua, desalado, ciego, hacia su destino fatal, que es el Océano.

Pero este trabajo brutal del torrente sobre la montaña se regulariza a medida que sus aguas bajan hacia el llano. Poco a poco va perdiendo su violencia inicial, que se atenúa en las partes bajas de su curso. La pendiente disminuye sin cesar; los materiales arrancados al suelo se depositan en aluviones sobre las tierras menos altas. Cada corriente de agua, simple arroyuelo o Amazonas majestuoso, ejecuta este trabajo perpetuo, cuyo resultado, al cabo de los siglos, ha de ser el allanamiento completo, la nivelación de todos los continentes, cuyos restos, trasladados por los ríos al mar, se van acumulando, en reposo definitivo, sobre el fondo de los abismos cubiertos por las aguas.

Como si los ríos no bastasen para destruir poco a poco las montañas, el agua corriente pone en obra otro agente de demolición, un agente poderoso entre todos: la acción de la nieve y del hielo.

La nieve, acumulada sobre las altas montañas, queda suspendida en sus flancos en capas más o menos extensas; pero el equilibrio de esta suspensión es esencialmente precario. Bajo la menor influencia—en particular bajo la del viento cálido, el "foehn", que sopla con frecuencia del Sur, franqueando los Alpes y que hace fundir en parte las nieves acumuladas—éstas caen en aludes, rodando a lo largo de las pendientes montañosas y arrasando todo a su paso. La espantable tromba de nieve arranca de cuajo árboles y piedras, destruye pueblos y cubre con su sudario blanco sus casas, convirtiéndolas en tumbas donde quedan a veces enterrados vivos los seres humanos.

Además, acumulada en los altos valles, la nieve adquiere, bajo el peso de sus capas superiores que la comprimen, la dureza del hielo. Se forma entonces un glaciar—inmenso y plástico campo de hielo, que se moldea sobre las anfractuosidades del valle cuyo fondo ocupa, y cuya masa enorme, bajo la inexorable gravitación, len-

tamente desciende hacia las regiones más bajas y más cálidas, donde su parte inferior comienza a entrar en fusión. En el curso de su descenso, el hielo se comporta como una gigantesca garlopa: a medida que se liquida, forma corrientes que arrancan y se llevan los bloques hacia las partes bajas del terreno.

Cuando estos glaciares llegan hasta el mar—como ocurre en los de las regiones vecinas al Polo—su frente, que ha penetrado en las aguas por la presión de las capas más elevadas, se quiebra bajo la doble acción del principio de Arquímedes y del juego de las mareas. Enormes bloques de hielo se desprenden entonces, y van a errar sobre la superficie de las aguas, a impulsos de las corrientes marítimas, constituyendo verdaderas islas flotantes, cuyo volumen alcanza muchas veces algunos kilómetros cúbicos, y cuyos choques, en la bruma, son para los barcos el más temible de los peligros. Estas islas flotantes son las llamadas "icebergs", los cuales al fundirse, dejan caer al fondo del mar los bloques de piedra que su hielo retenía después de haberlos desprendido del suelo, contribuyendo asimismo a la obra de llevar al océano las tierras de los continentes.

Filtrándose lentamente a través de la tierra, el agua, en fin, la ataca de una manera que podríamos llamar subrepticia, formando hendiduras que la disgregan. Y si las aguas así infiltradas obran sobre los flancos montañosos de rápida pendiente, las grietas pueden ocasionar el desprendimiento de enormes masas sólidas que, al rodar y caer sobre los valles, pueden ocasionar, y ocasionan a veces, catástrofes tan graves como los aludes.

Vientos y mareas

Pero hasta en las regiones donde el agua falta en absoluto: hasta en los desiertos de arena, como en el Sahara, el relieve continental es continuamente degradado—esta vez, por el viento, que transporta los granos provenientes de la disgregación de unas rocas y los proyecta, como agudos huriles, sobre otras. Después de la "erosión fluvial", es, pues, la "erosión eólica" la que obra como destructora de las masas continentales, de las cuales, ni la más pequeña parte escapa a la acción de los agentes atmosféricos.

Es, por consiguiente, en provecho del océano, su dueño y señor, en lo que los ríos, los arroyos, los glaciares trabajan sin cesar en su obra de demolición. Pero este Océano da el ejemplo a sus esclavos, trabajando por sí mismo también en esta labor destructora de la tierra firme, con las armas de sus olas y mareas. Cuando las olas asaltan la costa en horas de tempestad, desarrollan una fuerza que alcanza a 30 toneladas por metro cuadrado. Y esta fuerza se ejerce sobre los 230.000 kilómetros de longitud que limitan las tierras emergidas. Fácilmente se comprende el poder de ese trabajo de zapa, que desmorona los más duros granitos.

La tierra lucha por su vida

¿Puede cifrarse el total de estos trabajos de demolición?

Las evoluciones de los geólogos fijan en 10 kilómetros cúbicos y medio la suma de materiales que las aguas arrebatán anualmente a la tierra firme.

Repartidos sobre la superficie del fondo de los mares, formarían una capa anual de 0.0003 metros. Por otra parte, el volumen de las partes emergidas de la tierra es de 100 millones de kilómetros cúbicos, y su altitud media, de 700 metros; bastarían, pues, siete millones de años para precipitar completamente al fondo de los mares los materiales procedentes de la demo-



¿OCUPADO todo el día y por la tarde dolor en el cerebro, malestar y fatiga? Tómese dos tabletas de

ASPIRINA

Alivia rápidamente, levanta las fuerzas, devuelve la lucidez mental y

no afecta el corazón ni los riñones

Tubos de 20 tabletas y "SOBRES" de dos.

¡No acepte tabletas sueltas!



lición continental. Y al cabo de este tiempo, el nivel general de los océanos se elevaría unos 400 metros.

Pero la tierra no se deja hacer daño sin protestar, y lucha por su vida con energía desesperada. Los ríos se ven forzados a depositar cerca de sus mismas desembocaduras una parte de las tierras arrancadas al suelo, formando los llamados deltas. Por otra parte, en el seno mismo de los mares, los políperos, las madréporas, los corales levantan, por la acumulación secular de sus pequeñas edificaciones, escollos, bancos, islas enteras. Y, en fin, precursor supremo: de tiempo en tiempo, un auxiliar llega en socorro de los continentes atacados: es la "energía interna", que, bajo la forma de erupciones volcánicas, lanza por los cráteres masas enormes de lava que viene a aumentar el volumen de las tierras emergidas, con la aportación de elementos tomados al interior del globo.

Pero, ¡ah!, esto no es más que un paliativo enteramente fragmentario, no un remedio radical. La enfermedad es incurable: la tierra, condenada, acabará por desaparecer bajo las aguas, y sólo las cimas de las más altas montañas taladrarán la inmensa sábana líquida que envolverá como un manto este pequeño globo. Este diluvio final será la repetición lejana y formidable del ocurrido en la noche de los tiempos prehistóricos.

Nosotros, ¡ah!, no lo veremos

LOS TALISMANES CHINOS

Leyenda sobre su origen

En un libro chino, titulado "Chang-youen-king", y que es tenido como sagrado en aquel país, se lee lo siguiente:

"En otro tiempo, el Emperador Hiaowenti (que reinó desde el año 36 hasta el 163, antes de Jesucristo), preguntó en estos términos al cronista de su palacio:

—Hace siglos que existe una casa que se llama "la habitación de los tres hombres simples". ¿Qué es lo que se entiende por esto?

—Atended—contestó— a los signos por los cuales podréis reconocer la habitación de los tres hombres simples: una, que es alta por delante y baja por detrás, es la casa del primer hombre simple; la otra, a cuya parte septentrional corre un riachuelo, es la casa del segundo hombre simple; la que es alta por la parte del sudeste y nivelada por la del nordeste es la casa del tercer hombre simple.

Cierta día salió de incógnito el Emperador, y habiendo llegado a los límites del distrito de Hong-Kong, vió una casa y entró en ella bruscamente. Esta casa era rica y espaciosa, y cobijábanse bajo su techo unos cincuenta habitantes. El Emperador salió de ella lleno de admiración.

Al día siguiente mandó llamar a dos agoreros versados en la ciencia del In y del Yang, es decir, de los dos principios que presiden todas las operaciones de la Naturaleza. Disfrazóse con un traje ordinario y volvió al mismo lugar, a fin de indagar la causa que había producido su admiración.

A su llegada, el dueño de la casa salió a recibirle, y le dió las mayores muestras de respeto. El Emperador le preguntó:

—¿Cómo te llamas?
—Me llamo Lieon-Tsin-Ping.
—¿Cuánto tiempo hace que habita aquí?

—Cerca de treinta años.
—Pero ésta es la habitación de los tres hombres simples. Este país es peligroso e inhabitable. ¿Cómo haces para vivir aquí en paz y libre de enfermedades? ¿Quieres desvanecer mis dudas?

—En un principio — respondió Lieon — cuando yo vivía en este lugar, las personas de mi casa perecían de una muerte prematura; mis riquezas disminuían, mis animales domésticos eran víctimas de crueles enfermedades, mi pobreza y mis calamidades aumentaban diariamente.

"Una noche vinieron dos estudiantes, pidiéndome cama para dormir; yo les manifesté el triste estado en que me encontraba, por cuya razón apenas pude darles más que un pequeño plato de arroz. Los dos jóvenes me manifestaron su agradecimiento, y, hablándome en el tono que inspira la franqueza, me dijeron: "¿Cómo puedes vivir en esta casa, siendo éste un sitio tan peligroso?"

"Mis recursos son harto limitados, les contesté, para que pueda trasladarme a otra parte."

"Nosotros tenemos, replicaron, un medio de remediar tus males, sin que tengas necesidad de mudar de habitación."

"Al oír esto, no pude menos de saludarles muchas veces, suplicándoles que me lo enseñasen al momento:

Entonces me presentaron sesenta y dos talismanes, diciéndome:

"Dentro de diez años os encon-

traréis en la opulencia y colmado de honores; dentro de veinte años contaréis un sinnúmero de hijos y nietos; dentro de treinta años, un Emperador, vestido lo mismo que cualquier otro hombre del pueblo, entrará en vuestra casa."

Las dos primeras predicciones están ya cumplidas; pero el Emperador, vestido como un hombre del pueblo, no ha honrado todavía mi casa con su visita.

—¿Y en dónde están esos talis-

Desde la dinastía de Han (163 años antes de Jesucristo), todo el que copia estos talismanes y los cuelga en su casa se preserva de toda especie de males y consigue todo género de prosperidades."

La leyenda china cuya traducción acabamos de presentar, se encuentra a la cabeza de una extensa hoja impresa con tinta encarnada, de la que se copiaron los cinco personajes mitológicos aquí representados.

Cada talismán tiene una inscripción en chino indicando la propiedad particular que se le atribuye; y como las inscripciones de estos amuletos comprenden casi todos los males y todos los bienes que un hombre puede tener o desear, los que tienen fe en su virtud no tienen más que comprar estas hojas y colgarlas en su casa. A veces se copian

atribuye una influencia particular que debe asegurar su eficacia.

La ojeada anual de Buda al mundo

En alguna ocasión hemos hablado de las ceremonias del culto a Buda, y registramos hoy una de las más solemnes que se practican en honor de Sakiamuni.

Se guarda en el monasterio budista de Kumbum un maravilloso tapiz de seda, que mide 30.000 pies cuadrados.

En el centro de esa enorme pieza de seda aparece admirablemente bordada la efígie de Buda, y en torno a ella, y también reproducidas en bordado, escenas interesantes de la vida de Sugata.

Una vez al año, y en un día de sol, los sacerdotes del monasterio de referencia sacan el inmenso tapiz y lo extienden en la ladera de una colina.

A juicio de los creyentes, Buda puede así lanzar una ojeada anual al mundo en que vivió, y además, de ese modo no olvida a sus fieles.

El día en que se saca del monasterio el famoso tapiz, acuden desde centenares de leguas a la redonda numerosísimos adeptos del budismo, ansiosos de presenciar la ceremonia.

Es digno de verse el espectáculo del tapiz extendido y la inmensa muchedumbre de tibetanos que se congregan en la ladera, desde la cual, y según ellos, Buda los contempla y siente renovado el estímulo de protegerlos, que le llevó en vida a abandonar las comodidades de su palacio y a trocar los placeres por las más rudas penitencias, y más tarde le inspiró aquellas predicaciones repetidas por espacio de cuarenta años y para escuchar las cuales llegaron a afirmar sus entusiastas que "los dioses bajaban del cielo", aseveración que no representaba una hipérbole, sino que era indicio del fanatismo de los devotos de Buda.

Crustáceos con luz propia

En el fondo del mar profundo reina la obscuridad más completa, y, sin embargo, allí existen, arrastrándose los unos, moviéndose libremente los otros, infinidad de animales que pueden esclarecer la eterna noche en que viven del modo más extraño y maravilloso.

Son estos animales cefalópodos semejantes a jibias o calamares, de cabeza opalescente, provistos de fanales variantes dispuestos en la superficie del cuerpo, de los que emanan luces de diversos y brillantes colores; son crustáceos, provistos igualmente de fanales, o bien de especiales glándulas que producen y despiden sustancias luminosas; son peces de formas extraordinarias; son enormes bocas y dientes agudos y feroces, que llevan en los costados y bajo el vientre varias filas de luces espléndidas; son estrellas de mar que se arrastran en el fondo resplandecientes de luz verdosa; son miles de millones de puntos luminosos, que ya se encienden, ya se apagan, suspendidos en el agua o apoyados en el suelo, que parecen en su conjunto un raro firmamento de luces inconstantes.

Y, en muchas zonas hay un leve, pero permanente, resplandor, como de luna, producto de bacterias luminosas que, viviendo y multiplicándose en suspensión en el agua, suministran luz a los peces que no la tienen propia; pero, en compensación, dotados de ojos.

EL AGUA

Cristalina a simple vista y que usted cree pura, contiene en la mayoría de los casos

GÉRMESES NOCIVOS PARA LA SALUD

PREVÉASE: Asegúrese que el AGUA que BEBE es pura y buena.

EL BOTELLÓN ESTERILIZADOR del Profesor Dr. HOTTINGER

en su misma casa, sin ningún trabajo ni gasto, esteriliza el AGUA más contaminada, al mismo tiempo que la refresca

Hoy mismo lleve un botellón a su casa, pues con él entra la HIGIENE DEL AGUA

EN LA CAPITAL, DE VENTA EN LAS SIGUIENTES CASAS:

Farmacia Franco Inglesa, Sarmiento y Florida. — Farmacia Bolgrano, Cabildo, 1901. — Droguería del Indio, Rivadavia, 1501. — Beretervide & Leonardini, Piedras, 170. — Farmacia J. T. Raffo, Esmeralda, 301. — Heinlein & Cia., Av. de Mayo, 1402. — B. Martinez & Cia., Rivadavia, 1001. — Bazar Solanas, Santa Fe, 2138. — Guanzirelli & Cia., Sarmiento, 1431. — Angeleri, Jacuzi & Cia., Callao, 98. — Cerini Hnos., Sarmiento, 1202. — Juan Faccaro, Bm. Mitre, 2509. — Medina & Cia., Rivadavia, 865. — Schmitz Hnos., Alsina, 2639. — Alejandro Colven, Viamonte, 933. — Spinedi & Grunwald, Callao, 666. — Rafals & Cia., Moreno, 882. — Casa Uhalde, Maipú, 327. — Pablo Kolbe & Cia., Moreno, 1202. — B. Groschake, Esmeralda, 146. — Federico Clarfeldt y Cia., Paseo Colón, 746. — A. Pfeiffer & Cia., Perú, 425. — Portes Hnos., Rivadavia, 1932. — Vicente Scannapieco, Tucumán, 800. — Farmacia del Norte, Carlos Pellegrini y Santa Fe. — Francisco Wackershauser, Santa Fe, 4512. — Farmacia Chialvo, Sarmiento, 1302. — Farmacia Mugica, Chile esq. Entre Ríos. — Carlos Dietsch, Las Heras, 3501. — Souto & Cia., Rivadavia, 3000. — Dr. Carlos A. Peitl, Carlos Pellegrini, 163. — Silveira Rosa Hnos., 25 de Mayo, 11. — Farmacia Nelson, Sui-pacha, 477. — Farmacia Vázquez y Cia., Florida y Lavalle.

A quienes se pueden solicitar precios y detalles.

manes?—le preguntó el Emperador, sonriéndose.

—Después de haberme dado sus talismanes — respondió Lieon — se marcharon, despidiéndose de mí. Pero apenas habrían andado cincuenta pasos, cuando desaparecieron de repente, dejando tan sólo una ráfaga blanquecina que se elevó hasta el cielo.

—¿Tienes a bien—dijo el Emperador—enseñarme esos talismanes? Lieon los sacó alegremente de una caja, y se los enseñó.

El Emperador, cuya visita secreta había sido profetizada por los dos jóvenes, mandó entonces a los agoreros que le acompañaban copiar con la mayor exactitud estos modelos.

De vuelta a su palacio se ocupó en vulgarizarlos por todo su imperio.

aquellos talismanes de que se cree tener necesidad, y ya se les pega a la puerta de una casa para alejar ciertos genios maléficos, ya se les lleva consigo para preservarse de ciertas enfermedades, librándose de un peligro, de los ataques de los ladrones o de los riesgos propios del comercio.

Los signos y cifras extrañas de que se componen estos setenta y dos talismanes no hacen ningún sentido en chino, aun cuando en ellos se perciban algunos caracteres correctos, como las palabras "campo", "tierra", "sol", "luna", y sólo tienen un valor de convención entre los charlatanes y agoreros de la celeste República.

La parte superior de cada talismán, formada por líneas rectas y por círculos, representa las estrellas de las constelaciones, a las cuales se



LA CARTA DE LA SUICIDA

Por JAVIER DE VIANA

Corridos todos los trámites, enterrada la difunta, el juez de paz entregó a Torcuato la carta que ella había dejado escrita para él, su prometido.

Torcuato recibió el pliego, le dio vuelta entre sus dedos callosos, lo miró, tornó a darle vueltas y concluyó por doblarlo al medio y guardarlo cuidadosamente en el bolsillo interior de la americana.

A pesar de que estaba obscureciendo, de que no había almorzado y de que sus ranchos quedaban lejos y a trasmano, montó a caballo y se dirigió al trote, rumbo a la pulpería de don Manuel.

Allí, a solas con el dueño de casa, sacó la carta, se la presentó y le dijo con súplica solemne:

—Vengo pa que me lea esto.

Don Manuel, un gallego petiso, grueso, hinchado en los cuatro o cinco miles de pesos que sugestionaban sus arterias de labriego, se caló las antiparras, rasgó el sobrescrito y tras un momento de afanoso estudio, confesó con rabia:

—¡No entiendo estos jarabatos!

Torcuato, resignado, guardó la carta, montó a caballo y trotó hacia su rancho, distante, muy distante. La noche era oscura, pero Torcuato y su overo sabían rumbiar con los ojos cerrados. La noche era fría; pero Torcuato y su overo tenían la piel curtida, resistente a todos los rigores del clima; helada, sol, lluvia, granizo..., ¿qué les iban a contar de nuevo?

El paisano llegó a su rancho, que con ser chico le pareció inmenso esa noche. Tiró el poncho sobre el catre, se acostó sin desvestirse. Como no había cerrado la puerta, se quedó mirando hacia afuera, hacia lo negro sin término, abiertos los ojos que el sueño no quería cerrar.

Cuando la aurora echó un resoplido granate en el interior del rancho, el paisano se enderezó sobre el catre. Al recoger el poncho, lo encontró destrozado, como si hubiese estado escurbiendo una alimaña uñosa.

¿Fueron las rodajas de sus espuelas en convulsión nerviosa, o fué algún bicho malo que penetrara en la noche, al amparo de las sombras y aprovechando la puerta abierta de par en par?... No lo sabía, no intentaba saberlo, incapaz de raciocinios en la semi-inconciencia en que le había sumergido el trágico acontecimiento de la vispera, y en la ansiedad que le atenaceaba, por saber lo que decían las palabras sin voz de la muerta, guardadas allí, bajo un sobre, junto a su corazón, en un pliego arrugado.

Salió, se sentó en las raíces del ombú, tomó la carta y la estuvo contemplando largamente, estudiando con minuciosidad extrema cada uno de aquellos signos, para él misteriosos, indecifrables, incomprensibles.

El sol iba subiendo, iluminando, calentando. El casal de barcinos rabones y ayunos, daba vueltas, en silencio, olfateando al amo con miradas que parecían decir:

—¿Hoy tampoco carneamos, patrón?

Y el overo, atado a sogas, extrañando que no se le largase aún, giraba alrededor de la estaca, se detenía, miraba fijamente al dueño, con las orejas inclinadas, con la cabeza baja, como presintiendo una desgracia.

En el intervalo, Torcuato leía, sí, leía; las cifras misteriosas se aclaraban, formando palabras, formando oraciones. Por intervención de una fuerza misteriosa él, que no conocía ni la O por redonda, descifraba la carta de la novia muerta. Al principio dudó, creyéndose presa del delirio; pero, allí estaba el rancho, el ombú, los perros a su lado, el overo en la sogas, el campo, las lecheras en el bajo, las ovejas en la loma...; estaba bien despierto. Leía. Y leía lo siguiente:

y vine pa afectarme..., sirvo... en lo que mande.

—¿Sabe leer, don Jerónimo?

—Sí, sé leer.

—Tome, lea.

Y alargando la carta, agregó no sin cierta expresión de orgullo:

—¡Vea lo que me dice la chiquilina!

El vecino leyó, meneó la cabeza y dijo:

—Qué le vamos a hacer, amigo, las mujeres son así.

SONETO

Con algo de divino pareciera
que hubiesen modelado tu escultura,
que pasa rebosando de frescura
para embriagar como una primavera.

La noche se durmió en tu cabellera,
dióle el nardo a tu rostro la blancura;
tus labios un coral los empurpura
y arden tus ojos con fulgor de hoguera.

Las curvas de tu flanco y de tu seno
la gloria evocan del cincel heleno
que en Fidias culminara prodigioso,

y al verte, tan perfecta, se diría
que es fuente inagotable de poesía
tu conjunto soberbio y armonioso.

FELIPE FLORES (HIJO)

—Queridito mío: Esta que te escribo es pa desarte salú, que la mía es güena, a Dios gracias... hasta aúra que...

Aquí había algo confuso, muy confuso, un borrón, tal vez. Y seguía:

—Y yo te quiero mucho y a vos solo y como no me dejan casar con vos yo me...

En este sitio negreaba otro borrón; era claro: "yo me mato... Y adiosito, mi queridito de mi alma y perdoname que te haga sufrir y rezá por el ánima de tu pobrecita. — Petrona."

Eso es: así era la carta. Torcuato no sabía leer pero adivinaba. Su cariño hacía un milagro.

Ladronaron los perros. El paisano levantó la cabeza. Su vecino don Jerónimo llegó hasta él.

—Buenos días, amigo.

—Buenos; bajésé.

—Supe que andava haliao en una ala

—¿Cómo así?—replicó violentamente el mozo.

—Así, pues, sucias como un peso papel y falsas como botas de pulpería.

El rostro de Torcuato quedó, al oír estas palabras, tan blanco y tan rígido, como un campo cubierto por la escarcha. Su mano, que temblaba, se posó sobre el brazo del amigo y con una voz que vanamente intentaba aparentar serena, dijo:

—¿Usted lió?

—¡Natural!

—¿Me quiere hacer el servicio 'e lerla fuerte?...

—¡Si se empeña!...

—Queridito mío...

—¿Ansina!... ¡Ansina es!

—Queridito mío: Esta que te escribo es pa desarte salú, que la mía es güena, a Dios gracias, hasta aúra que...

—¡Clavao!... Lo mismo que yo li... ¡Siga, compañero!...

—... "me tengo que matar..."

—¿No hay un borrón ahí?

—Sí, grande.

—¡Es eso el borrón!... ¡Pobrecita!...

—... "me tengo que matar porque..."

—Vea, eso es lo que más interesa, lea despacito, no se apriesure...

—... porque... sabés, mi queridito, yo tuve una desgracia con Sinforoso, el sargento, y no se quiere casar conmigo y dice que si yo me caso con vos te va contar todo, mi queridito queridito..."

Torcuato pegó un brinco, asíó violentamente de un brazo a su amigo, y le dijo:

—¡Eso es mentira, eso no puede ser... ansina!... Güelva a leer, por favor!...

Don Jerónimo tornó a leer el párrafo, y el paisano tornó a increparle:

—¿Pero dice bien ansina?... ¡Mire..., la letra es fiera..., puede que se equivoque!...

—¡No, m'hijo, es así!... ¡Pasensial!...

—... Siga.

—"Como yo sé que el sargento Sinforoso es un desalmado, y yo sé que vos, mi queridito querido, sos muy bueno, te recomiendo antes de morirme, que me voy a matar, que cuidés de la criaturita que la tieneña Pancha, la del Rincón del Espinillo. Y te manda un beso tu fiel Petrona."

Frio, súbitamente serenado, Torcuato dijo:

—¿Concluyó?

—Sí, amigo.

—Y... ¿está bien seguro de qu'ella dice eso, que yo... me haga cargo... 'el guacho?

—Sí, sí, lo dice.

—Güeno, amigo, gracias.

—¿No precisa nada?

—Nada.

—Adiosito entonces, y ser fuerte.

—¡Vaya, amigo vaya!... ¡Yo no he nacido a la orilla 'el agua onde se crían mimbres y sarandises; yo he nacido tierra adentro, en la pampa, donde viven los fiandubaises duros y con espinas... ¡Adiós, paisano!...

Se estrecharon la mano, don Jerónimo montó y partió. El overo seguía dando vueltas alrededor de la estaca, impaciente. Los perros remolineaban gruñendo con gruñidos que querían decir:—¿No carneamos hoy tampoco?"

Torcuato, tras un momento de meditación, se dirigió hacia el sitio en que estaba el caballo. Quiso desatar el maneador y no pudo: intentó arrancar la estaca y no lo consiguió, sacó el cuchillo, cortó la guasa, quedó libre el cuero. Siempre seguido por los perros, llegó hasta la cocina. De un garfio colgaba un pernil de ovejuna, negro, seco. Lo descolgó y lo arrojó a los barcinos. Más de cinco minutos permaneció inmóvil, la vista en el suelo, el cuchillo en la mano. Luego dijo en voz alta:

—¡Hembra..., pasto 'e baño que no alimenta, sol de otoño que no da calor..., hembra!... El guacho queda a mi cargo... ¡Güeno!

Y silbando una vidalita muy triste, se puso a afilar el cuchillo en la piedra que estaba junto al fogón. Probó después el filo en el dedo, lo encontró a gusto, y dijo simplemente:

—Güeno.

CURIOSIDADES

Respondiendo al deseo de una viuda que anunció su propósito de contraer segundas nupcias, el alcalde de Grimsby, lugar de residencia de la solicitante, recibió doscientas cartas para hacerlas llegar a sus manos.

Para que los vasos de cristal no salten con el fuego, hay que ponerlos a cocer en agua, dejándolos hasta que ésta se enfíe. Si se ponen a hervir en aceite, adquirirán mayor solidez.

En la granja de la Philipponniere, en Betz-le-Chateau, vive una familia excepcional: la pequeña de la casa, la mamá, la abuela y la bisabuela no suman, entre todas, arriba de noventa años.

En efecto, Reina Mouré nació el 7 de septiembre pasado. Su madre, Magdalena Lucia Granger, que se casó en noviembre de 1924, tiene diez y seis años y cuatro meses. La abuela, Leontina Luisa Robin, nació el 20 de febrero de 1893. Tiene, pues, treinta y dos años. Es, sin duda, la abuela más joven de Francia. En fin, la bisabuela, Leontina Arnault, tiene cincuenta años y piensa ver los hijos de sus biznietos.

Estos matrimonios prematuros no impiden que en la familia de que hablamos lleguen hombres y mujeres a edades avanzadas.

La invasión de las perlas falsas avanza arrolladora, adueñándose de las gargantas femeninas. Entre las blancas, de oriente purísimo, que se confunden con las verdaderas, vemos otras azuladas, rosáceas y negras, que obtienen igual éxito.

La moda prescribe la unión de un collar corto de perlas gordas y otro largo, muy largo, de perlas más pequeñas, pero no chiquitas. Las finas o imitadas, siempre son bonitas y de aspecto valioso.

La perla es la única joya que se admite como adorno, y de ahí su éxito creciente, sin pretensiones de ocultar su origen. Casi podría presumir con mayor razón la imitada que la auténtica, porque, siendo su valor inferior, no desmerece en belleza.

Ahora, las mujeres que quieren hacer ostentación de fortuna con sus joyas, tienen que recurrir a los brillantes, que hasta ahora no tienen imitadores tan fácilmente y de tan exacto parecido como las perlas.

En la Exposición del Imperio británico, en Wembley, se ha construido en veintidós días un café-restaurant con cabida para ochocientas personas.

El "hall" central del Palacio de Justicia de Londres ha sido ahora restaurado y pintado, después de veintidós años.

La estación de radiotelefonía más meridional del mundo se encuentra en las islas Orcadas.

En Rusia, cualquier carta o paquete que se considera sospechoso es abierto y se lee o examina su contenido. Una máquina ingeniosa vuelve a arreglarlo todo, y su destinatario no puede sospechar que su correspondencia ha sido violada.

Se dice que los cartagineses fueron los primeros que adoquinaron sus pueblos con piedras. Londres fué adoquinada por primera vez en el año 1593.

La isla de Wallarea, situada a dos horas de distancia de Londres, tiene cien habitantes, y no cuenta con escuela ni iglesia.

Los sistemas modernos de defensa y alarma contra los ladrones son tan eficientes, que muchas compañías de seguros han rebajado las primas.

El total tonelaje de la "Invencible Armada" era de 59.120; el número de cañones, 3.165. A bordo iban 19.295 soldados, 8.252 marineros y 2.088 galeotes.

Suetonio es el primer escritor pagano que menciona a Cristo. Habla de los cristianos co-

mo hombres que profesaban una nueva y nociva superstición.

En Kansas se cultiva con gran éxito un nuevo cereal llamado "rice-corn" o "trigo-arroz", que los naturalistas del país colocan en la categoría del centeno, trigo y otros cereales. Los experimentos hechos en los últimos años demuestran que es de fácil cultivo y menos delicado que el trigo y otros cereales. Esta planta fué importada de Egipto a América hace unos cuantos lustros, y su sabor es muy parecido al del trigo.

En algunas localidades de la República China donde se cultiva la patata, se conserva este tubérculo como alimento para el invierno, cortándolo en pedazos en otoño y dejándolo secar al sol sobre unas esterillas.

Los legionarios romanos recibían un dinero

diario, aproximadamente una peseta, del que descontaban un tanto para armas. De todos modos les quedaba más que a la mayoría de los soldados modernos.

Lincoln contrajo matrimonio en 1842 con María Zodd, que, aunque muy cortejada, prefirió a Abraham, a pesar de su pobreza.

Un médico francés afirma que el temor a la muerte acorta la vida.

Una vieja botella fabricada en China, que tiene treinta y media pulgadas de alto, ha sido vendida recientemente en 4.305 libras esterlinas.

Durante los dos últimos años se gastaron en Inglaterra diez y siete millones de libras esterlinas para la ampliación y mejora de las líneas telegráficas.



Dientes blancos y limpios

El cuidado de los dientes, ha tomado gran importancia en nuestra época; antaño cuidarse los dientes era algo más bien reservado al sexo débil, pero hoy, como es una medida higiénica tan saludable, se pueden contar con los dedos los que no se limpian diariamente la dentadura, tanto hombres como mujeres, pues no sólo es cuestión de higiene sino también de coquetería. ¿Hay acaso algo más feo que dientes sucios y negros?

Ahora bien, ¿con qué limpiarlos?

Las aguas dentífricas tienen un pequeño poder antiséptico, pero no limpian.

Las pastas dentífricas dan la ilusión de que limpian; las que contienen jabón disuelven las grasas, pero lo que está pegado a los dientes, el sarro, sale en muy pequeña cantidad y sólo por la acción del cepillo.

Para limpiar verdaderamente, sólo existen los Polvos dentífricos y solamente algunos, pues hay muchos que son nocivos. Los buenos que compre Vd. en cajitas le cuestan muy caro, pues una caja que contiene de 20 a 30 gramos vale arriba de \$ 1.—. Nosotros fabricamos un rico

POLVO DENTÍFRICO ROSADO

según una fórmula que venimos perfeccionando desde hace años. Es lo mejor que hemos encontrado para limpiar bien los dientes sin estropearlos; son sumamente agradables al gusto y los vendemos sin lujo en bolsas de papel

de 1/4 kilo \$ 2.40 — de 1/8 kilo \$ 1.40

Con cada paquete regalamos una cajita para usarlos. Con muy poco gasto puede pues Vd. tener los dientes blancos con el Polvo dentífrico de la

FARMACIA FRANCO-INGLESA

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida

Buenos Aires

El escrutinio de las elecciones de diputados nacionales, efectuadas en la capital federal



Conduciendo las urnas al recinto de la cámara de diputados, donde se efectúa el escrutinio.



El doctor Miguel Jantus, presidiendo una de las mesas escrutadoras.



Una de las mesas de recuento de votos, en plena tarea de apertura de los sobres.



Los fiscales de los diversos partidos anotando los votos correspondientes a cada candidato.



Un gran intérprete de la música criolla: Francisco Spaventa.—Su reaparición en el teatro de la Comedia

Hace tres años, un artista argentino, Francisco Spaventa, que había actuado entre nosotros dedicándose a cantar composiciones criollas, decidió marchar a España, con el plausible propósito de difundir la música genuinamente nacional.

Trasladóse entonces a Vigo, donde debutó dando cinco funciones con éxito definitivo y rotundo.

A partir de ese momento, Spaventa realizó una temporada en cuyo transcurso su nombre fué prestigiándose. Hoy el cantor argentino es ampliamente conocido en España, pues que ha actuado en sus principales ciudades. Correspóndele sin duda a él un honor: el haber sido el iniciador de esta especie de intercambio musical y haber hecho conocer las principales producciones nuestras.

Spaventa fué últimamente a Madrid con el objeto de grabar algunos discos, empero ha debido regresar recientemente a Buenos Aires, para incorporarse a la compañía de revistas que actúa en la Comedia. En este escenario, Spaventa ha tenido oportunidad de evidenciar que no en vano ha adquirido un gran prestigio.

Nuestro público lo ha recibido con indisimulables

Spaventa (a la derecha) y el maestro Cendalli, al llegar a Buenos Aires.

muestras de agrado, reconociendo que la canción criolla tiene en él a un intérprete de grandes méritos.

A fin de preparar su presentación en la revista "La primera sin tocar", con la cual Spaventa debutó recientemente en la Comedia, se trasladó a Montevideo, para acompañarle en el "Asturias" hasta Buenos Aires, el maestro Ricardo Cendalli.

A bordo del gran transatlántico, intérprete y maestro, pusieron a la tarea de "ajustar" los números con los cuales Spaventa iniciaría su temporada entre nosotros y nos fué posible, en un intervalo de los ensayos, hablar brevemente con nuestro compatriota.

—Estoy plenamente satisfecho de la difusión y sobre todo de la amplia aceptación que la música argentina, la popular sobre todo, tiene en España. En la medida de mis medios y de mis esfuerzos he tratado de que tal ocurriera y ya se ha visto cómo la simiente ha caído en campo propicio. La actuación de cantantes y orquestas argentinas en España, y en especial en Madrid, es hoy algo que casi podría decir que va invariablemente acompañado por el éxito.

—Tenía grandes deseos de reaparecer ante el público de Buenos Aires—terminó diciéndonos—y desde el escenario de la Comedia he de tratar de darle a conocer lo mejor de mi repertorio, incluyendo, desde luego, canciones internacionales para agradar al mayor número posible de oyentes.

EL NUEVO VAPORE
"ASTURIAS".-- SE HA
INCORPORADO A LA
NAVEGACION ENTRE
EUROPA Y BUENOS
AIRES. UN GRAN
TRANSATLANTICO

El vapor "Asturias" es un magnífico buque de guerra. Mañana saldrá a su primer viaje transatlántico. Este hermoso buque que iba de zarpas en viaje de vuelta ha sido incorporado a la flota que efectúa el servicio marítimo entre Europa y la República Argentina.



Un hall.



Señor W. Morisson, comandante del "Asturias".-- El señor Morisson es un experto marino con 38 años de servicio en la compañía.



Esplendido jaran de invierno, estilo morisco.



Un suntuoso salón comedor.

MARPLATENSES



Señor y Señora...



Señora...



Señor y Señora...



Señora...



Señora...



Señor y Señora...



Los marineros al servicio de la rambla encargados de...



Grupo de marineros pertenecientes a la dotación del Almirante Brown...



Señor y Señora...

FIESTA EN UNA ESCUELA DE LA LIGA PATRIOTICA ARGENTINA



En la escuela obrera de la Liga Patriótica Argentina que funciona en la fábrica Cabrera, 3762, realizábase una fiesta a la cual asistieron las alumnas que en aquella reciben enseñanza y un grupo de familias invitadas al acto. — A la izquierda: el presidente de la Liga Patriótica, doctor Manuel Carlés, haciendo uso de la palabra. A la derecha: vista parcial de la concurrencia que presenció la fiesta.

DE ALTA GRACIA



Señorita Aída Meucci.



Señores Armstrong y Lett.



Señora Ernestina Alsina de Suárez Pinto,
y su bebé.



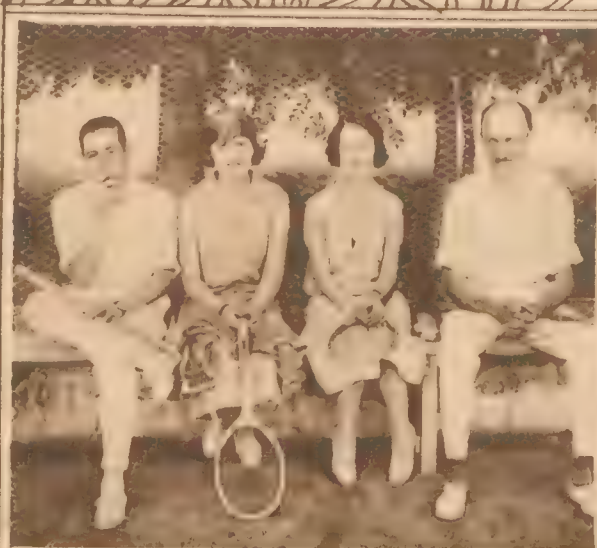
Doctor Jesús H. Paz.



Señor J. Morera y su familia



Beba y Pafoy Menéndez Behety.



Señoritas Elsa Figueroa y Hernández y señores Lezica y
Moyano López.

PROFESORES DE DIBUJO
RECIENTEMENTE EGRE-
SADOS DE LA ACADEMIA
NACIONAL DE BELLAS
ARTES



Pase Salazar

Rafael De Luca

J. Cortese

Eleuterio Carbajo

Adolfo J. B. Vital



Leonardo Castore

Angel Lovaglio

M. Sadovoy

Luis A. D'Aniello

Donato A. Proietto



J. G. Ludovico Beuennaun

Alejandro César Rivera

Francisco Pablo Longhi

Noveno García Montaña

Carlos Alvendano

INCENDIO DE UN
ASERRADERO,
EN EL TIGRE

Vista del estado en que quedó el aserradero de los señores Fernandez y Méndez, situado en el Tigre, después del voraz incendio que destruyó por completo todas sus instalaciones, irrogando una pérdida que se calcula en 35.000 pesos.

Fot. Inocencio González



DE CARHUE



Señorita de Silvan



Toda una familia



Señora de P.



Señor Francisco Pichar y señora.



Señorita Yolanda Coppola



Niñas de Humber e Isleño



Señoritas de Genén
González



Familias de Isleño y
Humber y señoras
de Díaz y Acevedo



Señor Félix Ra-
mírez y familia.



Señorita Laura Z. Marzoratti



Señorita El
Strazzolini Capu

Foto. Quiroga y Cia

TEATROS



Lucia Montoya, artista del teatro San Martín



Sofía Bozán, segunda tiple del mencionado teatro



Carmen Giménez, tiple del elenco que actúa en el teatro San Martín



Concepción Abaroa, de la compañía Juárez-Saujuan, que actúa en el teatro Mayo.



La famosa pareja de bailarines rusos Tamara Gamsakourdia y Alexandre Demidoff, contratada en París para debutar en el teatro Malpo con la obra titulada "Lo que gusta a las mujeres"

LUIS ANGEL FIRPO
V.
HERMINIO SPALLA

Como se entrenan
los campeones, para
el gran encuentro.



Herminio Spalla, el profesional italiano, y
medirá con este...



El pugilista italiano, en su guardia favorita



El "toro salvaje de las pampas", haciendo flexiones del busto.



Spalla, en un round de entrenamiento con Joe Boykin, ex "sparring" de Firpo.



La musculatura de Firpo. Fotografía obtenida mientras realizaba, al aire libre, ejercicios preparatorios para el próximo gran match



El pugilista italiano, en su guardia favorita

La página humorística



La editora.—No puedo admitir su poema, pero déjeme su domicilio.
El poeta.—Es que si no me admite usted el poema no tengo domicilio.



—¿Qué ladrón de panadero! ¿Pues no me ha dado una moneda falsa?
—¿Sí? Déjala ver.
—¡Oh!... ¡Ya se la he dado al lechero!



—Vamos a ver, Juanito. Si se divide un trozo de carne en diez y seis partes, ¿cómo se llama cada una de éstas?
—Un dieciseisavo.
—¿Y si ésta se subdivide en cuatro?
—Picadillo.



—¿Por qué lloras, pequeño?
—Porque mamá me mandó a comprar azúcar y voy sin él.
—¿Pero no lo llevas ahí?
—Sí; pero... ¿no ve usted que me lo voy comiendo?



—Y mucho cuidado, Roberto, con besarme delante de mis padres!
—¿Pero si no la beso a usted, Adelita!
—Ya lo sé! Pero es por si se le ocurriera alguna vez darme un beso!



—Perdona, chico. No sé dónde tengo la cabeza.
—Lo que no sabes es dónde la tengo yo.



—¿Por qué escondes el paraguas debajo de la mesa? ¿Temes que te lo roben?
—No; temo que lo reconozca su dueño.



—¿Pero por qué no trabaja usted?
—Porque no tengo tiempo, señora; ¿no ve usted que me paso once horas pidiendo?



—¿Pero si es agua lo que me está usted echando!
—Es verdad, señora! Se me ha olvidado echar la leche.



—También tenemos bastones mucho más duros. ¿Quiere usted verlos?
—No, gracias; soy soltero.



—Si ahora cayera un buen chaparrón me quedaba el traje divinemente!



—¿Ustedes antes, señora?
La mujer del enfermo.—Es que no queríamos perder la última esperanza, doctor.



Richard Talmadge y Lorraine Eason, en "El silencio de los puños", cinecomedia que la New York Film estrenará el sábado próximo



George O'Brien y Magde Bellamy, protagonistas de la superproducción "El caballo de hierro", cine drama que se inspira en el pensamiento de civilizar el Oeste y unirlo al Este de la Unión. La película se estrenará en la fecha, en grandes salas.



Norman Kerry y Anne Cornwall en "La fuerza del amor propio", cine drama que la Universal estrenará pasado mañana



Alice Joyce y Perci Marmont, protagonistas de "Papá se fué de casa", cine drama que Max Glucksmann estrenará el domingo próximo.

George O'Brien y Magde Bellamy, protagonistas de la superproducción "El caballo de hierro", cine drama que se inspira en el pensamiento de civilizar el Oeste y unirlo al Este de la Unión. La película se estrenará en la fecha, en grandes salas.

ACTUALIDADES CINEMATOGRAFICAS



Escena de "El águila solitaria", producción que Artistas Unidos hará estrenar el viernes en el Empire y que tiene por protagonistas a B. Valentino, V. Banky y L. Dresser.



Marie Prevost y Olive Brook, en el cine drama Aju ría "Los siete pecadores", que la General estrenará el viernes próximo

EL CABALLO DE HIERRO

"FOX" - The Iron Horse - "FOX"

La obra excelsa de la cinematografía moderna.
Se estrena el 30 de marzo, en los grandes salones:

"GRAND SPLENDID" "CALLAO" "PALACE THEATRE"
SANTA FE, 1860 CALLAO, 27 CORRIENTES, 757

Y EN TODOS LOS SALONES SERVIDOS POR **LA "FOX"**

FOX FILM de la ARGENTINA - Lavalle, 940, Buenos Aires



O'BRIEN



BELLAMY

SOCIALES



CAPITAL FEDERAL.—La señorita Elvira Jova Raccana y el señor Domingo F. Colombo, después de su enlace.



Señorita Julia Pedroni y el señor Adolfo Felchlin, que recientemente contrajeron matrimonio.



ROSARIO.—Enlace de la señorita Luisa Caporali con el señor Juan Damini.—Los novios después del acto religioso.



La señorita Vicenta Pedroni y el señor Adolfo Felchlin, que recientemente contrajeron matrimonio.



La señorita Angelica Méndez Casariego y el señor Eduardo Flores, después de la ceremonia nupcial.



Concurrencia que asistió al baile ofrecido por los esposos Corsi, en su residencia particular con motivo del bautismo de su hijo Carlos Alberto.



Enlace de la señorita Margarita Mazza con el señor Alejandro Ragio Daneri.—Los contrayentes después de la consagración religiosa.



Bandada de entrenamiento, con aparatos tipo "De Haviland".

Aun vibran en el éter sudamericano los ecos que las multitudes tributaron a los aviadores españoles en Brasil, Uruguay y Argentina.

Gobiernos y pueblos, con noble pugilato, hicieron gala y emulación, por lisonjear a los vencedores, pero aun siendo meritorias y valiosas las demostraciones y entusiasmos de los demás países de América, en esta histórica ocasión, el gesto gallardo de Chile culmina, como bellísimo florón, aun más alto que todo, porque no se ciñó a demostraciones callejeras y felicitaciones platónicas oficiales, sino que, con arrogancia muy propia de este país, corrió el arriesgado albur de enviar a Buenos Aires, desde Santiago de Chile, por el aire, una escuadrilla de tres aviones militares, que venciendo una vez más el peligroso y temible macizo andino, lograron, en seis horas, trasponer y atravesar los mil trescientos kilómetros que hay desde el Bosque, escuela chilena de la aviación militar, al Palomar, escuela y campo experimental de la aviación militar argentina. Por desgracia, y para demostrar el sacrificio que este saludo de Chile significaba, quedó inmolado en las gargantas de las nevadas cumbres andinas, uno de los tres Vickers, el que tripulaba el teniente Montecinos con el sargento Moragas, los que salieron heridos gravísimamente, costándole la vida al sargento y quedando el aparato destrozado, mientras el capitán director de la escuela, Armando Castro, con su mecánico, y el capitán Sosa, jefe de escuadrilla de entrenamientos, con el comandante director general de aviación, señor Velloso, llegaron a Buenos Aires con toda felicidad.

Los aviadores españoles, que sorprendentemente los vieron llegar, certificaron, con emoción honda y sincera, su admiración hacia estos valientes compañeros chilenos que hacíanle, en nombre de su pueblo, gobierno y fuerzas armadas, semejante, imponderable y valiosísimo saludo.

El regreso de los dos aviones Vickers, con sus motores Napier de 450 H. P., como los del "Plus Ultra", también en seis horas y por el aire, confirmó, una vez más, que los aviadores chilenos, han vencido cuantas veces han querido esas difíciles Termópilas de las peligrosísimas cumbres andinas.

Esta hazaña, realizada sin jactancias ni clamoreos, silenciosamente, nos acicateó la curiosidad de conocer esa escuela de héroes de la aviación militar chilena, que, precisamente el día de este raid a Buenos Aires en honor de Franco, cumplía trece años de existencia y ya contaba entre sus heroicas víctimas con el sargento Menadier, y los tenientes Bello y Mery y ahora el sargento Moragas, sin contar entre los civiles con el primer aviador, el chileno Acevedo, pues esta escuela fué fundada en 1913.

—De aquel sencillo y modesto plantel que se iniciara el 1913 con 700 mil pesos oro, once oficiales y ocho suboficiales que tripulaban ocho Bleriot y tres Breguet—nos decía el capitán Armando Castro, director de la escuela, recién regresado de su visita aérea a Franco, y que nos atendió con exquisita suma en esta visita nuestra,—ahora, que contamos con 18 Vickers y 15 Avros de estudio, más los 32 Haviland que estamos recién armando, llegados, como primera remesa, de Inglaterra y Suecia, esperándose otros tantos ya en camino y con no menos de once nuevos pilotos y más de cuarenta nuevos alum-

"FRAY MOCHO" EN CHILE

Una visita a la Escuela Militar de Aviación



El piloto chileno, capitán Armando Castro, director de la Escuela Militar de Aviación de Chile, junto al Vickers con el cual vino a Buenos Aires a saludar a los aviadores del "Plus Ultra".



Aparato Haviland, destinado a máquina-escuela, en pleno vuelo.

nos que tripularán aparatos con motores de no menos 450 caballos, a pesar de la estrechez de nuestro presupuesto, comprenderá usted que hay una distancia muy favorable.

En efecto, en los ocho espaciosos y modernísimos hangares que vimos, en donde se guardan las gallardas naves aéreas, timbradas con el tricolor chileno, como en los almacenes de pirotecnia, explosivos, estaciones de radiotelegrafía y radiogeneometría, clases de estudio, cuartel de oficiales y pabellones donde se albergan ochenta oficiales y cerca de doscientos individuos de tropa, con un magnífico campo de aterrizaje, volación de ensayo y enfermerías, salas de operaciones, baños y demás dependencias de hospedaje, rodeados de flores en bellos jardines, entre los que se alza la artística pirámide coronada por un cóndor, monumento a los compañeros mártires del deber, resplandecía esa aureola de las cosas tenidas con cariño y nos demostraba el alto concepto de su misión.

El raid de Aracena al Brasil y los varios hechos a Buenos Aires y a todo lo largo de la costa chilena del Pacífico, raids peligrosísimos por los imprevisos huracanes y pozos de viento, y que no han impedido a estos pilotos ascensiones a más de siete mil y más metros, con limitadísimo presupuesto, está demostrando que los estudios hechos en Francia, Alemania, Suecia e Inglaterra por los aviadores chilenos ha superado, con mucho, a las esperanzas de sus instructores.

Dentro del perímetro de 1.500 metros de largo y 700 de ancho que constituyen los campos de esta Escuela del Bosque, entre hermosas quintas y palacetes está consultado todo cuanto elemento se exige para esta clase de academias y campos experimentales más modernos y sin faltar sus estaciones telefónicas internas y externas como radiográficas, el gran pabellón central de dos pisos con salones de clases y oficinas, en los bajos, dormitorios y casinos comedores para oficiales y visitas en los altos, y en general todos los edificios, talleres y dependencias, están modelados conformes a los más adelantados de esta clase en Europa.

Actualmente, el talentoso capitán Castro marcha a Antofagasta a organizar la base aérea del norte, de acuerdo con el plan de establecimiento de varias estratégicas bases aéreas de extremo sur a norte de la República, sin descuidar la periferia central en el corazón mismo del macizo andino, teniendo, de este modo, resguardadas todas las fronteras por un cordón de bases militares aéreas que, unidas a las marítimas, eviten cualquier imprevista sorpresa, venga de donde viniere.

Cuando en esa mañana, radiante de sol, entre jardines y flores descubrimos y penetramos en los nidos de estas atrevidas y caudales aves mecánicas, que, soñolientas, brillantes y limpias, como dispuestas a un torneo, descansaban en los hangares, resplandeciendo el orden y el esmero, y conversamos con los pilotos, enfundados en sus mamelucos kaqui de volación, que, nerviosos y juguetones, parecían avenirse poco con todo lo que no fuese hendir las altas atmósferas, cara desafiante al sol, admirando su modestia y su arrojo siempre listo, no pudimos menos que sentirnos ufanos de estos competidores del ávido cóndor, verdaderos adalides de la raza.

J. F. P.

Chile, marzo 1926.

INFORMACION GRAFICA DE ROSARIO DE SANTA FE



Equipo del Club de Regatas Rosario. --Equipo del Club de Regatas Rosario, en el agua, durante el encuentro de water polo.



La pelota del Club de Regatas Rosario, mientras se efectúa el encuentro.



Los capitanes de los teams de water polo: doctor Garibaldi y señor Aníbal Vigil.



Señores Pablo Piefer y Ewald Roeschke, ganadores de los saltos ornamentales.



Señor Armin Meyer, campeón de tación de pecho.



Señor Eric Seaton, ganador en la carrera de 50 metros para menores.



Señor H. C. Taylor, que venció en la prueba de 25 metros, estilo libre.



Los doctores F. L. Morteo, Marcelino Sepich y Eugenio Vogt y el señor Simón Rossi, que integraron la delegación de la Federación Argentina de Natación, concurrente a la fiesta.



Match amistoso de football, realizado en Casilda. --A la izquierda: componentes del team de Newell's Old Boys, a quien correspondió el triunfo sobre Alumni, por un score de 9 a 3 goals. A la derecha: representantes de Alumni, vencidos en el encuentro.



Un momento de la gran reunión que se celebró en el Hotel de Ville para la inauguración de la Exposición de la Juventud.



Un momento de la gran reunión que se celebró en el Hotel de Ville para la inauguración de la Exposición de la Juventud.



Un momento de la gran reunión que se celebró en el Hotel de Ville para la inauguración de la Exposición de la Juventud.



Un momento de la gran reunión que se celebró en el Hotel de Ville para la inauguración de la Exposición de la Juventud.



Domovich y Berger, que se clasificaron en cuarto término.



José Zambrano y Luis Ferrini a quienes correspondió el quinto puesto en la clasificación final y el premio especial de segunda categoría.



Antonio de Lorna momentos antes de relevar a su compañero.

MASCARAS INFANTILES



Lucia Dollenz. "Cretona fantasia".



Enrique e Inés Ferreiro.



Hector Matrachio.



Encarnita Bard Hurtado.



Demugli y Simonetti.



Irma Ferrari Baragli. "Olivelón".



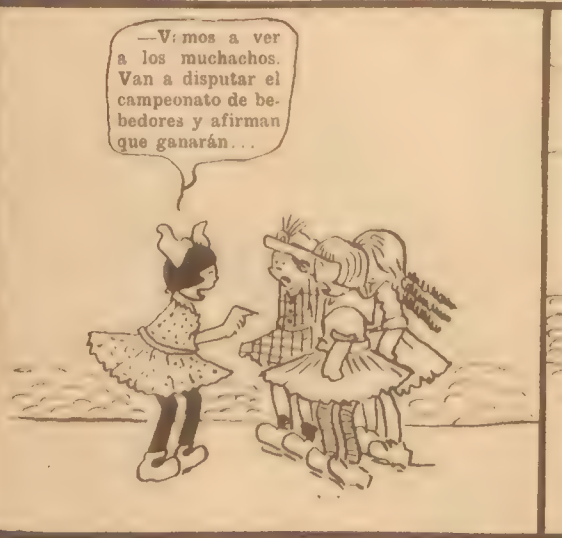
Della y Susana Lloveras.



Niña de Ramos.

PAGINA INFANTIL.—Aventuras de Pipirí

¿HA PROBADO USTED EL
EXTRATO DE ESENCIA DE TODAS LAS
FRUTAS? ES EL NUEVO REFRESCO DE
MODA. LOS JÓVENES SON INVITADOS
A UN CAMPEONATO DE CONSUMO DE
BEBIDAS. — 50 CENTAVOS A CADA
UNO DE LOS COMPONENTES DEL
EQUIPO DE CINCO VENCEDOR.
EL SÁBADO A LAS 15.
CASA: A. PORCONI



ESCENA PRIMERA

LISANDRO Y CARLOTA

CAR.—Bienvenido, señor, y creed que me regocija mucho veros.

LIS.—Como otras veces, a mi oro debo agradecerlo.

CAR.—¡Oh, señor!... Y a vuestra gentil presencia también.

LIS.—Esta debía preocupar más a tu ama, sin que por ello deje de agradarme que a ti te agrade. *(La abraza la cintura.)*

CAR.—Sed cauto, que os pueden ver. *(Lisandro la besa.)* Y oír.

LIS.—Culpa del sol y de tus mejillas.

CAR.—No, decid más bien que no os intereso... Seguramente, cuando deis besos de amor, serán mudos y no fanfarrones, y buscaréis la dulzura discreta de la noche antes que la indiscreción del día. Que el verdadero amor es siempre reservado, y siempre jactancioso el simple galanteo.

LIS.—Sabía eres en estos lances. ¿Experiencia, quizá?

CAR.—Mía no; ajena.

LIS.—Más vale... ¡Ojalá pudiera yo decir las mismas palabras! Pero, ¡ay!, que si sé del dolor es porque antes dolíame, y si conozco la amargura del desengaño, es porque saboreé el grato licor del engaño. Bien hubiese querido pasar por la vida como un espejo, reflejándolo todo, entrando en todo sin entrar nada en mí, y después del jardín florido, de la fiebre del campo de batalla, de las claras pupilas de mujer entrevistas una tarde de junio, quedar limpio, terso, sin una sola inquietud ni un solo color...

CAR. *(riendo)*.—Pues a fe, señor, que no son tales las noticias que acá nos trajeron las desconfianzas. Dicen...

LIS. *(impaciente)*.—¿Qué? ¿Qué dice tu señora de mí?

CAR.—Mi señora no dice. Deja decir, porque los dichos ajenos le vayan formando el sendero a su alma peregrina...

LIS.—¡Bah! Sus palabras son las únicas que me interesan...

CAR.—Hacéis mal. Que para vivir en este mundo antes debe atenderse a la extraña que a la propia opinión. Es consejo de doncella...

LIS.—Que no ama...

CAR.—Pero que... se divierte, y creedme que no echa de menos el amor teniendo a ratos su disfraz.

LIS.—¡Carlota!

CAR. *(riendo)*.—No quise decir nada que pudiera molestaros...

LIS.—A mí, no; al buen nombre de vuestra ama, sí.

CAR.—¿Cuidome yo, acaso, de por quién suspira ella? Que me deje mis risas y guárdese las melancolías. Una y otra se completan como dos lunares bajo dos hoyuelos y sobre un lindo rostro. Estas palabras no son mías, sino del señor abate, con quien refistéis por vuestra intransigencia de enciclopedista.

LIS.—Bien, bien... Ve si tu ama puede recluirme. Eres enfadosa como las cortinas de un camarín de amor.

CAR.—Pero también como ellas sé apartarme para dejar paso al amor... y como ellas tengo luego la bondad de ocultarlo.

LIS.—¡Oh! Sí. Benditas tus manos que visten a Celia y tu voz que me lo promete... Ve, ve, y dila que la espero... *(Carlota no se mueve y tiende la mano sonriendo.)* ¿Qué quieres?

CAR.—Mucho vale vuestra gratitud y en muy alta estima tengo vuestros besos, aunque aparente que me enfadan; pero no sólo de buenas palabras y gratas caricias viven las cantaristas.

LIS. *(suspirando)*.—¡Triste cosa es que al amor le guarden llaves de oro!... *(Le da unas monedas.)* Toma...

CAR. *(coge el dinero y le da un beso)*.—Y tomad. *(Vase riendo.)*

ESCENA II

LISANDRO SOLO

(Sentándose ante el velador.) He aquí, corazón amigo, que se va a cum-

VITELA DE ABANICO

Paso de comedia

Por JOSÉ FRANCÉS

(Un jardín.— Las primeras horas de una tarde de mayo)

plir la más decisiva hora de nuestra vida. Ten calma y guarda tus latidos para después, cuando el gozo te golpee, o el dolor te estruje... *(Coge un libro y empieza a ojearlo.)*

Es, Filis, tan desdeñosa la mirada de tus ojos...

(Vuelve otra hoja.)

... Sueña Amarilis en el verde prado la suave dulzura del amor tan dulce... *(Idem.)*

Triste Nemoroso tu flauta suspira...

CELIA *(riendo)*.—¡Pobre patria!... Si no hubiera desengaños de amor no tendrías héroes. *(Burlona.)* Habré de entrar en un convento entonces.

LIS.—¡Pobre religión! Si no hubiera desengaños de amor, los claustros estarían vacíos...

CELIA *(con mucha coquetería)*.—¿Y no vaciláis en dejarme sola?

LIS.—Tendréis al abate... y al capitán y al poeta, lindo, rubio y lánguido, que os escribe fingidos dolores pastoriles. ¿Qué más podéis desear? El cielo frívolo y agradable, en las

“QUILMES CRISTAL”

Es la mejor
cerveza

(Cerrando el libro.) ¡Cuán a huecos y a frios suenan los versos si se oyen con los oídos aun llenos del ritmo de tu voz y llenas las pupilas del ritmo de tu rostro, oh, Celia!

ESCENA III

LISANDRO Y CELIA

CELIA *(entrando)*.—¿Otra vez?

LIS. *(besándole la mano)*.—La última. Mañana emprenderé el camino de la muerte.

CELIA.—¿Cuál de ellos? A la muerte conducen muchos...

LIS.—Puesto que el más dulce, el de vuestros brazos, no queréis abrimme-lo..., buscaré uno de laureles. Me haré matar por vos en la guerra.

palabras del primero; la brava rudeza varonil, en el segundo; el olvido de la vida, las bellas frases y los sutiles conceptos, en el tercero: Esperanza, Fuerza y Sueño en una tangible trinidad de amor... ¿Cómo no habéis de preferirlos a mí, que no creo en más ciclo que el de vuestros ojos, ni tengo fuerzas sino para amaros, e ignoro el arte de empujarme la sensibilidad partiéndola en esos pedacitos de cristal que cuando chocan entre sí suenan a versos?

CELIA.—¿Y aun decís que no sois poeta?

LIS.—No es poeta el que mira la vida, sino quien la contempla... Más grata es la luz del amanecer que el

pleno sol, más suave dulzura hay en la hora del crepúsculo que en la plena noche. Cuántas y cuántas veces el balbuceo tiene mayor dulzura que la palabra. Y, sin embargo, yo también he tenido la audacia de componer una letrilla, con la angustia de mi alma!

CELIA.—¿Ay, sí? Decidla, decidla. LIS. *(recitando)*.

*Quando voy a hablarte
no sé qué decir.*

Cupido, enemigo,
causa mi sufrir.
Un vago tormento
me lleva hasta ti;
busco en tus miradas
el amor a mí,

*y si voy a hablarte
no sé qué decir.*

Filís, la de labios
de claro reír,
de las manos breves
de blanco jazmín;
de ansias de besarte
me siento morir,

*y si voy a hablarte
no sé qué decir.*

Adiós, zagalina,
que voy a partir
a tierras lejanas,
y parto sin ti...
Y cuando ya lejos
no puedas oír...

*tal vez si te hablara
sabría decir...*
(Pausa.)

CELIA.—¿Tanto me queréis?

LIS.—Tanto que... ya lo veis. Vuestro desvío me empuja hacia la muerte.

CELIA.—O hacia la gloria.

LIS.—Igual da. Los más lozanos laureles crecen al pie de las tumbas como los sauces, y se alimentan de sangre como las tiranías.

CELIA *(coqueta)*.—¿Y si yo os rogase que no os fuerais?...

LIS. *(amargo)*.—No os basta con vuestro loro y con el poeta, y con el clave? *(Poniéndose en pie y besándole la mano.)* Creedme, Celia; al juguete le ha brotado corazón.

CELIA.—¿Queréis decir que me he divertido con vos? *(Lisandro se inclina asintiendo.)* Sentaoos un momento más... *(Le tiende la mano.)*

LIS.—Como gustéis... *(Pausa.)*

CELIA.—¿No me decís nada?

LIS.—¿Para qué? En amor, como en desamor, llega siempre la hora de callar; o porque nada tenemos que decir, o porque tienen que decirnos mucho.

CELIA *(riendo)*.—¡Dios mío! ¡Y qué tono tan grave dais a las palabras!... Bien se ve que no desaprovecháis la suscripción a la Enciclopedia... Yo, en cambio, cada vez comprendo menos ese empeño de ennegrecer lo que ya es sobradamente gris, y de poner sollozos donde tan bien sentaría un suspiro. Además, ayer, pensando en que todo es frívolo, ligero, alado, sin trascendencia en nuestro siglo de pelucas empolvadas y lunares y versos pastoriles, se me ocurrió proponeros un juego muy divertido.

LIS.—¿Un juego?

CELIA.—Sí; vamos a jugar con el porvenir; a poner en manos de la casualidad nuestra dicha; ¿os parece bien?

LIS.—No comprendo.

CELIA.—Es muy sencillo. Veréis. *(Llamando.)* Carlota. *(Entra la doncella.)* Trae eso. *(Vase la doncella.)*

LIS.—¿Pero!...

CELIA.—¡Chist!... No estropeáis con la impaciencia de un minuto la paciencia de varios días. *(Vuelve a traer Carlota con una bandeja y tres copas: una de oro, otra de hierro y otra de cristal. Las pone sobre la mesa rústica.)* En una de estas copas está para vos la felicidad, y en las otras dos la desventura.

LIS.—Sigo sin comprender.



CELIA.—¿Veis estas bolitas de papel? En una de ellas está escrita la palabra "sí", y en las otras dos la palabra "no". Elegid y la suerte concretará mi mano o la negará para siempre.

LIS.—Eso es una crueldad.

CELIA.—Exageráis... Divertido nada más.

LIS.—¿Y os resignaréis con el fallo?

CELIA (sonriendo).—¿Por qué no? (Lisandro contempla las tres copas sin decidirse. Al fin va a meter la mano en la copa de oro.) Cuidado. ¿Lo habéis pensado bien?

LIS. (separándose).—¿Qué tormento!... ¿En cuál de vosotras está la palabra? ¿Será en ti (cogiendo la copa de oro), que eres hermana de las joyas, de las coronas y de las monedas... de todo símbolo de poder?... ¿O en ti, humilde y fuerte, de donde salen los arados y las armas que hacen fecunda la tierra y enemigos los hombres?... Pero, no; tal vez la guardes tú sin guardarla, como al rostro de la novia que espera en la ventana, o a la sangre y el oro de los vinos de tierras de España... (Separándose bruscamente.) No; no podré nunca buscarme la infelicidad. (Celia sigue sonriendo. Pausa. Volviendo hacia la mesa.) Decídmelo vos. Negadme vos el cariño; pero evitadme este suplicio de la duda... ¿No queréis contestarme?

CELIA (señalando con la cabeza).—Ahí tenéis la contestación.

LIS.—¿No hay otro remedio?

CELIA.—No hay otro remedio.

LIS.—Pues bien... (Avanza resuelto a la mesa y saca de la copa de cristal la bolita de papel. Vacila en desdoblarla. Por último, se la entrega a Celia, que se ha acercado a él llena de curiosidad. Pausa ansiosa en ambos.) ¡Tened! Me falta el valor. (Celia, siempre

sonriendo, la desdobra y la mira.) ¿Qué? No, ¿verdad?

CELIA (ruborosa).—Al contrario... Sí.

LIS. (arrebatañdole el papel y leyéndolo).—¡Oh, gracias, gracias!... (Cogiéndole la mano y besándola.) ¿Por qué no te detienes, luz de sol, y eternizas este momento? ¿Y os resignáis al fallo?... ¿Me repetís la palabra? ¿Seréis mía, mía sola y para siempre?

CELIA.—Vuestra, vuestra... ¿No os lo dice mi voz que tiembla; mis ojos, donde estaréis viendo un Lisandro bello y galán como en una miniatura?

LIS.—Celia... Mi Celia... ¿Cómo agradeceros?...

CELIA (separándose).—A mí, no. Al destino. Yo no he hecho más que respetar su fallo.

LIS. (súbitamente entristecido).—Es verdad... Ha sido un sueño... Debo olvidarlo...

CELIA (inquieta).—¿Por qué?

LIS.—Yo no puedo aceptar este amor que no me viene de vos misma. (Pausa.) ¿Y si en vez de elegir la copa de cristal hubiese elegido la de oro o la de hierro, os habríais resignado también?

CELIA.—Claro.

LIS.—Está bien. (Le coge la mano y la besa.) Adiós, señora.

CELIA.—Pero...

LIS.—Comprendo que no me queréis, que no me habéis querido nunca.

CELIA.—¿Eso es seguro?

LIS.—Completamente seguro.

CELIA (alargándole la copa de oro).—Ved, pues.

LIS. (desdoblado el papel).—¿Sí? (Coge precipitadamente el de la de hierro.) ¡Sí! ¡Oh, Celia!

CELIA.—¿Cómo había yo de entregar-me a la suerte, si vuestra felicidad era la mía?

TELON

grados deberes y sin tener en cuenta que virgen perteneciente a la nobleza —como otras muchas—estaba confiada a su custodia, en su mismo palacio empezó a requebrarla y a insinuarle sus maléficis propósitos.

Las mujeres, desde su primerísima madre Eva, han pecado excesivamente del mal de la coquetería.

Florinda—que así se llamaba la hermosa—era, pues, coqueta. Sabía de sus encantos, de sus gracias personales. Joven y guapa, debía aspirar a mucho. ¿Y se complacía en flirtear con su rey!

No obstante, un cierto reparo—quizá temor—hacía la rehuir muchas veces a las dulces frases de su galante cortejador.

Hay quien afirma que era la voz de la conciencia la que la detenía ante el abismo a que iba a precipitarse; pero yo estoy en que en aquellos tiempos la conciencia debía estar afónica, si son verdad la serie de atentados que a la moral inferían nuestros pretéritos antepasados de ambos sexos.

Reparos a acceder a las pretensiones del rey, era lógico que los tuviera por temor a la reina. ¿Cómo su dama predilecta podía serle infiel en su misma morada, con su marido y quizá, en su misma alcoba nupcial?

Forzosamente había de meditarlo mucho.

Rodrigo, en su locura, acechaba continuamente a su amada y no desperdiciaba un momento para hablarla a solas y pintarle su amor como fruto del corazón. Sentía no poder casarse con ella; su cariño no era pasajero capricho; no era su pasión de las que se desvanecen en cuanto han satisfecho sus ansias...

Florinda, coquetamente, le disuadía de su vano empeño. Su pudor virginal, su moral, su religión le impedían admitir ilícitos coloquios.

El rey empezó a dudar de sí mismo. Creyóla inexpugnable fortaleza. Indudablemente, era aquella mujer la virtud personificada.

Pero le costaba creer que así fuera una mujer, casi una niña, criada en medio de las intrigas amorosas de la corte.

Por la mente del enamorado pasaron mil ideas ruines, pensamientos sombríos de ejecuciones criminales...

Determinó espiarla.

¿Y cuál no sería su asombro al ver por sus propios ojos que el recato en ella dejaba mucho que desear!

De ello se convenció plenamente en cierto día que, sin ser visto, estando observando cuando Florinda y otras damas de su palacio salían del baño...

Lo que desde su escondite viera enardeció sus instintos, determinándole a funesta resolución.

Y preparó la celda.

Organizó en palacio una gran fiesta, a la que acudió toda la rancia nobleza de la corte de Toledo. Se danzó, se comió, se bebió... Las libaciones, sobre todo, fueron asombrosas.

En hora oportuna el rey desapareció como por encanto. A nadie debía extrañarle la huida, ya que, antes de dar un espectáculo disonante, otros distinguidos personajes también se habían retirado a descansar.

Pero Rodrigo conservaba todas sus facultades, debía conservarlas para desarrollar su plan.

Así como el rey encerrado se hubo en sus habitaciones, corriendo salió un paje con una orden secreta para Florinda.

¿Cuál sería el mensaje? ¿Sería amorosa misiva, o mandato expreso del rey y señor?

Nadie más que ellos podían saberlo. Lo cierto es que al instante la hermosa dama acudía a la cita...

Y a solas los dos, sin más mortal testigo que el paje que custodiaba la entrada, satisfizo el monarca sus criminales ansias.

La bella dama de nuestra leyenda era hija de un conde a quien llamaban don Julián—según Alcalá Galiano, era su nombre Doyllar,—que a la sazón ocupaba el cargo de gobernador de una plaza del litoral de la Mauritania, que probablemente sería la Ceuta actual.

El dicho conde no ignoraba las maquinaciones que fraguaban en su zona, donde vivían desterrados, el hermano y los hijos de Witiza, que no perdían las esperanzas de recuperar el trono.

En esta época de intrigas y efervescencia dícese que ocurrieron los hechos narrados—de cuya veracidad nadie se hace responsable, hasta el extremo de tenerse por completamente apócrifa la leyenda,—y don Julián al enterarse por su propia hija de la mancha indigna que al honor de su nombre infiriera el rey, ansioso de venganza, se puso de acuerdo con los intrigantes personajes españoles y con el emir africano Muzá, delegado del califa de Damasco, para facilitar a los árabes el éxito en la empresa que preparaban de invadir España.

Con un ejército de 12.000 hombres, los árabes, mandados por el más osado de sus candillos, Tarik-ben-Zayde y guiados por el propio don Julián, pisaron tierra española de Algeciras en el año 711.

En vano Teodomiro, y luego el mismo rey, Rodrigo, intentaron hacer frente a la terrible invasión: de derrota en derrota los nuestros, recibieron el golpe rudo, certero, en la por desgracia famosa batalla del Guadalete, donde desapareció don Rodrigo y con él la España de los godos.

¡Cruel venganza la del conde Julián, si fuera cierta la leyenda!

Lo que fueron los "merinos"

Llamábase "merino" a una especie de juez que se ponía por el rey en un territorio en donde tenía amplia jurisdicción.

Con la independencia de los condes de Castilla empezaron a llamarse "mayorinos" los gobernadores de las provincias, nombre que, abreviado, después se convirtió en "merinos". Su creación está envuelta en el misterio, como otras muchas de la Edad Media; pero su importancia empezó, sin duda alguna, después de la independencia de los condes, en atención a que éstos lo eran ya en 932, según varios historiadores.

Las primeras noticias fidedignas que se tienen de los "merinos" son un privilegio del tiempo de Bermudo II, concedido al convento de San Salvador de Carracedo en 990, y por mucho tiempo se llamaron en Castilla "merindades" los distritos que habían sido gobernados por merinos, y según la época de su creación, se denominaron antiguas y modernas.

De cómo los amores de un rey fueron la ruina de España

Por FRANCISCO SERRA SERRA

El capital defecto de que adolecía Rodrigo el último rey de los godos,—era la facilidad con que se entregaba al amor. Para él una mujer sólo era carne; sólo era goce; sólo amor deshonesto y brutal.

Quizá digámoslo en su defensa—este vicio suyo no fuera innato en él; quizá, de haber vivido Rodrigo en otra época, hubiesen sido otras sus costumbres y otra su fortuna. España entonces se consumía en la fiebre de una completa relajación. Witiza, su antecesor, el más funesto de cuantos han coronado sus sienes, la había corrompido completamente.

Rodrigo había visto transcurrir su mocedad en medio de un mortal desorden nacional. Hasta en el clero se desbordaban pasiones en todos conceptos entendidas; era público el concubinato; ni los lazos nupciales, ni el sagrado hogar doméstico era por nadie respetado.

Cuando fué responsable de los destinos de la nación, quiso moralizar su país; pero la carcoma de los placeres no sólo había corrompido al pueblo, si que también a su mismo rey.

Y así ocurrió que Rodrigo, hombre notable por su energía, firme y resolutivo; de un valor temerario; de condiciones sobradas para dar gloria a su nación y engrandecer sus dominios, por no refrenar las pasiones instintivas que os asemejan a los animales, perdió su corona, perdió su vida y perdió a España, dejándola ignominiosamente en poder de los árabes.

En aquellos tiempos, los jóvenes pertenecientes a linajudas familias de la

corte vivían y se educaban en palacio desde su más tierna edad, quedando al servicio del rey los varones y al de la reina las hembras.

Entre las damas de palacio, la más allegada a la reina era de una belleza extraordinaria, muy joven y de simpatía tal que cautivaba en seguida al que se atreviera a fijarse en los negros y dañinos dardos de sus ojos.

El rey, conquistador por excelencia, no tardó en quedar prendado de tan ideal criatura, y, sin respetar sus sa-

vez del brazo de un hombre con el signo de Cain sobre la frente, y ese quinto marido será...

La niña, aterrorizada, logró escapar de las garras de la espantosa bruja y no oyó el final de la maldición.

Muy joven contrajo matrimonio y al poco tiempo su marido asesinó a una mujer y fué condenado a muerte. Lo mismo ocurrió con los tres maridos sucesivos que tuvo.

Ahora, Eva Chester—la señora de Williams, como se llama hoy—ha declarado que es muy dichosa con su quinto esposo, opulento comerciante de Oakland, aunque se inquieta bastante cada vez que se acuerda de la maldición de la gitana. En cuanto al señor Williams se encuentra satisfechísimo y no siente inquietud ninguna, pues está seguro de que esta vez falla la profecía.

—¡Hija del Destino!—vociferó.—¡Compañera de la desgracia y mujer de asesinos! ¡Apuñalás el cáliz del terror hasta las heces! ¡Te veo casándote una, dos, tres, cuatro veces; te veo en pie ante el altar yendo cada

MALDICIÓN GITANA

Comunican desde Oakland (Estados Unidos), que Eva Chester, linda norteamericana de treinta años, ha contraído matrimonio por quinta vez. Los cuatro maridos anteriores de Eva han muerto electrocutados, condenados a la última pena por delito de asesinato.

Eva Chester se educó de niña en un convento de California. Un día que se encontraba paseando con otras compañeras de colegio por un bosque, vieron a una gitana que avanzaba hacia ellas. Las niñas, asustadas, echaron a correr, y la gitana, furiosa, salió en su persecución y agarró a Eva, sobre la cual lanzó toda clase de maldiciones.

—¡Hija del Destino!—vociferó.—¡Compañera de la desgracia y mujer de asesinos! ¡Apuñalás el cáliz del terror hasta las heces! ¡Te veo casándote una, dos, tres, cuatro veces; te veo en pie ante el altar yendo cada

LA DESESPERACION DE PACO

Por VICENTE DEL OLMO

Paco "er Graná", hijo de gitanos, nacido, criado y con cédula personal —el primer gitano andariego que gastó cédula!...— en el Albaicín; tipo de fuste entre la grey gitana granadina, es un mozo de mucha enjundia y gracia. Ególatra de su tierra, admite que en Londres, en París, Berlín, Roma y Venecia el turista se aburra y encuentre cosas feas; en Granada, imposible.

Jacarandoso y gentil, allá do haya una guitarra bien templada y dos vasos de vino, ¡siempre que sea para retratar la alegría de su tierra!, como figura de primer término en la instantánea, verá al albaicinesco Paco. Cual la Torre de la Vela—¡y que conste que no está en nuestro ánimo desmerecer la Alhambra con la preterición!...—Paco "er Graná" ostenta una romántica historia de gracia y gallardía. No hubo inglés, ni francés, ni individuo nacido fuera de la vega granadina que fuese a reírse de su pueblo y no tuviera que habérselas con una estocada irónica o humorística de Paco.

—¿Qué te parecen las fiestas del Corpus en Granada?

—Una broma preciosa. ¿Vamos, tú?

—A las tres.
Marta, una "señorita bien", de los Madriles, de faz gordinflona como la de los angelotes de escultura religiosa, aristócrata, fuma cigarrillos egipcios, es morfomaniaca y tiene por eterno acompañante a su perrito "Lulú". Perico, un "pollo mejor", de los que no piensan otra cosa fuera del círculo de la diversión y la cuchipanda, usa melenas a lo poeta trashumante. Un "ideal común", el de la eterna broma, une a la señorita y al pollo... Y dicho y hecho: la víspera del festival en el mejor hotel de Granada encontráronse instalados ya.

—Queremos al hombre más gracioso de Granada.

Y el albaicinesco Paco, con su cara larga y angulosa y más serio de "jeta" que una funeraria, por el camarero del hotel les fué presentado. Por el cerebro de los elegantes madrileños, tras una mirada de duda y cierto sentimiento de pavor abracadabrante, cruzó la misma interrogación: "¿Es posible, ¡oh musas de la Alhambra!, que personaje tan estrambótico fuese la más genuina representación de la gracia granadina?" Bien, bueno. ¡Verá el chistoso lo que es "canela"!...

—Nos servirá de guía, de "cicerone". Se le pagará bien. Y no escatime gastos, ¿oye usted?

—Zi, zeñoritos, zi.

—Nosotros somos gente alegre... "Gente bien", nada de groserías, ¿sabe? Queremos divertirnos, y nada más, ¿entiende?

El día del Corpus Christi, en Granada, es un día como no puede haberlo en ninguna región del planeta. Como imán de fuerza extraordinaria, atrae millares y millares de forasteros. Excelente temperatura. Tiempo bello. Y un cielo transparente que sobre Granada y su vega recrea en derramar luz y vida en la fiesta más simpática de España. Sierra Nevada, misma, en tal día y para gloria del pueblo que se adormece al regazo del Alcázar, proyecta sobre la imperial agarena los más preciosos cambiantes. Parece como que dice:

—Amaos los unos a los otros... ¡Que hoy es el día del Corpus, el día solemne de Granada!...

—¿Qué cosa pintoresca, típica de verdad, existe en tu pueblo, Paco?—preguntó Perico al gitano.

Quien en Granada estuviera sabe que entre lo típico del Corpus no se debe olvidar el hormiguero de gente que de veintitantos pueblos circundantes de la patria de Boabdil, como caravana bullanguera que se dirija a una Meca Azul, de ilusión y ensueño—¡a pie, en borriquillos, en tartanas y "au-

tos"!...—cae, cual avenida arrolladora, sobre la ciudad del Alcázar de las Perlas. Soberbio en verdad resulta el espectáculo.

—¿Qué tal, zeñorito?

—No me gusta.

Marta, en tortura perenne por el último par de zapatos que estrenara, sin querer casi, con esta impresión empezó realmente la "broma". Perico lanzó una risotada escandalosa. Porque en la cara de fétetro del gitano "granaíno" notó una mueca de contrariedad. Chispeante y deliciosa, entre alguna que otra alusión denigrante para el hormiguero humano que irrumpía sobre Granada, Marta entremezcló la tortura a que la sujetara el calzado:

ta el regio alcázar sin su permiso, mandó que su cocinero pusiese en la caldera un rótulo: "De orden del rey..." El patio de los leones no debía su nombre a los reyes de la selva que en él figuraban: llamábase así porque una tal Ali-Ona y un tal Ali-On, muslines que estaban en inteligencia con las huestes de Isabel, fueron ejecutados...

—¿De orden del rey?—preguntaron a Paco.

—De orden del rey—imperturbable, respondió.—Los leones que uztez ven son er monumento.

El Generalife, las fuentes por Villaespesa cantadas, la umbrosa enramada, contaban su leyenda. Ninguna llamaba la atención de los viajeros. Ni la



—En cuanto vuelva a Madrid, hijito, licencio a "mi" zapatero.

"Lulú", el perrito de Marta, ¡como si quisiera sumar contratiempos!, sintióse indispuerto y negóse a tomar los bizcochos y regalos de su amita. Declaróse en una "huelga del hambre" tenaz para subrayar el disgusto de la elegante de Madrid.

—Láztima que loz zeñoritoz—moles-to por el excesivo mimo del can, dijo Paco—no haigan podío ver la "diana".

—¡Bah!...—le arguyó Perico,—en Madrid todos los días mil regimientos la tocan.

—Pero ez que como la diana de Graná, zeñó...

¡La Alhambra!... En el agosto y regio alcázar el cicerone granadino, con su rica y exuberante imaginación, improvisó cien mil historietas. Un ladrillo roto, a creer lo que le contara su agüelo, marcaba el pie de un paje cristiano que, en los tiempos de la Reconquista, furtivamente a una cautiva entraba a ver. La cautiva y el intrépido paje, fritos en una caldera de aceite, entonaron una balada de amor en sus momentos de agonía. Boabdil, el famoso Boabdil, aquel que lloró la pérdida de Granada, para escarmiento de los que osaran hollar con su plan-

iluminación de la plaza de Bibarramba, ni la de la Carrera, ni la fantástica y sorprendente de la Alhambra lograron provocar un gesto admirativo.

—¿Qué vamos a hacer, Paco, para los gustos se hicieron los colores!... ¡No ponga esa cara de vinagre!

Por casualidad, después de varios años que Granada no lucía el espectáculo de la Carocas, dibujos intencionados que comentan versos alusivos—¡regocijo popular de tiempos preteritos!—para solaz de los granadinos, el Ayuntamiento organizó el festival. Poco entretenida antojóseles la diversión a Marta y Pedro:

—¡Pch!... ¡Como en tiempos de la Roma imperial las de Pasquino!...

—Pero, zeñoritoz, fuere quien fuere eze Pazquino, zi ezas copla que uztez ven las inventó er mezmó Don Quijote... Y laz pintura, zi mar no recuerdo, zon de un tar D. Velázquez, paizano de lo zeñorito... ¡Qué mar avío hacen uztez a su paizano!

Y como nada bello toparan en el Albaicín—¡uf, las casas miserables, de arquitectura primitiva, las calles tortuosas y poco limpias; uf, uf!...—en su deseo de que los madrileños se llevaran algo de Granada, colocó a

los viajeros una nueva historia, una novela amorosa de la Campana de la Vela... La de una gitana, bisneta de uno de los Faraones, que ardía en amores por un doncel guerrero de Granada, y que desde la torre, atravesado por una lanza de Castilla, lo vió caer: ¡el din-dan melancólico de las campanas eran los ayes desgarradores y dolientes de la preciosa agarena que...!

—¡Ay, Perico!...—en lo mejor de la narración gritó Marta.

—¿Qué pasa?

—Se me ha desprendido la medalla de brillantes que Chachita me regaló y...

—Un platero de aquí te la arreglará.

—No, no; ¡mi joyero de Madrid lo hará mejor.

Paco, "er Graná", se revolvía por entre sí. Ni la esplendente procesión del Corpus, en la que intervienen todas las parroquias de Granada y diez leguas a la redonda; ni el verde y aromático alfombrado de las calles para el paso del cortejo religioso; ni la lluvia de flores que de ventanas y balcones cae sobre las cien mil almas de la comitiva que sigue al cuerpo de Dios; ni el desfile de soldados y bandas... "¡No me gusta!..." "¡Bah, para esto!..." La corrida de toros, con actuar los mismos "ases" de la de la Prensa de Madrid, insípida, monótona, insubstancial.

—¿Que un forastero ze vaya de Graná zin un recuerdo de aquí? ¡Que no; que no!... —mentalmente aseguraba Paco.

—Esto es muy soso, Paco; muy soso... ¡Hasta usted, Paco; hasta usted! El camarero nos aseguró que usted es el gitano más gracioso y...

—La grazia mía, zeñorita, ez argo picantiya.

—¿Que lo sea!

—Y ezcuece.

—A ésta y a mí nos gusta la pimienta: ¡cuando quiera, Paco!...

Querían los madrileños oír cantar "granadinas" en su propia salsa, en el mismo Granada; querían presenciar una fiesta gitana; querían... ¡Pch!... Como despedida, puesto que al siguiente día retornaban a la villa del oso, los viajeros pusieron en manos de Paco un fajo de billetes... Y con la alegría de unas castañuelas albaicinesas, en un colmado nuevo, "er Graná" reunió lo más selecto de los cantaores y lo refinadamente cañí de la bailadora gitanería. Pañolones de Manila; mujeres esbeltas, ágiles y graciosas; guitarras vibrantes de entusiasmo; coplas somnolientas, remembradoras de un pasado que se fué; todo, todo, resultó exhausto de color, pálido, sin emoción...

—Niño...—gritó Paco, pensando que "algo", en cuanto se le presentase oportunidad, tenían que llevarse de Granada los de Madrid,—¡que loz zeñoritos han venío a divertirse a Graná y que vuzotroz zuz eztaí dezacreditando!...

Emocionóse la población gitana. Rasgacudas las guitarras, vibraron los paillos, repiqueteando alegremente; la zambra adquirió un tinte de azul de Prusia, un azul muy azul... El de la ilusión y el optimismo humano, que ríe y alborota desenfrenado, sin pensar en el dolor, sin conciencia del mañana... ¿Qué importa el porvenir... si lo presente es bueno?

—¿Na, zeñoritos?

—Nada.

El hastío, el aburrimiento, el desmayo en que termina toda juerga hizo su presencia. Una gitana jovencita acercóse a Marta. Y acarició a "Lulú", condolido:

—Tie zueño y canzancio er perrito.

—No—replicó Marta;—no es eso... Es que desde que pisó Granada no sé, no sé lo que le ocurre...

—Zi me lo premite la zeñorita—dijo Paco,—yo le recomendaría...

—¿El que?—preguntó la amita de "Lulú".

—¡Lo yeve a zu veterinario en cuanto yegue a Madrid!

¿Está usted seguro de no estar loco?

"De médico, poeta y loco, todos tenemos un poco"; dicho antiguo, que si en lo de medicina y poesía puede fallar con frecuencia en la mayoría de los individuos, en lo que a las vesanías se refiere, es fácil que no se equivoque una sola vez.

¿Hay alguien que pueda blasonar de un perfecto equilibrio mental?

Según los alienistas, todos tenemos pequeñas manías, pequeñas chifladuras, pequeños desarreglos nerviosos. Nosotros no lo notamos; pero si las personas que viven con nosotros fuesen observadoras, no tardarían en notar que, en ciertas ocasiones, damos pruebas de estar, si no locos de remate, por lo menos, algo tocados.

Los signos reveladores de la locura permanente o temporal son tan numerosos que, indudablemente, deben tener razón los alienistas. He aquí algunos de esos signos:

¿Come usted con voracidad? ¿Disminuye su peso sin razón aparente? ¿Sufre alucinaciones? ¿Es desconfiado? Cuando lee, ¿le parece que corren las moscas por el papel? ¿Siente tentaciones de pegar o reír sin motivo, o de llevar la contraria a todo el mundo? Pues entonces, aunque le sepa mal saberlo, sépalo de una vez: está usted "tocado".

"Tocado" está el quidam que, después de haber cerrado la llave de la luz eléctrica, va a acostarse y se levanta inmediatamente para cerciorarse de que todas las luces están apagadas; "tocado" está el que saca el reloj del bolsillo, mira la hora, la olvida a los dos minutos y repite la operación veinte veces; "tocado" está el que en cuanto ve una silla le dan tentaciones de sentarse de espaldas y montado en el asiento, y "tocada" está la dama que, creyendo echar azúcar al té, se obstina en verter en la taza el contenido del salero.

Pero esto no es lo más, sino lo menos. El que está "tocado" comete una tras otra sandez, que, si bien no perjudican a nadie, no le libran a él del ridículo.

¿Y hay tantas clases de locura! Por ejemplo, ¿siente usted tentaciones de hablar a todo el mundo de fantásticos capitales, de riquezas, de automóviles?... A esta locura, una de las más benignas, se la denomina megalomanía o delirio de grandezas... ¿Y la padecen tantos!

El examen de la escritura de un individuo da una idea muy precisa del estado de su equilibrio mental. Al que no forma jamás la última letra de las palabras que escribe, de un modo ilegible la última sílaba, puede considerarse como un tanto lunático, y el que subraya las palabras sin ton ni son, demuestra que anda muy mal de la cabeza. Se ha comprobado que en las casas de locos todas las inscripciones murales están subrayadas por sus autores.

Además de estos diversos signos, por los cuales se revela la demencia, más o menos caracterizada, los alienistas disponen de métodos experimentales que les permiten averiguar rápida y seguramente si el sujeto sometido a reconocimiento está completamente cuerdo, o si, por el contrario, tiene disposición a contraer, más tarde o más temprano, una enfermedad mental.

El procedimiento empleado más frecuentemente consiste en mandar que el paciente levante los brazos y cierre los ojos. Si conserva la estabilidad, está sano; y si, por el contrario, oscila de adelante para atrás, habrá que vigilarlo.

También hay que vigilar al que tiene las pupilas demasiado dilatadas y al que posee una nariz de tal modo construida que la pared cartilaginosa que separa

las dos fosas nasales baja más que las alas de la nariz.

Igualmente se recomienda el examen de la lengua. Si este órgano tiene los contornos netos, no hay nada que temer; pero si tiende a enrollarse, si está deformada, o si tiene tendencia a alzarse la punta, hay que evitar al sujeto las emociones demasiado fuertes.

Se practica otra prueba, que también tiene fama de concluyente, que consiste en vendar los ojos al individuo y quemarle ligeramente la mejilla con la punta de un termocauterio, por una esponja mojada puesta en contacto con una corriente eléctrica débil. Las personas que tienen trastornado el sistema nervioso, no sienten o sienten muy poco las descargas. Y, por el contrario, es muy fácil sugestionarlos, hasta el punto de hacerles gritar de dolor, acercándoles a la epidermis la punta de un hierro frío, diciendo que está al rojo blanco.

Dugmore, todos los atractivos que ofrece la caza mayor son también alicientes para el que se propone no matar a las fieras, sino fotografiarlas en plena selva. Y añade que más que el cazador disfruta el fotógrafo, cuya pericia ha de ser, desde luego, superior a la de aquél, como es también mayor el peligro que corre.

No pueden someterse a reglas fijas los hábitos de las fieras, ya que está comprobado que, en igualdad de circunstancias, una атаca y otra emprende la huida, como, por ejemplo, ocurre con el león. Si se atrapa un cachorro de leones, parece lo natural que inmediatamente ataquen los padres para recuperar al hijuelo, y así sucede, por regla general. Sin embargo, he aquí lo que refiere el citado comandante Dugmore:

"Capturé un leoncillo y lo retuve para atracar a los leones, sus padres, con objeto de fotografiarlos; pero no pude realizar mi propósito porque, lo mismo el macho que la hembra, se obstinaron en permanecer a más de cien metros del lugar en que estaba el cachorro, y no hubo medio de conseguir que acortasen la distancia. Dijérase que cada ejemplar de cualquier especie se rige por leyes que le son exclusivas, y nada más aventurado que la afirmación de quien pretende estar en el secreto de lo que hará un irracional cualquiera en

espesa capa en la que se amortigua el ruido de los pasos. Y hay que acechar al estúpido rinoceronte, de vista corta y, por lo tanto, muy receloso, y al búfalo, de fino olfato... Todos esos animales permanecen vigilantes días y días, limitando su radio de acción tan pronto como advierten un indicio de la presencia del hombre en el terreno que ellos frecuentan.

No sólo de día, sino de noche, se hacen fotografías de animales. Para esto último, se coloca algún cebo cerca del paraje desde donde ha de operar el fotógrafo, y en torno al sitio donde esté el pasto se monta una instalación de alumbrado eléctrico para utilizarlo en el momento de hacer uso de la cámara fotográfica.

A veces todos esos preparativos no proporcionan el resultado que se persigue, porque si se trata, por ejemplo, de hacer la fotografía de un león, suele ocurrir que, antes que a esa fiera, atraiga el pasto a una hiena o a un chacal.

Como se ve, nada tiene de exagerada la aseveración hecha al comienzo de estas líneas sobre la dificultad de obtener buenas fotografías de animales salvajes. Quien a tal empresa quiera aplicar su actividad, ha de someterse a un molesto aprendizaje para adquirir la necesaria práctica, y, en primer término, para perder el miedo a lo desconocido, que forzosamente ha de entorpecer la acción del neófito.

Día llegará en que, extendida la civilización por todos los rincones del planeta, no quede de la fauna salvaje sino la representación gráfica o las plásticas reproducciones de los ejemplares de las ya extinguidas especies zoológicas, y entonces esas fotografías alcanzarán un valor inmenso, sin decir por eso que de él carezcan actualmente, sobre todo para aquellos que saben apreciar el gran esfuerzo que representan, y del que hemos procurado dar idea a nuestros lectores con la enunciación de los precedentes detalles.

La piedra del sol o el calendario

azteca

Entre los monolitos históricos dejados por las antiguas razas del Anahuac, sin duda que el llamado calendario azteca es de los que más llama la atención de los arqueólogos y sabios, pues parece que en esa piedra quisieron los aborígenes dejar grabadas las fechas de su ritual religioso relacionado a los conocimientos astronómicos muy avanzados que poseían ya entonces.

El triunfo que en 1749 tuvo Azayacatl, joven e intrépido guerrero, descendiente de los primeros Moctezumas, sobre los tenaces Teconal y Moquihuix, le permitió consolidar el imperio de sus antepasados y proclamarse emperador de los Mexicanos.

Según los historiadores bien enterados, la piedra del sol o calendario azteca fué labrada para conmemorar ese triunfo. Entre sus relieves enigmáticos se cree que contiene entre otros muchos datos lo siguiente:

La representación de los 20 días de que constaba el mes de los aztecas.

El calendario lunisolar conteniendo las semanas de cinco días y las fechas del ritual del año.

Las fechas de los equinoccios, la de los solsticios y la de los días del año en los que el sol pasa por el paralelo del cenit de Méjico.

Los cuatro puntos cardinales.

El principio del calendario antiguo tolteca y la conclusión del mismo.

El ciclo sacro de 104 años.

La revolución sinódica de Venus y un período de 260 años venusinos que forman el gran ciclo de la cronología azteca de 416 años.

No más terribles sufrimientos

ni angustia mental. Con "Noridal", medicamento moderno, seguro y de uso sencillo, hallará alivio inmediato.

Noridal

HEMORROICIDA

Una especialidad arriesgada

La fotografía de fieras en libertad

La caza incruenta de las bestias salvajes, en la que el elemento principal está representado por la cámara fotográfica, y el rifle y la escopeta sólo se llevan como arma defensiva, no es empresa tan sencilla como a primera vista pudiera parecer, sino que requiere valor y astucia, dominio del arte de la fotografía, gran conocimiento de los senderos que siguen habitualmente los animales a los que se trata de sorprender y, en fin, una paciencia a toda prueba.

Los "modelos" no se prestan a atender excitación alguna a la quietud, ni a ser colocados sobre un fondo pintoresco ni a la luz conveniente. Sus posturas no pueden ser modificadas por el fotógrafo, a quien tampoco le es posible colocar la lente a la distancia que corresponde para obtener un buen cliché. La rápida visión del hombre, el apagado ruido de un paso, cualquier detalle que impresione levemente los sentidos del animal, induce a éste, o a emprender veloz huida, o a un brusco ataque.

Según el comandante inglés Radillyffe

determinado instante. Ni aun del rinoceronte, que es acaso la fiera de menos compleja condición, cabe asegurar cómo habrá de proceder en condiciones dadas. Con razón se ha dicho que el verdadero sabio es el humilde, y que su vida está siempre más segura que la de quien presume de no tener nada que aprender.

"El peligro es mayor que para el cazador para el fotógrafo, porque, para cumplir su misión, éste ha de aproximarse a la fiera mucho más que el primero."

Pero, además, son comunes a ambos otros riesgos, tales como los efectos del calor excesivo en los campos africanos, así como de la humedad, las fiebres producidas por las picaduras de moscas y mosquitos, la escasez de agua, ya que lo corriente es que no sea potable la de los manantiales, que brotan en aquel suelo, porque el líquido suele contener sal o sosa en excesivas proporciones. La mejor agua es la de los ríos, y aun ésa apenas resulta tolerable al paladar.

Y, en medio de tales inconvenientes y molestias, hay que lanzarse al encuentro del rugiente león, del pesado elefante, que, no obstante su volumen, avanza sin hacer ruido, como un fantasma, merced a una substancia viscosa que se desprende de sus extremidades y que forma en los cascos del animal una

En el barrio la llamaban "La hermosa". Y con muy honrado acierto: su belleza física era realmente encantadora, y encantaba aun más cierto suave don de modales que ella parecía sentir sumo placer en brindar; gracias éstas que le ofrecían el regalado júbilo de verse solicitada por buen número de adoradores sinceros pero insolventes.

Insolventes... El vulgar vocablo tenía para ella un poder tenebrosamente agorero: deseaba un marido rotundo y maestro en una profesión rentosa o, si fuera posible, especulador adinerado y lince. Esta maciza prevención era digna de muy humano respeto; estaba inculcada por la huella de infernales dramas que había vivido y visto: matrimonios dichosos abatidos por la miseria, hijos malogrados física y moralmente por furiosos vicios de padres acobardados por derrotas y hambres sucesivas. Parodiando a Cristo, decía cuando le hablaban de amor sin algo de bolsa:

—No sólo de amor se vive... No me casaré con un insolvente...

—Ya le llegará el día de perder esa filosofía —le objetaban. — Cuando se enamore...

—¡No la perderé, no! —sostenía con franqueza de absoluta decisión. — Porque no quiero tener hijos para esclavos de patronos, para carbón de taller, para instrumentos de vividores. Quiero hijos que puedan imponer mando favorecidos por seguras energías de salud y capacidad. Y si no hay dinero...

—Los años la estrecharán... —le guiñaban.

—Yo buscaré remedio para los años... —se reía sutilmente. — No sé nada de nada mundano; pero algo adivino, algo he empezado a descubrir.

—¡Adivinará como todas! —le sostenían. — Cuidándose con un pobre.

—¡Nunca! ¡Nunca! —se exaltaba. — Tener hijos y no poderles dar ventaja para vivir... No. ¡Nunca, nunca!

En aquella época vivía con la madre inutilizada — completa víctima de un pazpuerto, ultimado en una riña de taberna, — en uno de tantos deplorables conventillos. Hábil y activa costurera, encorvábale muchas horas diarias sobre el trabajo, animada por la generosa ansia de reunir el dinero que exigían los gastos del hogar: manutención, vestimenta y mucho de botica para la madre caída.

Y por ahí, entre la batahola callejera, en su desolado trayecto del taller al conventillo, se le apareció la diosa Automacia. "La hermosa" vió de pronto esfumarse su severa cruz de diez años, sobrellevada resignadamente desde su arribo a la portentosa tierra sudamericana en uno de los populares piróscafos salvadores de ruina.

Uno de esos buenos y cultos hombres decepcionados de su medio ambiente, que en un instante de soledad depresiva se hacen la ilusión de poder hallar ventura junto a una mujer humilde, se apasionó sinceramente de la resuelta luchadora y bien pronto quedó realizando el enlace, y madre e hija instaladas en confortable casa y libres de afanes rudos. Con la peregrina frescura de sus diez y siete años, librados naturalmente de los signos de la fatiga, y las ricas prendas que empezó a gastar, los encantos de "La hermosa" adquirieron mayor ufanía de seducción. Mas un fracaso funesto gravitaba profundamente en su idiosincrasia: le sobraba ingenio práctico, quizá sereno; pero carecía de cultura sensible, era poco menos que sorda al culto del amor — pobreza fea que el marido, durante su rápido entusiasmo de novio, había atribuido a turbación causada por el ascendiente social que tenía sobre ella.

Y ocurrió lo que, salvo raras excepciones, ocurre a los maridos de tal suerte: el marido, hombre algo maduro e ingenuo de sensibilidad, terminado el período de las estimulaciones graciosas, comenzó a tornarse inquieto, dis-

AGRIPINOS

Por ALBERTO VUILLERMET

plicente luego, lunático más tarde; y así, en gradaciones más y más febriles, fué acreciendo su violencia sistemática hasta imponer fatalidad de silenciosa separación dentro del hogar. La despreciada, incapaz de comprender con juicio el motivo de tan bruscos cambios, se ocultaba recelosa y lloraba nerviosamente, sin odio ni dolor. Tenía miedo, sin razón ni aparente, que el desencantado le pegara.

Improvisadamente el matrimonio azaroso empezó a gozar de cierta pasable armonía: el primer hijo... Breve hala-

hasta entonces quieto en apariencia, no demoró en evidenciar la doblez e intemperancia que alimentaba y que, astuta y miedosa, había escondido durante su cautiverio matrimonial. El intempestivo y extraordinario cambio de bien material experimentado al casarse y la humillación y mansedumbre forzadas vidas impositivamente, habían iniciado su degeneración; la muerte del marido, que le representaba dinero y libertad, la promovió. ¡Qué dichosa iba a ser! Su hijo sería figura descolante...

No faltaron quienes, compasivos o en-

FIEBRE

A una "vedette".

Evoca tu cantar los manantiales en su tropel de notas argentinas, y vibrando, tus risas cristalinas parecen cascabeles musicales.

El brillo de tus ojos orientales envidian las estrellas matutinas, y tus carnes, temblantes y divinas, sugieren delirantes bacanales...

Si al ritmo de una danza cadenciosa entregas tu figura primorosa me seducen tus gracias de tal suerte

que, lujuriente, mi pasión ansía la gloria singular de hacerte mía y entre tus brazos... ¡esperar la muerte!...

JOSÉ GUERRERO LOCAMOUX

do: tuvo su feliz principio meses antes de nacer el heredero y murió secamente días después.

En este angustioso desvío el matrimonio siguió viviendo siete años más; hasta que la traviesa estrella de "La hermosa" apareció de nuevo: el fatal equivocador, atrevido estudioso de experimentos químicos, murió en su laboratorio víctima de asfixia. La mujer castigada, que había llegado a detestarlo, se cubrió con las comunes apariencias de moda fúnebre, levantó arrogante la cabeza y miró con atrevida voluntad el nuevo camino que se le presentaba despejado de acatamientos. Y su carácter,

vidiosos, murmuraran:

—Mujer y dinero para algún diablo.

Pero se equivocaron rotundamente: "La hermosa" pertenecía a la privilegiada familia de los agripinos. Conservaba dormida una poderosa autodidaxia preciosa: intuición matemática. Y reíase de Cupido.

Y a los cuarenta años de su época de proletaria importada, es figura robusta del rango patronal e impone seria influencia. Tiene asegurado un sólido provento; mántiense bienhecha; le so-

bran adoradores del bando especulativo, a los que conserva a sus caprichosas órdenes para sacarles utilidad por turno.

Muerta la madre — la infeliz cosa de un malvado muerto en una gresca de taberna, — logró con arte positivo correr al espectro que le significaba la historia de su apellido lastimoso: practicó y sigue practicando la vanificencia; es parte intrépida de una liga que trabaja por el acrecentamiento del vínculo matrimonial.

Ha sabido hacer de su hijo un distinguido procurador de caudal específico. Se trata de un tipo craso y forcejado, mendacilocuo político, especialista en la explotación de hipotecas. Pronto tendrá electores... Se casó con una lujosa mujercita llegada tarde a la libre y lauta holgura gozada por sus improductivos ascendientes; imposibilitada, por desafueros de la familia, para continuar escudándose con rezagos de abolengo.

"La hermosa" continuará ascendiendo. Es bastante celebrada por su acción en pro del matrimonio... para los otros. No pierde ocasión de abordar el simpático motivo y declamar fuerte:

—Los hombres que huyen del matrimonio son unos perfectos cobardes.

La defensa de su destino actual la obliga a contrariar su terrible lógica de muchacha pobre y prevenida:

—No me casaré con un insolvente. Porque no quiero tener hijos para esclavos de patronos, para carbón de taller, para instrumentos de vividores. Quiero hijos que puedan luchar sin humillaciones, que puedan imponer mando favorecidos por seguras energías de salud y capacidad. Y si no hay dinero...

La neurastenia

"No hay enfermedades; sólo hay enfermos..." —decía un célebre médico, y esto es cierto verdaderamente, tratándose de la neurastenia.

Los neurasténicos existen ciertamente y su número aumenta todos los días entre los que llevan una vida agitada en las grandes ciudades.

En cuanto a la neurastenia — o depresión nerviosa, — es éste un estado más que una enfermedad propiamente dicha, puesto que en vez de ser el resultado de una lesión característica, ella depende de múltiples causas que varían según los temperamentos y los medios.

Entre esas causas múltiples y diversas, se puede citar el artritismo, el surmenage, la anemia y sobre todo la intoxicación resultante de un mal funcionamiento del aparato digestivo.

Es esta intoxicación causa primera del agotamiento de la célula nerviosa que impide la función de inhibición del cerebro y exagera el poder reflejo de la médula espinal. En efecto, la fisiología enseña que el sistema nervioso no saca nada de su propio fondo, que él no crea la energía que distribuye en todo el organismo.

Esta energía la recibe de diversos órganos, encargados de producirla acumulándola y repartiéndola después de haber pedido la porción necesaria a su propio funcionamiento.

Si los órganos creadores de energía funcionan mal, resulta una intoxicación inmediata del sistema nervioso, el cual distribuye sin discernimiento la preciosa fuerza vital que es la encargada de guardar. Entonces aparecen los síntomas de la neurastenia.

Estos signos han sido descriptos y conocidos desde hace mucho tiempo; son los cinco estigmas de Charcot: la cefalalgia, la adinamia (debilidad general), las perturbaciones digestivas, el insomnio, las modificaciones que pueden conducir a la demencia.

Si bien es cierto que no todos los neurasténicos llegan hasta ahí.

COMO EL ARBOL...

Como el árbol frondoso que el huracán deshoja,
así estamos, amigos, a merced del destino.
La oculta Potestad nos eleva o nos baja
hasta besar el polvo humilde del camino.

En vano el hombre sueña, sufre, lucha, trabaja
y se empeña en vencer el secreto divino.
Ruge la tempestad victoriosa y se raja
en astillas el árbol: He aquí nuestro sino.

Pero tened, amigos, del árbol la frescura
deliciosa, la suave, la sedante ternura,
la dulce caridad de su sombra callada...

Ofreceos en ritmos, en frutos, en fragancia
y sed como una luz que brilla a la distancia,
en la noche moral, profunda y desolada.



LEY

Aunque no esperes nada, lucha, amigo,
cual si esperaras un ansiado bien.
Aunque nada interrogues, no te niegues
—cuando se haga la luz en torno— a ver.
Aunque ningún rumor rompa el silencio,
escucha con oído atento y fiel.
Vive, lucha, ama, sufre, sueña, crea...
y deja hacer a Dios: esa es la ley.



EL MATE

Sabe a campo, a fogón, a madrugada.
Despierta los recuerdos y es como un fiel amigo
que en las mañanas frías nos calienta las manos
y nos reanima con su aliento tibio.

En las ruedas prodiga sus caricias a todos;
nunca falta en las horas de alegría o de duelo.
Sabe engañar el hambre
y a veces del amor es mudo mensajero.

No conozco un amigo mejor, más silencioso,
que tan discretamente sepa borrar las penas,
y con tanto cariño, sin palabras ni gestos
evoque los recuerdos gratos de la existencia.

POETAS URUGUAYOS

Manuel Benavente



El poeta Manuel Benavente.

He aquí a uno de los jóvenes poetas uruguayos,
cuyos versos emotivos le han señalado un puesto
de honor en su país.

Encastillado en sus visiones, con una orienta-
ción filosófica y de una serenidad franciscana,
este poeta en todos sus cantos ha sabido encerrar
la ternura de su corazón.

Escritor sincero, sin estallidos de rebeldía, ha
unificado su espíritu a lo abstracto y divino, ofre-
ciendo en la trama sutil de sus canciones todo el
amor de su alma clara como el agua, toda la
gama de su sensibilidad que le rodea.

Distante de ser un objetivo, un orfebre o colo-
rista, a las trovas espontáneas que se vuelcan del
vaso de su corazón, mezcla su armonía interior
y la serenidad.

Los poemas que transcribimos de su nuevo
libro "La ofrenda del silencio", dan una idea
exacta de su tendencia humanista y de su afán
de purificar su alma y elevarla lejos de lo terreno.

F. B. V.

Es que sin duda el mate tiene el alma del campo;
alma simple y profunda, en cuyo fondo vibra
ese enorme misterio que nos ciega los ojos
y nos sella los labios: la vida.



EL VIEJO PARAISO

El viejo paraíso de mi casa ha quedado
mustio, sin hojas, abatido.
Las ráfagas de Otoño lo han dejado desnudo,
esperando el invierno desolador y frío.

Pero él hunde en la tierra sus raíces y aguarda
tranquilo el rudo sufrimiento:
Sabe que al retornar la primavera un día,
con sus más bellas galas lo vestirá de nuevo.

Alma intranquila, cesen tus lamentos inútiles
frente al enigma del destino:
Nada como el dolor puede hacernos un día
florecer en amores, en belleza y en ritmos.



ESTOY FRENTE AL ABISMO

Estoy frente al abismo sin fondo de la noche;
la eternidad que asombra con su vasto rumor.
Mi espíritu está mudo como un lago sereno...
Mas de pronto surgiendo de la sombra una voz
me anonada, dejando caer en mi conciencia,
como una piedra enorme, esta palabra: ¡Dios!



EL DOLOR ES LA PIEDRA

El dolor es la piedra de toque de las almas;
algunas se arrodillan y gimen, gritan, lloran;
suplican al misterio, sin comprender la dura
ley que rige las cosas.

Otros llenos de orgullo, apostrofan, imprecán,
claman contra el destino, rugen contra los hom-
bres;

luchan porfiadamente, pero al fin son vencidas
por las fuerzas enormes.

Sólo las almas puras que el enigma presienten,
se cierran sobre todas las humanas miserias;
más allá de las lágrimas y los odios inútiles
virilmente serenos.

Paysandú 1926.

Curiosidades mnemotécnicas

Cuando se dan una cita para deter-
minado día los micronienses de las
islas Palaos, cada uno de los que han
de acudir a ella hacen en un bramante
tantos nudos como días faltan para
que aquélla se verifique. Después, ca-
da día van deshaciendo un nudo, y al
quitar el último recuerdan que aquél
en que esto ocurre es el día de la cita.

De esa costumbre tal vez provenga
la que hay de hacer un nudo en el pa-
ñuelo para acordarse de realizar algún
acto que no se quiere se olvide, pues
es un hecho comprobado que si dos
ideas se han pensado al mismo tiempo,
la imaginación adquiere tendencia a
volverlas a pensar juntas, y por esto,
al ver el nudo del pañuelo recordamos
lo que se pensó al hacerlo. Muchos
hay que no se acuerdan para qué hi-
cieron el nudo; pero esto no es debido

más que a que cuando lo hicieron no
concentraron lo suficientemente su
atención en lo que querían que les
recordara, y puede asegurarse lo harían
casi maquinalmente.

Se dice que el filósofo Pascal, cuan-
do fuera de su casa se le ocurría al-
guna reflexión de la que quería guar-
dar recuerdo, hacía con un lapicero en
una de sus uñas un punto o señal
cualquiera, y cuando volvía a su casa
quitaba las señales hechas, conforme
iba anotando lo que cada una le re-
cordaba.

Muchos obreros del campo, para no
olvidar los diversos trabajos que se
les han encomendado, ponen en sitio
visible una piedra para cada uno de los
que tienen que verificar.

Hay personas que llevan una sortija

llamada de memoria, que se compone
de varias anillas sujetas sin soldar a
un pasador, con objeto de que puedan
quedar colgando por fuera del dedo
tantas anillas cuantos sean los asuntos
que se quieren recordar, sirviendo di-
cha circunstancia de aviso para su
ejecución.

Otras personas vuelven del revés, al
acostarse, una manga del vestido para
que, al ir a ponérselo por la mañana,
dicha anomalía les recuerde la
realización de lo que quieren hacer.
Otras cambian de dedo una sortija;
pegan un papel en el cristal del reloj,
ponen un periódico en el sombrero o
en el calzado, llevan a diferente bol-
sillo que al que acostumbran el dinero
o el papel de fumar, se atan a un
dedo un hilo con suficiente presión

para que moleste, hasta tanto que han
llevado a efecto lo que no quieren
olvidar.

Si al hacer estos cambios y anor-
malidades se ha pensado con suficien-
te atención en lo que con ello nos pro-
ponemos, en ningún caso se dejará de
recordar para qué se hicieron.

Esto, que bien pudiéramos llamar
mnemotécnica representativa, no tiene
semejanza alguna con la que se sigue
para recordar con seguridad fechas,
cantidades numéricas, discursos, listas
de nombres por el orden asignado y
palabras de difícil recuerdo por no ser-
nos familiares, y que con tanta clari-
dad y método expuso en su "Nuevo
arte de auxiliar a la memoria" el doc-
tor D. Pedro Mata.

Avelino MARTINEZ.



(Para "Fray Mocho")

Bosquejo

Santiago del Estero es pródiga en aldeas y villas veraniegas. Por todas partes el turista encuentra estos oasis gratuitos donde, con relativa facilidad, presérvase de la saña con que agobian los estíos de fuego. Ninguno de estos parajes de esparcimiento es más agradable, quizás, que villa de O..., por lo pintoresco de su topografía, la bondad de su clima y el singular desahogo que respira por todos sus poros. Sus casas pequeñas, de construcción moderna unas, enormes, el techo a dos aguas, sistema colonial otras, y todas blancas con aleros de teja bermeja, semejan raras aves de un extraño país que un artista remoto, queriendo completar el maravilloso paisaje, las hubiese dejado caer inanimadas de lo alto.

Los masones

Las campanas de la iglesia dan la llamada tercera. De todas las viviendas la gente sale apresurada encaminándose hacia la casa de Dios. Hay hogares en los cuales no han quedado ni los perros. También los pobres quieren oír misa.

Desde la coquetona placita oye, al compás del gangoso del órgano, la voz del sacristán que canta en estropajoso latín, una letanía que ni él ni nadie entiende.

Un niño avanza por la diagonal, la cabeza desnuda, limpio el trajecito de raído brin.

—¿Adónde vas con tanto apuro, pibe?

—A la iglesia, señor. Hace rato que empezó la misa...

—¿Te gusta mucho oír misa?

—No, señor, me aburro; pero como mi tata me castiga cuando no voy...

—¿Todo el mundo va a misa acá?

—Todo..., sí, es decir, menos los masones.

—¿Dónde están los masones?

—Allí, en aquella casa.

El niño extiende el bracito y lo retira luego, avergonzado, al notar en el umbral de la mansión indicada la silueta de un joven que nos mira.

—¿Cómo sabes vos que son masones?

—Y..., como no van a misa...

Hubo un breve silencio. De un mechón de cabello, alisados tan sólo con los dedos, caían suavemente sobre el hombro del niño, gotas de agua con lentitud de filtro.

—Dime, ¿por qué retiraste tan rápido la mano cuando te vió aquel hombre que le indicabas?

—Es que tengo miedo que vaya a creer el niño Roberto que estoy hablando mal de él.

—¿Le temes? ¿Son malos, entonces, los masones?

—No, señor; ¡qué esperanza! El cura dice que sí y que son unos condenados sin corazón, pero yo no lo creo. No van a misa, pero son buenos... Le parece raro, ¿no? A muchos les parece mentira, pero es la pura verdad. Fíjese que a una tía mía y a dos viejitas más que no pueden trabajar, les dan un peso todos los días a cada una. Si no fuese por ellos, tal vez se morirían de hambre. Ellas, en agradecimiento, no rezan por nadie más que por la salud de los masones. Por eso digo yo que a éstos no les hace falta rezar. Cuando pasa el verano y se van, las viejitas y mi tía lloran como si perdieran un hijo. No sólo con ellas son así, a todos los chicos nos dan monedas los domingos. Si alguien les va a vender gallinas, huevos, quesos, en fin, nunca regañan por los precios y, a veces, pagan más de lo que les piden. Una vez les llevé, de regalo, un cabrito que no valía ni un peso y ellos me dieron dos. Desde entonces jamás les vendemos nada, todo les regalamos porque son muy buenos: el señor Jaime,

CUADROS SERRANOS

Por CARLOS B. GÓMEZ

la señora Eudotia, la niña Adela, el niño Roberto, hasta la niña Rueca, que es como yo... de grande.

—¿Son ricos, entonces, los masones?

—¡Es claro! Pero eso no quiere decir nada. Hay tantos ricos que se van sin pagarnos hasta la leche que les fiemos. Bueno, señor, la misa va a terminar y quiero que me vea mi tata al salir...

El ritual religioso tocó a su fin. Al son de la discutida armonía del desafinado armonium, los fieles evacúan el templo luciendo la pomposa vanidad de sus lujosas vestes..., mientras allá, junto al altar mayor, con los ojos húmedos, las tres viejitas protegidas por los "masones" permanecen aún, levantando al cielo sus plegarias por el alma de aquellos condenados.

Procesión

Sobre las andas que cuatro devotos conducen en hombros, la Virgen del Rosario—que un pésimo artifice modelara en madera,—avanza por entre la abigarrada muchedumbre humana. Cúbrela un manto ornamentado de infinitud de laminillas albas que rebrillan a la luz del día, como las escamas de un pez, heridas por el sol.

En cada mitad de cuadra y en cada esquina se han colocado en la calle, al torno de la plaza, mesitas primorosamente adornadas, donde hace estaciones el simbólico madero.

El cantor, sentado al órgano, inicia el ritual con esta canción trunca, inexpresiva, a la que un grupo de niñas hacen coro:

Los cielos y la tierra

Y el niño Jehová.

Ave, Ave, Ave María.

Varios pequeñuelos extasiarse ante los desmesurados visajes que en el congestionado rostro del cantor se dibujan. Obsérvanle cómo revuelve los ojos y los entrecierra a ratos; las diferentes formas que adquiere su formidable boca, de la cual pende el enorme belfo que trasciende a alcohol.

Cuando el órgano calla el cura canta sus latines. Es un contrapunto curioso en el que lleva la mejor parte el sacristán, porque lo hace en castellano y al compás de la música. De pronto, el cura toma el incensario de manos de un monaguillo, echa sobre las brasas un puñado de incienso el que, convertido en humo, va a acariciar la imagen de

Pida a su sastre los casimires

BELWARP LIMITADA

Colores firmes contra los efectos del sol y del agua

LOS ENCARGOS

Como todas las mañanas, Juan, al marchar a París para ir a su Ministerio, preguntó a su mujer:

—¿Tienes que hacerme algún encargo?

—¡Claro que tengo! ¡Varios! ¿Tú crees que hay medio de comprar nada en este desierto de Berry-Colombes? ¡Y pensar que podíamos vivir en una calle céntrica de París!

—¡Sí, en un hotel particular de la calle de la Paix!—le interrumpió Juan.

Matilde enumeró los encargos. Tenía que pasar por el almacén de comestibles de la calle de Dieppe, por la salchichería de la calle de Havre, por la pastelería de la calle de Rouen, por la perfumería de la calle de Boloc, por el tinte de la calle de Yvetot y, por último, comprarle un kimono en los grandes almacenes de "El Otoño Florido".

—Sólo allí los tienen bonitos. Las telas son excelentes y los dibujos muy originales.

Matilde le hizo algunas recomendaciones, y Juan se puso en camino. A mediodía salió de la oficina con un pretexto cualquiera y se encaminó a los almacenes de "El Otoño Florido".

Se perdió en aquellas salas interminables, lo que le permitió admirar multitud de cosas, para las que había una numerosísima clientela femenina. Después de subir y bajar

varias escaleras, tomar algunos ascensores y entrar y salir en multitud de salas, se encontró en presencia de una joven rubia, encantadora, vestida de negro, que le dijo:

—¿Los kimonos? Aquí.

—¿Quisiera uno.

—¿De qué medida, caballero?

—La que usted quiera, señorita. Es igual.

—Sin embargo, caballero... ¿De qué precio lo quiere usted? Tenemos artículos muy diferentes.

—Eso no importa. Deme usted uno cualquiera.

—¿De qué color?

—Me es lo mismo. El que tenga usted más a mano.

—Pero..., caballero.

Juan decía todo esto con el aire fatigado de un ministro que está celebrando su vigésima interviú.

—Repito que me dé usted un kimono cualquiera. Es para mi mujer.

—Pero su señora tendrá seguramente sus gustos.

—Eso es posible, señorita; pero como estoy seguro de que, largo o corto, obscuro o claro, grande o estrecho, no le ha de gustar el que le lleve, sé que tendré que volver mañana a cambiarlo. Deme usted, pues, el que quiera, y mañana tendré el gusto, señorita, de verla de nuevo para una elección más concreta, pero igualmente provisional.

PAUL LOUIS HERVIER

la santa. La ceremonia ha terminado en esta estación, para ser repetido en la subsiguiente. Al iniciarse la marcha los hombres descargan sus revólveres mientras los chiquillos se apresuran a recoger las cápsulas y, después de absorber con fruición el olor de la pólvora quemada, las guardan para jugarlas a la taba.

Bajo el bochorno del estío la procesión va cubriendo el recorrido marcado entre nubes de polvo que descienden sobre los fieles cristianos en fina, tozuda y pegajosa llovizna.

¿Pero qué significa, por Dios, todo esto?

¡Ah, en la alta torre de la iglesia las campanas, echadas a vuelo, nos explican claramente el abstruso ritual: taritaratán..., taritaratán..., taritaratán...

Ilusión

Afanoso asciendo la empinada cuesta de este cerro erizado de verdinegros peñascos y lacertosos guayacanes. Allí, en la cumbre se me reunirá el pequeño fardo de ideales que he dejado en la base para no obstaculizar la ascensión. Ha de subir sólo como un perfume delicado sin temor a que lo roben, porque sabe que no hay ladrones de ideales en estos mundos de Dios.

¡Oh, que bien se está en esta inminencia poblada de silenciosas emociones! ¡Cómo se respira, a pulmón pleno, el subyugante frescor de la tarde nublada y borrosa y la alegría de vivir!

Recreóme en la contemplación del valle que se ahonda en la gran sombra que insinúase. Los seres y las cosas adquieren coloraciones y bellezas singulares. Aquellos ranchitos de paja y de barro, cuya miseria se denuncia a la distancia, son preciosos y ricos de gratas expansiones porque sana y bulliciosa alegría retoza, sin cortapisas, en ellos. A una de estas viviendas la gente llega con apresurado andar. Entran, salen, fórmanse grupos. No hay duda: es una pequeña fiesta, grande de felicidad. Me voy, pues, a sahumar mi espíritu al contacto de la dicha ajena.

Realidad

Dejo mi fardito de ideales y desciendo junto con la noche, sólo, frente a la vida tangible.

El precioso ranchito es una pocilga infame. En la esquina de la pieza de reducidas dimensiones, sobre un catre de tientos, hay un cuerpo yacente: es un joven hachero. Ha muerto tuberculoso, como el noventa por ciento de los que se dedican a este trabajo. En sus labios contraídos ha quedado helada para siempre una sonrisa amarga que desflora ironía. El costado izquierdo de su rostro imberbe muestra un luminoso coágulo sangriento. En el suelo, a los lados de la cama, hay grandes manchas de sangre: sus vómitos posteriores.

Cavando la fosa

Hacia el extremo opuesto de la pieza, seis niños de pecho, en un jergón, duermen unos y otros agitan sus bracitos como intentando defenderse de un enemigo que nadie ve ni sospecha. Las madres, de rodillas, arrebujadas en negros mantos, rezan. Aquí, junto al cadáver, deudos y amigos se apretujan en torno. Un hermanito del difunto corta los pábilos de las cuatro velas que se extinguen lentamente.

Una racha fría de viento sud, penetra en la estancia y sale luego espesa de bacilos de Koch. Una vieja india cierra la única puerta. Bajo un criminal temperie la eufemística "acorta" la noche del inabundable velorio tomando mate y café. No se oye más rumor que el murmullo de las conversaciones en voz baja y los pausados accesos de tos de algunos reventados.

Mientras tanto la Muerte, por boca del muerto, sonríe...

COLABORACION ESPONTANEA

A tus ojos verdes

Ojos verdes, inquietantes;
ojos en cuyos abismos
se extraviaron los lirismos
de mis ansias suplicantes.

Ojos que son como espejos
no se reflejan, temblando,
los besos que van migrando
hacia los labios bermejos...

Ojos que mucho han soñado;
ojos en cuyas pupilas
divagan las intranquilas
tentaciones del pecado.

Ojos que son dos ventanas
sobre tu mundo interior,
en donde teje el amor
sugestiones filigranas...

Ojos verdes, constelados
de irradiaciones extrañas;
ojos que sueñan velados
tras las sedosas pestañas.

Ojos ambiguos y tersos:
¡Dejad que en vuestras divinas
pupilas, esmeraldas,
ronden inquietos mis versos!...

SABITA.

Una ofrenda

Al delicado poeta argentino, Ricardo
M. Llanes, con la estima y admiración
sincera de su amiga chilena.

Me llegó tu libro y leí tus versos
en horas de calma.

Terminé... ¡Un perfume embriagó mi alcoba
y embriagó mi alma!

¡Por aquí ha pasado, clamé con ternura,
por aquí ha pasado del poeta, el alma!...
¡Y fué así! Tus cantos plenos de dulzura
la transparentaron: ¡muy bella, muy blanca!

¡Por aquí ha pasado tu alma exquisita,
tu alma sensible, dolorida y franca!
¡La vi tan hermosa, tan sutil y buena
que la llamé, al punto, hermana de mi alma!

¡Por eso ha quedado en mi alma sufrida
un suave perfume de rosas muy blancas!...

Stella GÁLDAMES SAEZ.

Santiago de Chile, 1926.

Amar

Para "Fray Mocho".

Amar es ir muy suave sin rumbo y sin oriente,
Los párpados cerrados de una dulce embriaguez,
Es sentir una aurora de besos en la frente
Y un retornar dichoso a la feliz niñez.

Es tender una escala que vaya hacia una estrella
Donde los sueños nuestros formaron su mansión.
Es llevar en el alma un rayo de luz bella,
¡Y una música inmensa dentro del corazón!

Amar es elevarse, subir en lento vuelo.
Hundirse en lo infinito para arribar al cielo
mirando que se avanza de la ilusión en pos:

Amar es la suprema ventura de la vida.
Una senda de seda que siempre está florida,
Por donde van los buenos para llegar a Dios.

Vicente PORFIRIO.

Alma América

A Necha Comas Ruiz.

La bóveda del cielo en su celeste,
purísimo y diáfano ornamento,
ostenta el medallón del Sol lumínico
que han dorado los siglos con su fuego.

¿Quién instituyó el canto gregoriano?

Fué Gregorio I, uno de aquellos grandes
pontífices que supieron juntar las mayores vir-
tudes religiosas a las cualidades necesarias a
un gran soberano temporal. Nacido hacia 540,
en Roma, pertenecía a una familia patriótica,
muy rica, y comenzó por llevar una vida disi-
pada y fastuosa. Nombrado pretor, no tardó en
abandonar su cargo, y después de distribuir su
fortuna a los pobres y a los conventos, tomó
las órdenes. Encargado de la Nunciatura de
Constantinopla, fué designado, en 590, para su-
ceder a Pelagio II, cabeza de la cristiandad. Por
modestia, vaciló mucho tiempo en aceptar la
tiara pontifical, de la cual se consideraba in-
digno. Pronto se reveló como un gran Papa.
Los lombardos asolaban a Italia, el hambre se
enseñoreaba de Roma, la indisciplina reinaba
en los conventos. Gregorio I, con su sabia ad-
ministración, consiguió la prosperidad de Roma;
con hábiles negociaciones, alejó a los lombar-
dos de la ciudad; impuso a los monjes la regla
de San Benito. El venció, en Galia y en Africa,
a las sectas heréticas, y logró convertir a los
anglosajones. Instituyó en Roma una escuela de
cantores, que extendieron en toda la cristiandad
el canto gregoriano, llamado así por su insti-
tutor.

Gregorio I, llamado el Grande, reformó, ade-
más, la liturgia en su "Sacramentario", apare-
cido en 599; dejó, por otra parte, varias obras,
entre ellas, "Los comentarios sobre Job" y "Las
homilias sobre Ezequiel". Murió en 604.

Hace quinientos años, el gran astro
era cual la sonrisa de los cielos
y su amor por América la núbil
delataba que aun no estaba viejo...
Nadie se extraña entonces que brillara
profundizando el vasto firmamento
y estremeciera su caricia intensa
el prolífico vientre de este suelo.
Montañas colosales ostentaban
el repetido hito de los tiempos,
y cuando oculto el Sol tras densa nube,
se deshacía en agua el ronco trueno.
Los anchurosos ríos de revueltas
corrientes, dan al mar su brazo inmenso
(al amargado mar amurallado
que entre los riscos ruge prisionero)

serpenteando entre praderas verdes
y penetrando al bosque todo entero.
En sus orillas, los caimanes eran
como faquires, sordos a los vientos.
Los cóndores se mecen en la altura
suspendidos de frágil hilo etéreo,
y no llega su sombra hasta la tierra
porque se ha proyectado sobre el cielo...
En la tupida selva, el papagayo
se desgañita sobre el cocotero
y el cuadrumano se cuelga de las ramas
en el aire sus cuatro pies meciendo...
Sútiles colibríes estremecen
la retina que vibra con sus vuelos
y la boa se enrosca y culebrea
como un pesado látigo crujendo.
En medio de los bosques pululaban
arañas gigantes. Los insectos
en densa nube de zumbido y sangre
rodaban por la sombra y el silencio...
Y en las ramas con sol, el entusiasmo
de las aves, de luz estaba ebrio.
Dominando esas largas soledades
que dan la sensación de un vasto templo,
el celo hirsuto de los pumas ruge
por la garganta hambrienta del desierto...

Rafael RUIZ CRUCES.

Polvo del camino

Para "Fray Mocho".

Polvo del camino que me agobias tanto,
acallas mis pasos, reseca mi voz!...
Polvo del camino, que oíste mi llanto
siendo inmovible en toda ocasión!

Yo que soy viajero... Yo que te levanto
dándote un minuto de renovación,
bien merezco un poco de alivio y de encanto
que calme las penas y el cansancio atroz.

Llevo el manto sacro de mis ilusiones
en trozos, deshecho, que son mil canciones,
tornadas pupilas en la obscuridad...

Sólo tú me pesas, polvo del camino,
que siembras la ruta del buen peregrino,
huérfano en la senda de mi soledad!

José N. MURGA.

Miraje

Cómo forjo estos versos en mi mente;
cómo evoco el pasado, la distancia,
que unía la alegría de la infancia
con las torvas ruindades del presente...

Cómo acude a mis ojos, vagamente,
la gloria del ayer, sin petulancia,
la que aguardé febril, con la constancia
de quien espera cartas de la ausente.

Así, cantando amor a cada paso,
mi musa se remonta hacia el Parnaso
y sueña un imposible mi memoria...

Añora que vendrá otra vez la esquiva
y dejará en mi frente pensativa
el beso pasajero de la gloria!...

Galo Arg. ZARAGOZA.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879

Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18

Sábados: de 9 a 12

U. T. 428, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre... \$ 2.50	Trimestre... \$ 3.00	Trimestre \$ oro 2.00
Semestre... " 5.00	Semestre... " 6.00	Semestre... " 4.00
Año... " 9.00	Año... " 11.00	Año... " 8.00
N.º suelto... 20 cts.	N.º suelto... 25 cts.	
N.º atrasado 40 "	N.º atrasado 60 "	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no soli-
citadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógra-
fos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una
credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

		En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande.	cada tomo	\$ 12.—	3.70
Tapas sueltas	" " chico	" 8.—	3.—
" " " " grande	" " " " " "	" 9.—	2.—
" " " " chico	" " " " " "	" 6.—	1.50

PAPEL Y TINTA

Antología de la Poesía Argentina Moderna, 1900-1925, por Julio Noé.

La editorial "Nosotros" acaba de publicar, en un nutrido volumen de más de 500 páginas, la anunciada *Antología de la Poesía Argentina Moderna*, de que es autor el señor Julio Noé. Ventajosamente conocido en nuestros círculos literarios, el señor Noé ha evidenciado ya, en las páginas de su obra anterior, "Nuestra Literatura", su fina aptitud para la crítica, circunstancia que, unida a su cultura literaria y al dominio que posee del idioma, hacen de él uno de los mejores y más serios críticos del país. Era de esperar, pues, que en esta nueva labor Julio Noé realizara algo de verdadero aliento, como ha ocurrido con la valiosa Antología editada, que viene a llenar un vacío sensible en la historia de nuestra moderna literatura. Los últimos veinticinco años han sido, en realidad, fecundísimos para las letras nacionales, y es sobre todo en la poesía donde las nuevas corrientes artísticas han abierto más ancho y profundo cauce. Y en esta obra del señor Noé se puede admirar en toda su vasta complejidad este panorama halagador, habiendo hecho muy bien en consagrar la primera parte de ella a Leopoldo Lugones, maestro y precursor — pese a los obstinados en negarlo — de las nuevas generaciones literarias.

El tipo de antología adoptado en esta obra es el de Ad. van Bever y Paul Léautaud, abundando en ella las notas biográficas y bibliográficas que hacen aun más interesante su lectura. Ordenada cronológica y alfabéticamente a la vez, está dividida en cuatro épocas, ocupando la última parte los modernos poetas de vanguardia. Libro de estudio y de consulta, él está llamado a ser un documento insustituible para historiar el desenvolvimiento de la moderna poesía argentina, uniéndose a esto el hecho de que se ha sabido elegir, en la mayoría de los casos, las producciones más características de cada autor.

El país debe, pues, al señor Julio Noé un nuevo esfuerzo y una obra de trascendental importancia.

F. ESTRELLA GUTIERREZ.

Poesie Scelte di Alfonsina Storni, por Alfonso Depascale. Buenos Aires.

El poeta italiano Alfonso Depascale, acaba de realizar una labor simpaticísima de acercamiento italo-argentino, vertiendo a su idioma una selección de poesías de Alfonsina Storni. Casi simultáneamente con este libro, Max Daireaux, en las páginas de la prestigiosa revista "L'Amérique Latine" ha hecho conocer al público francés otro conjunto de poemas de la señorita Storni. Si a estos trabajos se agregan las traducciones sueltas en diversos idiomas, sobre todo al portugués, de sus versos, tendremos la circunstancia halagüeña de que nuestra gran poetisa, bien conocida ya en los pueblos de habla hispana, será también juzgada con el respeto que merece en los países extranjeros.

A propósito de esta traducción que comentamos, la misma Alfonsina Storni ha escrito las siguientes líneas que sirven de pórtico al interesante volumen:

"Alfonso Depascale, un espíritu generoso, ha querido emprender la tarea de traducir mis versos al italiano, la infinita lengua de los apasionados. Decisión enteramente suya, la he respetado y admirado con la admiración con que un perezoso ve a un diligente hacer un trabajo casi inútil.

"He de explicarme: Depascale ha hecho estas traducciones en un par de semanas, afebrado por el deseo de cumplir su palabra, no exigida, de tener en menos de un mes este grupo de traducciones terminadas; y digo que este trabajo es casi inútil por cuanto el idioma italiano cuenta con tan enormes riquezas verbales e ideológicas, que la voz de una mujer, perdida en un rincón geográfico, no puede interesar para nada a aquella noble exuberancia.

"Agrego, sí, que Alfonso Depascale, que es un poeta profundo, un alma honrada y un entusiasta delicado, ha hecho verdaderos esfuerzos para respetar el contenido total de mis versos: metro, ritmo, sentido y entonación iniciales; trabajo éste que solamente los que han traducido saben las dificultades que encierra, y de estas dificultades ha salido airoso, pues hay más de una maravillosa traducción en este grupo de versos.

"Completa su heroísmo la circunstancia de que esta edición le pertenece en propiedad; es decir, que al esfuerzo ideológico ha unido el material. Yo estoy sorprendida y en cierto modo feliz de presenciar un espectáculo bello: el desinterés, el optimismo, la cordialidad de escritor a escritor."

Las traducciones de Alfonso Depascale son, en realidad, excelentes. Dan siempre la impresión de que su autor, enamorado de la gran belleza que hay en los originales, no ha querido sino transvasarlos, lo más exactamente posible, del castellano austero a la dulce y melodiosa lengua italiana. Bien es verdad que la sensibilidad poética de Alfonsina Storni, su dominio absoluto del verso, su concisión y la claridad elegante de sus estrofas son circunstancias que pueden ayudar eficazmente a un buen traductor. Y el señor Alfonso Depascale ha sabido hacer todo esto en el bello libro que acaba de publicar.

F. E. G.

Ruta de los Conquistadores, por Jacinto A. Figuerero. Editorial Tor. Buenos Aires, 1926.

Un libro característico, interesante y ameno, ha realizado el joven escritor Figuerero, donde con sutileza irónica, estilo ágil y versación innegable, ha recogido críticas a las apuntes que sus viajes le han sugerido.

Dentro de su género literario puede asegurarse que "La Ruta de los Conquistadores" está destinado a interesar a los espíritus ávidos de emociones traducidas sin deformación conceptual, en lo que a su fin conviene, a cuyo efecto, cada uno de los relatos que constituyen el libro, supera en interés al que le ha precedido, por el conocimiento del ambiente, la fina observación, la realidad de sus tipos protagonistas, y, más que nada, por la forma de encarar la crítica sociológica — tarea difícil si se encara bajo el criterio estrictamente escolástico, — donde campea un optimismo de buena ley.

Si se tiene en cuenta la exigua producción que acusa el género que nos ocupa, a lo que puede agregarse el acierto y la justeza de su realización, fácil será deducir la importancia de un trabajo que, por su propia naturaleza, ha de provocar el comentario elogioso que merece esta tentativa honesta y seria que nos revela, al par que un temperamento inquieto y de penetrante observa-

AVISOS ESPECIALES

MÉDICOS

Dr. AMADEO NATALE

Jefe del Servicio del Hospital Pirovano
ENFERMEDADES DE LOS OJOS
Consultas de 14 a 18
SARMIENTO 735—U. T. 7382, Av.

Dr. JUAN E. GARULLA

Médico del Hospital Alvear
Atiende especialmente
enfermedades internas
Méjico 1360

Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0819

Dr. VICTOR MORASCHI
OCULISTA

JEFE DE CLÍNICA DEL HOSPITAL
OFTALMOLÓGICO «SANTA LUCÍA»
DE 2 A 4 1/2
BERNARDO DE IRIGOYEN 257
U. T. 4723, Rivadavia

Dr. ALBERTO T. BARRAGAN

DENTISTA CIRUJANO
De 14 a 18 Sáenz Peña 216
U. T. 38 Mayo 6837

Dr. A. R. ZAMBRINI

Prof. Suplente de la F. de Medicina
Jefe del Servicio de nariz, garganta y
oidos del Hosp. San Roque
VIAMONTE 728 De 2 a 4
Menos los Miércoles

Dr. JORGE I. DEL PIANO

Médico del servicio de garganta, nariz
y oídos del Hospital San Roque.
Asistente a la clínica del profesor
Sobillon (París)
Consultas: de 2 a 4 p. m.
LIBERTAD 1375—U. T. 6867, Juncal
BUENOS AIRES

Dr. ALEJANDRO PINTO

MÉDICO CIRUJANO
Ex Practicante Interno de los Hospita-
les San Roque y de Niños de la Capital
Federal.—Señoras y Partos.
Bm. MITRE 1272 Adrogué

Dr. ELOY A. ESCOBAR BAVIO

Médico oficial del Círculo de
la Prensa y Director del Ser-
vicio Médico del Jockey Club.
LAS HERAS 1877
Consultas de 3 a 5 p. m.
Unión Telef., 5728, Juncal

ción; a una promesa más que previsible si nos atenemos al juicio que luego de saborear sus páginas se experimenta.

Hay—junto a la visible influencia de Anatole France—la reconversión ensayada en el tono irónico, las descripciones ajustadas a una prosa sobria y nada chabacana, los diálogos ceñidos que revelan a los tipos en toda su expresión anímica, todo fundido en una armoniosa unidad de conjunto que le torna más interesante.

Sol de Amanecer, por Gaspar L. Benavento. Editorial Tor. Buenos Aires, 1926.

Prologar un libro de versos suele ser tarea harto incómoda para quien, ajeno al elogio fácil y complaciente, se cree no obstante obligado a prodigarle por mera cortesía. No ha sido seguramente éste el caso del poeta Blomberg, que con tan entusiastas como sinceras palabras presenta el breve volumen de Gaspar L. Benavento, "un maestro de escuela de veinte años que vive y enseña al pie de la Cordillera".

"Canción fresca y panteísta, agrega, saturada de la armonía de la Naturaleza, del júbilo milagroso de la vida, llega con un acento exultante, vibrando con las fuerzas eternas. No encuentro una sola estrofa que no vibre de amor y de júbilo. Es la canción del nido bajo el cielo azul, frente a los trigos temblorosos; canción de la novia, del tálamo, del hijo, de la esperanza; del beso en la aurora de septiembre, oyendo:

Música de viento,
de pájaros y agua..."

Tal es, en efecto, admirablemente sintetizada, la emoción que despierta la lectura de estos cantos augurales del poeta que ha sabido realzar, a los veinte años, el bello milagro de convertir su amor en fuente de optimismo y de vida, buscando la inspiración y la felicidad en el seno de la plena Naturaleza. Hay por eso en sus versos, armoniosos y sencillos, una frescura y espontaneidad de égloga y de idilio. "No encuentro una sola estrofa que no vi-

bre de amor y de júbilo", dice Blomberg, y a fe que ello se advierte abriendo el volumen al azar. Las cuarenta composiciones de que consta, todas ellas, brevísimas, no son sino otros tantos himnos en los que el poeta parece complacerse en exaltar su emoción amorosa y su optimismo ante el espectáculo maravilloso de la Naturaleza.

Digamos, pues, con Blomberg: "Bienvenida esta bella y dulcísima canción del maestro de la Patagonia. Bienvenida a las calles de esta ciudad donde suenan tantas huera y frívolas canciones."

Una hazaña memorable. Diario completo de Franco. Editorial Tor. Buenos Aires, 1926.

Siempre fueron gratos al público lector estos libros de aventuras y viajes reales, vividos por hombres de temperamento excepcional y que son a manera de ejemplarios de energía y de temeridad. Por eso no podía faltar este diario de navegación del más atrevido y valiente de los españoles contemporáneos, y ésta es la empresa que con una corrección y una habilidad poco común ha realizado la Editorial Tor para satisfacción y esparcimiento intelectual del público, pendiente hoy más que nunca de todo cuanto a la magna empresa de los hispánicos aviadores se refiere.

Franco, en su diario de navegación, muéstrase tal cual es: sólido y enérgico, con una serenidad y corrección verdaderamente militares, y a las que no es ajeno el éxito que ha coronado la travesía del Atlántico. Día a día, con una regularidad única, metódico, ha ido relatando inquietudes y esperanzas, triunfos y éxitos; jornada tras jornada, en términos escuetos y despojados de aditamentos que no serían bien dentro de su condición de militar y que afortunadamente tampoco caracterizan a su temperamento. Ramón Franco relata los episodios más culminantes de su viaje y transmite al lector una idea completa de lo que debió ser aquel viaje.

DEBAJO DE LOS GUINDOS

Por E. AMADEO ARTAYETA

Entraba yo un día a un puesto de fruta a comprar alguna para llevar a casa de amigos, adonde iba a almorzar.

La vista de un canasto con guindas, y, más que todo, el suave perfume que despedían—los olores y la música son los que traen más recuerdos a la memoria—me trajo al de tiempos preteritos; de tiempos mejores.

¿Puede darse hermosura igual a la de las guindas? A la vista de aquel cesto quedé extasiado.

El recuerdo que el aroma de aquellas guindas trajo a mi memoria, fué el de mi primera juventud. En aquella época, yo aceptaba—así como se acepta un axioma,—que Lelia, mi prima, era muy bonita. Pero hasta entonces lo había aceptado nada más que como un axioma: sin demostrarlo. La veía a menudo y la costumbre de tenerla frecuentemente cerca de mí, no me había dejado contemplarla como merecía; ni de analizarla, ni de haberseme ocurrido pensar en que si era o no realmente bonita.

Yo tenía diez y siete años, y ella, a lo sumo, diez y seis. Era rubia, y su piel, rosada con los matices del durazno maduro, tenía como éstos, la misma aterciopelada suavidad. Y hasta me parece que su carne despidiera su perfume, embalsamando la estancia donde se encontraba.

Sus ojos, verdeclaros, y su mirada lánguida, hacían padecer de ansias a quien la contemplaba.

Después, ¡cuántas veces la habré sorprendido bajo la influencia de la gran pasión!

Al sonreír, al plegar las comisuras de sus labios, en las mejillas, cerca de la boca, se formaban unos hoyucos que daban a su cara expresión particular.

Era por ese tiempo época de vacaciones, y yo esos días los pasaba en el campo acompañando a mi familia. Allí, con ella, Lelia estaba también.

Fué entonces que me dió por traducir a Lamartine, de cuya versión al castellano me encontraba muy orgulloso. Hoy no sabría qué grado de fundamento podría tener mi satisfacción de entonces, aunque no me encontrara capaz de tal labor.

Y aquella mañana de estío, mientras a la sombra de los árboles del jardín empeñaba en traducir a mi autor favorito—mostrándome, quizá, la rima esquivada,—al levantar los ojos, como una visión alumbrada apenas en la sombra de las plantas por los discos movedizos del sol entre las ramas, se me apareció rodeada de geranios de rojos colores, de nardos y de jazmines; vestida con traje ligero, como correspondía a la estación; tocada su cabeza por una capota de paja de Italia, a la manera de pastora de pasados siglos.

Llevaba una cesta al brazo para recoger la fruta que se afanaba en alcanzar, empujándose sobre sus pies breves y delicados. Al fin, haciendo no pocos esfuerzos, recogióse las faldas que dejaban ver sus piernas aprisionadas por finísima media, consiguió trepar al árbol, un hermoso guindo, de ramas cargadas de frutos en plena sazón.

Me levanté de un salto, y, sin que ella lo advirtiera, llegué bajo la planta en momentos en que mi prima se llevaba a la boca un racimo de aque-

llas guindas, cuyos colores se confundían con los de sus labios, y con los que salieron a sus mejillas al descubrirme en muda contemplación.

Fué tal su sorpresa y su turbación, que hizo un movimiento brusco cayendo por poco al suelo. Desacomodóse su vestido y su sombrero con el cimbronazo de la planta, y quedó al punto azorada y muda, no acertando a sostenerse entre las débiles ramas, al mismo tiempo que trataba de poner en orden el vestido y el sombrero, inclinado sobre su cara.

Yo, extasiado, la miraba sonriendo al contemplar su turbación.

villa que había desperdiciado de contemplar?

Ella había estado a mi lado sin inmutarme ni conmoverme, hasta el punto de haber permanecido tranquilamente traduciendo poesías, en vez de traducirla toda la pasión que era capaz de encender y que recién, entonces, se despertaba en mí. ¿De qué pasta estaría yo formado?

Por fin, Lelia halló la palabra, y, con un grito de desmayo, exclamó:

—Ayúdame, Nicanor.

Yo, torpemente, la tomé de una pierna a la altura del tobillo, pero ella me gritó:

—¡No; así no, que me harás caer!

—No te muevas—repliqué.—Deja que te ayude.

—Ayúdame a bajar—volvió a decir.

Yo comencé a trepar por el débil tronco de la planta, que, incapaz de sostener tanto peso, se puso a trepidar. Lelia, alarmada al sentir que la planta cedía por mi audacia, gritó:

—¡Bájate!

—¿Y cómo he de ayudarte, entonces?—pregunté.

—Bájate; que ya bajaré yo—replicó.

Pero yo seguía trepando, haciendo con mi peso doblegar cada vez más a

LUCHA DESIGUAL

Dirigibles y aeroplanos

El zeppelin "L. 72", "Dixmude", tenía una longitud de 266.50 metros; un diámetro máximo en la sección maestra de 24 metros, y una capacidad en hidrógeno de 68.350 metros cúbicos, lo que daba al dirigible una fuerza ascensional, en el vuelo, total de 38.000 kilogramos a la temperatura de 15°.

Esta carga de 38.000 kilogramos debe comprender el peso de la esencia, del aceite y el lastre necesario para las maniobras de equilibrio y ascensión, así como la carga útil a transportar.

A título documental señalamos que el curso del último realizado por el "Dixmude", estos 38.000 kilogramos estaban repartidos así: 20.000 kilogramos de esencia, 1.000 de aceite, 5.000 de víveres, 12.000 de lastre.

Velocidad máxima, 100 kilómetros por hora; velocidad de crucero, 72 kilómetros por hora.

El deslastre necesario al zeppelin "L. 72" para subir a 1.000 metros es de 7.600 kilogramos, y el lastre del globo para 10° de descenso de la temperatura es de 2.500 kilogramos.

Por otra parte, el empobrecimiento diario de su fuerza ascensional era de 350 kilogramos, y una lluvia mediana cargaba aún el globo con 1.500 kilogramos más.

Se ve, pues, que el plafón máximo de un dirigible es muy inferior a la altura de combate de todos los aviones de caza actuales, y que todos los aviones modernos de gran reconocimiento y de bombardeo pueden lle-

gar a ganarle en velocidad y altura; el super "Goliath-Farman", en particular, con su carga normal de combate asciende a 6.500 metros, marcha a 190 kilómetros por hora, y tiene, por este motivo, a su merced, todo zeppelin del tipo "Dixmude".

El "L. 72", utilizado como aparato de bombardeo; si se le da el mismo radio de acción que el super "Goliath-Farman", es decir, 1.200 kilómetros, la cantidad de esencia necesaria en peso para los seis motores "Maybach" es de 4.900 kilogramos; la cantidad de aceite 170 kilogramos; tomando para la maniobra 15 hombres de tripulación, o sea 1.200 kilogramos y 4.000 kilogramos de bombas, la fuerza ascensional disponible es de 29.000 kilogramos próximamente, lo que permite al globo un ciclo de 4.000 metros.

Empleando el super "Goliath" cargado con la misma cantidad de bombas no tendrá a bordo más que tres hombres de tripulación; estará el menor tiempo posible en el lugar de bombardeo; podrá defenderse de todos sitios; y podrá, sobre todo, alcanzar una altura de 5.100 metros, altura que puede permitirle, por la noche, mantener en respeto todos los aviones de caza de noche actualmente empleados.

Del examen de las anteriores cifras comparativas se ve con evidencia que un dirigible de 68.000 kilogramos de peso total, largo de 266 metros, no puede llevar una carga útil superior al super "Goliath" cuatrimotor de 500 caballos de vapor.

las ramas, asustando a la pobre niña enhorquetada en ellas.

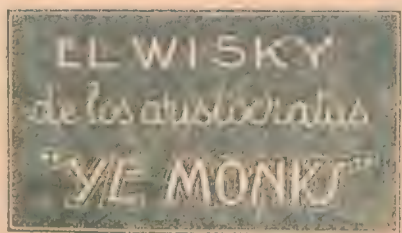
Y Lelia, por asirse para sostenerse, dejó caer la cesta.

—¡Oh!—exclamó.—¡Qué lástima, mis guindas!

—No te aflijas—respondí.—Allí hay otras que valen tanto o más que las que has dejado caer.

—Pero, ¿cuáles?, ¿dónde?—admirada preguntó.—¡Si ya no hay más!

—Aquellas...—repuse, trepando por entre las ramas en que ella se encontraba, y mostrándola a cuáles hacía yo referencia, con un beso que la di sobre



los labios, que con ventaja podían competir con las guindas...

Hubo ruido de ramas que se desgajaban..., y me encontré, de bruces, en el suelo.

Desde donde me encontraba y medio aturrido aún por el porrazo, le pregunté con ironía:

—¿Quieres que te ayude a bajar?

—¡No; quédate no más donde estás. o márchate!—me respondió enfadada.

Comenzó a descender, pero como el vestido la incomodara, me gritó:

—¡Vuélvete!

Yo la obedecí.

Un momento después, ella se encontraba al lado mío, recogiendo entre los dos las guindas desparramadas por el suelo, ambos inclinados, ocultando nuestra turbación.

Mientras yo la ayudaba a colocar nuevamente las guindas en el cesto que ella tenía suspendido del brazo, me atreví a decirle:

—¿Y esas que dejaste allí?

Mirándome asombrada, porque no quedaba guinda alguna en el suelo y roja, cual las que acabábamos de recoger, me preguntó:

—¿Cuáles?...?

—Esas—dije, apuntando a los labios de su boca,—que son las más hermosas de la creación.

—Esas...—replicó ella.—Si las merecieras, serían para ti...

No concluyó de decir la frase, pues antes de volver del asombro, la tomé entre mis brazos, y embriagado por el perfume que su carne exhalaba, sellé su boca con una lluvia de besos.

Han pasado muchos años. Tantos, que no me atrevo a hacer memoria de ellos. Pero siempre que tengo delante un cesto de guindas, el recuerdo me morderá el alma, pues su perfume y su color traerán, forzosamente a mi memoria, aquellas con que Lelia me tentara.

No es muy fácil cocinar

Es cosa científicamente probada, aunque generalmente lo ignoran muchas cocineras y amas de casa, que una cacerola o sartén, y por tanto, su contenido, se calientan mucho mejor teniendo el fuego a cierta distancia más abajo, que inmediatamente próximo, siempre que el calor de este fuego no se pierda por los lados, sino que se concentre hacia el fondo de la cacerola. En una cocina, por consiguiente, se obtienen los mejores resultados colocando las cacerolas a cierta altura, sobre las placas, si se quita la del centro, o sobre los mecheros si se trata de una cocina de gas; pero con objeto de concentrar el calor, la cacerola debe colocarse sobre un anillo o cerco de hierro que rodee la abertura de la placa o los mecheros. Este anillo puede hacerlo por poco dinero cualquier fumista, con sólo darle las dimensiones. El material es el mismo que se usa para tubos de chimenea y chimeneas de cocina, cortado una tira de unos ocho centímetros de ancho por una longitud cinco centímetros mayor que el triple del diámetro del espacio a rodear; en la orilla, que ha de ser borde superior del cerco, se cortan una docena de muescas o escotaduras que, sin dejar que se pierda la calor, contribuyen al tiro.

En las cocinas de gas, la concentración del calor dentro de este cerco, bajo la cacerola, reduce considerablemente el consumo.

CÓMO SE TRANSFORMA UN CRISTAL EN ESPEJO

Por de pronto, hay que hacer notar que no es el cristal lo que refleja la forma de los objetos, sino la capa brillante que hay detrás de él; pues, aunque parezca lo contrario, el vidrio es allí el que sirve para proteger y resguardar aquella capa. Asimismo, en los instrumentos de óptica: los telescopios, por ejemplo, la película brillante que se extiende sobre la superficie del vidrio recibe directamente los rayos luminosos, a fin de evitar deformaciones.

Los cristales destinados a servir de espejo son azogados, plateados o platinados. El azogamiento se hace bañando con precaución el cristal en una mezcla de estaño y mercurio, sobre una mesa inclinada. Es preciso evitar la interposición de las burbujas de aire. Luego se ponen pesos encima, a fin de expulsar el excedente de mercurio.

El platinado se emplea muy rara vez, a causa del precio, muy elevado, del platino.

Lo más usado hoy es el plateado. Se utiliza para ello una solución amoniacal de azotato de plata, al cual se añade ácido tartárico. Esta solución se extiende sobre el vidrio, previamente limpiado. Sobre la capa de plata se extiende la pintura.

MAL GUSTO DEL BROMURO POTÁSICO

Puede corregirse mezclando 10 gramos de jarabe por cada tres de bromuro. Si el jarabe está bien hecho debe contener cerca de 150 gramos de azúcar, el cual hace desaparecer el sabor amargo del medicamento, dándole, por el contrario, un gusto y olor agradables, que se asemejan un poco al del coco. Si se diluye mucho, los niños llegan a tomarlo con verdadera avidez, y siempre en todo caso es esta preparación de gran utilidad para los epilépticos y otra clase de enfermos, que, por la naturaleza de su mal, tienen que tomar el bromuro en grandes dosis.

LATÓN MALEABLE

Según una revista alemana, se puede obtener el latón maleable con la aleación de 33 partes de cobre y 25 de cinc, cubriendo libremente el cobre con el cinc en el crisol. Tan pronto como la mezcla se verifica, se añade cinc purificado con azufre. Después se cuela o vierte la aleación en moldes de arena de las dimensiones que se desea obtener. El metal adquiere así la maleabilidad necesaria mientras está caliente.

CONSERVACIÓN DE LOS TOMATES

M. Vavin aconseja un sencillo procedimiento para conservar en buen estado los tomates. Se escogen frutos maduros y sanos, que, después de haberlos secado con un trapo, se colocan en una vasija de cuello largo, llena de ocho partes de agua, una de vinagre y otra de sal común, de manera que los tomates queden recubiertos con este líquido. Encima se vierte aceite de modo que forme una capa de un centímetro de espesor. Por este medio se conservan en perfecto estado los tomates, habiendo dado resultado satisfactorio hasta los ocho años de estar en tal preparación.

IMITACIÓN DEL EBANO

Los muebles de madera imitada al ébano están muy en boga en la actualidad, y como el modo de obtener dicha imitación es muy sencilla, vamos a indicarlo en breves palabras.

Se reduce el procedimiento a dar dos o tres manos de color a la madera,

CONOCIMIENTOS UTILES

caientada previamente, con una pintura que se obtiene haciendo hervir en unos cuatro litros y medio de agua ocho onzas de palo campeche durante media hora, añadiéndole después media onza de caparrosa.

Cuando se proceda al barnizado, después de esta pintura, téngase presente que es necesario añadir al barniz algunas gotas de color negro, porque, de lo contrario, haría éste adquirir a la madera un tinte parduzco de mar efecto.

BARNIZADO DE PIANOS

Para barnizar los pianos se recomienda el siguiente procedimiento: se mezclan con un litro de alcohol resina de laca, benjuí y resina de copaí, todo reducido a polvo. Se pone en una vasija al baño de maría, agitándolo repetidas veces. Cuando las resinas se hayan disueltas en el alcohol, se aparta la vasija del fuego, añadiendo esencias de espliego; se filtra luego en tamiz de seda fina, y se deja reposar en un frasco bien tapado. Transcurridos ocho días, se decanta el líquido, y se usa aplicándolo con un pincel fino.

MODO DE CURAR LOS PANADIZOS

En el panadizo superficial, subepidérmico, abrir la flictena purulenta y

asegurarnos de que no existen lesiones más profundas.

En el panadizo subcutáneo, prescribir, los primeros días, baños antisépticos; y después, sin esperar demasiado, practicar la incisión, paralelamente a la dirección del dedo, sobre la parte inflamada, sin traspasar la colección purulenta, por el temor de inocular los tejidos subyacentes.

Si se trata de un panadizo periungueal, extirpar la uña si queremos obtener una curación rápida.

El panadizo profundo puede ser sumamente grave cuando afecta el pulgar o el meñique, cuyas vainas comunican con las vainas sinoviales de la palma de la mano y de la muñeca. La lingangitis puede correrse a todo el miembro superior. Los síntomas observados son muy graves: fiebre, escalofríos, dolor intolerable, hinchazón del dedo, que queda inmobilizado y encorvado en forma de gancho. La supuración puede exfoliar, destruir los tendones, lesionar el hueso, reclamando a veces la amputación del dedo. En los diabéticos, los albuminúricos, los alcohólicos, el panadizo puede complicarse con gangrena, flemón difuso, erisipela, etc.

Abrir ampliamente el panadizo profundo, y cuando se trate del primero y quinto dedos, practicar una contraabertura por encima del ligamento anu-

EL OLFATO DE MELANIA

(La escena, en la puerta del cuarto del señor Rocantín. Melania, la criada del señor Rocantín, habla animadamente con Julia, la cocinera del cuarto de enfrente.)

Julia.—¿Viene usted de la compra, Melania?

Melania.—¡De la compra! Hace tiempo que estuve en la plaza. Vengo del correo, de echar una carta que mi amo se dejó olvidada en su mesa al salir de casa hace un rato.

Julia.—Sí; lo vi salir. Por cierto que iba muy de prisa... Y a propósito... ¿No le parece a usted, Melania, que su amo tiene un aspecto muy extraño desde hace algún tiempo?

Melania.—¡No me hable usted, por favor! Como esto siga así mi pobre amo concluirá por volverse loco. ¡Le digo a usted que van a acabar con él!

Julia.—¿Quién?

Melania.—¿Quién ha de ser? Todos esos envidiosos que no pueden tolerar que le hayan nombrado consejero municipal.

Julia.—¿Y eso le ha causado enemigos?

Melania.—¡Uy! ¡Muchos! Claro que él se lo esperaba... Pero lo que indigna es recibir todos los días en el correo un montón de cartas llenas de injurias y groserías, que tiene que leer sin poder defenderse, porque, naturalmente, ninguna de las cartas lleva la firma.

Julia (con aire de mujer enterada).—Comprendido. Cartas sinónimas.

Melania.—Así creo que las llama el señor; pero nunca me acuerdo del nombre. ¡Hace falta ser cobardes para escribir cartas así a un hombre tan bueno y tan inofensivo como el señor Rocantín! El pobre no desconfía, no come ni sabe dónde tiene la cabeza. Tengo que ir detrás de él para darle lo que busca, porque nunca lo encuentra. Claro que yo lo hago

todo con el mayor gusto, porque le tengo ley. Ahora mismo acaba de traer el cartero tres cartas de esas sin firma. Mi amo se ha puesto pálido, se ha encerrado en su despacho y luego ha salido. De seguro que lo ha hecho para echar al correo la carta que acababa de escribir y se ha dejado olvidada en la mesa. Gracias a que yo, que estoy en todo, he encontrado la carta y me he apresurado a echarla al buzón.

(El señor Rocantín, que sube por las escaleras, interrumpe el diálogo. Melania se mete precipitadamente en el cuarto. El señor Rocantín entra precipitadamente en su despacho y llama en seguida al timbre. Melania se apresura a acudir al llamamiento.)

Rocantín.—Oiga, Melania. Al salir hace poco a la calle me dejó en la mesa una carta y no la encuentro. ¿La ha visto usted?

Melania (maternalmente).—Sí, señor. Tranquilícese usted. La he visto y en seguida he bajado a echarla al correo. Llegará sin retraso. No se preocupe el señor.

Rocantín.—¿Que la ha echado usted al correo? ¿Pero no ha visto que en el sobre no había puesto ninguna dirección?

Melania (orgullosamente).—Claro que lo he visto; pero como tengo sentido común, he comprendido que en esa carta contestaba usted a uno de esos bandidos que todos los días le amargan a usted la vida sin dar su nombre. Y no crea usted, señor, que no me ha agradado que al fin se haya usted decidido a emplear los mismos medios que sus enemigos. Con esta gente no hay que tener miramientos. Ha hecho usted muy bien. ¡Siga usted así, señor! ¡Vénguese de ellos con los mismos procedimientos! ¡Así aprenderán!

Jean SOLEIL.

lar del carpo, introduciendo un tubo de drenaje que vaya desde el orificio inferior al superior de la herida.

Para la incisión de los panadizos es necesaria la anestesia local. Puede emplearse el cloruro de etilo o cocaína. Las inyecciones subcutáneas de cocaína o de estovaina deben ser practicadas en la raíz del dedo, previa ligadura del mismo, para impedir la difusión del anestésico. Se practicarán inyecciones en las cuatro caras del dedo, a lo largo de los nervios colaterales. La insensibilización se obtiene al cabo de cinco o seis minutos. Es completa y permite al cirujano practicar todas las maniobras necesarias.

Si una vez obtenida la curación persisten las rigideces, practicar masaje y movilización progresiva.

APLICACIÓN DE ZUMO DE TOMATE

Para impedir que las moscas y otros insectos ataquen a las plantas, es eficaz el regarlas con un cocimiento de hojas o tallos de tomates, con lo cual, no sólo se destruyen los parásitos que las hayan invadido, sino que también se evita que de nuevo se apoderen del vegetal. El zumo del tomate es también útil para exterminar los insectos que se alojan en los muebles y rendijas de las habitaciones.

PARA QUITAR EL MOHO

Es a veces muy difícil quitar el moho de los objetos de hierro. Una receta para ello consiste en sumergirlos en una disolución casi saturada de cloruro de estaño; la duración del baño debe estar en razón al grueso de la capa de óxido. Al salir del baño hay que lavar el objeto con agua y después con amoníaco, y secarlo rápidamente. Las piezas tratadas de esta manera toman el aspecto de la plata mate; no hay más que pulimentarlas un poco para volverlas a su apariencia normal.

CURACIÓN DE LA SARNA EN LOS PERROS

El tratamiento externo de la sarna en los perros, consiste principalmente en lociones, primero de agua jabonosa y el siguiente día con una solución de potasa concentrada en proporción de 30 gramos de potasa por 500 de agua, o bien de nitró en igual relación; si la enfermedad epidérmica subsiste, puede usarse un medicamento más energético, sirviendo para ello una mezcla de pólvora de caza 15 gramos, sal común 125 gramos y aguardiente 250 gramos, con cuyo líquido se lociona dos veces al día al animal. Puede también servir una decocción de tabaco (30 gramos por 500 gramos de agua), con la cual se lava al perro una vez al día durante cinco o seis consecutivos.

En invierno es preferible usar pomadas, y la mejor se prepara con 30 gramos de nitró, 30 gramos de azufre y 100 gramos de aceite hirviendo, pudiendo usarse una vez al día durante tres seguidos, después de lo cual conviene lavar al perro; y a los ocho días se repite el mismo tratamiento.

RESTAURACIÓN DEL MÁRMOL

Cuando el mármol bruñido, como el de las chimeneas y otros muebles, o el no bruñido, como el de las estatuas, se pone sucio y amarillento, no debe limpiarse con arena fina, porque rayaría la superficie, debiendo emplearse el siguiente procedimiento: se disuelven 60 gramos de cloruro de cal en un litro de agua, se moja un trapo en esta disolución y se pasa muchas veces por la superficie del objeto que se quiere limpiar; dos horas después se lava de nuevo el mármol con agua clara. Si el mármol está muy sucio se le restrega con esparto o con una brocha fuerte.

BLANCA PODESTÁ FUÉ RECIBIDA CON SOSTENIDO APLAUSO AL REAPARECER EN EL LICEO

Una vez más el público porteño externó sus simpatías por la señora Blanca Podestá, batiendo palmas apenas apareció en la escena al inaugurar su temporada del Liceo. Es evidente que la popular actriz cuenta con la adhesión de muchísimas familias, las cuales ven en ella una de las más grandes figuras del teatro dramático argentino, al que ha dedicado casi toda su vida artística. Temperamento vigoroso, fácil comprensión de los personajes que interpreta, Blanca Podestá está últimamente ligada al desenvolvimiento de la escena autóctona, no pudiendo hablarse de ésta sin vincular el nombre de la notable comedianta.

Como en las dos últimas temporadas, escogió la compañía de Blanca una pieza del señor Luis Rodríguez Acasuso para iniciar la de este año en el Liceo. "La danza de fuego", que así se titula la nueva producción del autor de "El alma desnuda" y "La mujer de bronce", nos parece un melodrama hábilmente disfrazado de drama. Y decimos así, porque no llega a herir la sensibilidad artística del espectador, sino a sacudir simplemente su sistema nervioso. El alma de la muchedumbre no sufre el más ligero rasguño ante los acontecimientos de la obra, en la que abundan los recursos efectistas demostrativos de que el autor conoce al público. No consigue el señor Acasuso transmitir al auditorio el dolor de la protagonista, tal vez porque ésta actúa con bastante arbitrariedad y pierde su valor humano. El público, sin darse cuenta quizá, no cree en esa mujer que entra a escribir una carta a un personaje masculino que la persigue, sin haber jamás demostrado el alcance de su silenciosa persecución. En la vida, las mujeres no proceden así. Nunca la mujer se adelanta a los acontecimientos y sólo como un recurso puede admitirse que el autor, que no ha de ser muy ducho en psicología femenina, atribuya a la heroína de su obra una epístola rogando a un galán que abandone la casa. Muchos son, si debiéramos analizar sutilmente, los errores que en este sentido presenta "La danza de fuego", la que, por lo demás, está construida con una técnica arbitraria. Los personajes entran y salen a capricho, la mayoría carecen de perfiles psicológicos y menudean los procedimientos subalternos de melodrama.

Blanca Podestá hizo una lucida interpretación de su personaje, siendo muy celebrada. Bien Casamayor, especialista en traidores de escena; muy eficaz el actor Zama. Los demás, discretos.

CASAUX OBTIENE UN ÉXITO CON EL SEGUNDO ESTRENO DE LA TEMPORADA

La concurrencia que llenaba la sala del Nuevo en la velada en que se dió la "première" de "Un sujeto extraordinario", comedia en tres actos de los señores Rogelio Cordone y Carlos Goicochea, escuchó con creciente interés el desarrollo de la acción, de suyo atrayente, rió en muchos pasajes las ocurrencias del protagonista, el hidalgo portugués Ortigao, y sintió al final un leve estremecimiento de emoción sentimental.

La fábula de la nueva pieza de los aplaudidos autores de "Terco como una mula" es bastante interesante y presenta, como tipo principal, un personaje lusitano recién llegado al país en busca de un pariente, sujeto de rasgos nobles y llamado a desempeñar en la obra el papel preponderante.

Unos primos de dicho personaje, que están agotando sus últimos recursos económicos, piensan salvar su situación forjando el matrimonio del portugués con una italiana viuda y rica, a quien se proponen vender, a buen precio, ciertos terrenos desvalorizados que constituyen sus últimos bienes. El hidalgo, al principio, parece dispuesto, pero, al advertir que es un simple instrumento de las ambiciones y la vanidad social de sus parientes, renuncia a la boda y se prepara a volver a Europa. Es aquí cuando, en un gesto de nobleza, el portugués da su nombre a una sobrina seducida por un hombre casado, impresionado por la sinceridad de la niña, que representa, a pesar de su falta, lo más discreto de las gentes que le rodean y que, además, está enamorada de Ortigao.

La obra que nos ocupa sigue en su proceso las características de las comedias amables, tocando a veces los bordes del sainete. Los dos primeros actos, si bien un tanto lentos en su desenvolvimiento, tienen ingeniosos diálogos y provocan en muchos momentos la carcajada. En el acto final, la acción se intensifica y se resuelve de una manera lógica y acertada, con la nota emotiva del desenlace, bien traído y de buen efecto.

El público gustó mucho de la pieza y celebró sobre todo la labor del actor Casaux, quien por primera vez encarna un portugués. La señorita Deslessi, en su papel de italiana sobresalió notablemente, debiendo ser también citadas la Mary, la Palomero y los actores Ceriani y Aranz.

"SAN JUSTINO MARTIR", DE OCTAVIO P. SARGENTI, EN EL APOLO

Decididamente, Octavio P. Sargenti es el hombre de la pocheda. Ha conseguido dominar ese difícil género y en cada una de sus nuevas obras se nota una mayor

EL TEATRO CRÍTICA-GLOSAS-HUMORISMO

maestría en el manejo de los muñecos y más seguridad en el enredo y desenredo de la acción. "San Justino mártir" es acaso la mejor producción en este sentido, de todas las que hasta ahora ha dado a la escena Sargenti, por que une a la agilidad y travesura de la trama, la eficacia de las escenas cómicas y el chispeante ingenio del diálogo.

Luis Arata y Carlos Morganti, en los papeles más importantes de la obra, desarrollaron una labor muy acertada, que contribuyó al buen éxito de la pieza. Carlos Rosingana y los demás elementos de la compañía cooperaron con buena voluntad, alcanzando todos un gran triunfo de hilaridad.

"POR MI DIOS Y POR MI DAMA", DE ELEODORO PERALTA, Y "QUÉ NOCHE DE BODAS", DE ALEJANDRO E. BE- RUTTI, EN EL SMART

Iniciaron su temporada de este año en el Smart los hermanos Ratti, con dos pie-

teatro. Otra razón consiste en la clase de obras que se representarán y en la diversidad de géneros de su repertorio. Y, por último, comenzaron las rarezas con la presentación inesperada, cuando parecía que había fracasado la tentativa del debut. Pues bien, con todas estas rarezas, a las que aún podríamos agregar la baratura del espectáculo, podemos decir sin reservas que este elenco que dirige Arellano ha de ser uno de los más interesantes.

"La noche trágica de Rasputin", pieza francesa de Antoine, traducida por Juan de la Saosa, es una obra interesante, tal vez más por el asunto que por su ejecución. Se nos presenta en ella la corte del zar de Rusia en la época en que dominaba la situación política de aquel país, el famoso monje Rasputin.

La labor de Arellano en esta obra y la de la actriz Carmen Lemus no dejan nada que desear, pudiendo calificarse de admirable en casi todos los pasajes. Muy bien estuvieron Argentino Gómez, Carlos Caselli y Margot Segré. Correctos todos los demás.

ACTORES NACIONALES



ROBERTO CASAUX, por Lili

zas de contrapuesto carácter, como para sondear el gusto del público y orientarse o tal vez para dar amenidad al programa presentando piezas de distinto género. Pero es el caso que además de ser de distinto género, son también de distinto valor las producciones estrenadas. "Por mi Dios y por mi dama" es una poco afortunada imitación de "La venganza de don Mendo", de Pedro Muñoz Seca, en la que ni el asunto ni los versos tienen nada que ver con la gracia, a pesar de haberse recargado las tintas apelando a recursos poco plausibles.

En cambio, "Qué noche de bodas" es una estimable obra, bien construida y hábilmente dialogada, que entretiene agradablemente al público, sacando todo el partido posible de un asunto sencillo y humano que sin intrigas ni recursos pobres, se desenvuelve dentro de tonos amables y discretos.

Los hermanos Ratti, Chela Cordero, Emma Martínez, la Mesa y demás componentes del elenco trabajaron con cariño y obtuvieron prolongados y merecidos aplausos.

ARELLANO DEBUTÓ REPENTINAMENTE

Vamos a tener una temporada rara en el Ideal. Decimos rara por varias razones justificadas. En primer término, actúa allí una compañía homogénea y de positivo valor artístico, cosa bastante rara en nuestro

niendo en cuenta que en la oportunidad del estreno se presentarán en esta sala el transformista y notable actor Rafael Arcos y la pareja de bailarines Growsa-courdia-Demidoff, el primero muy conocido entre nosotros y la segunda con un gran cartel parisien que seguramente responderá a su fama.

En el próximo número nos ocuparemos de ese nuevo paso de la compañía.

LAS REVISTAS DEL SAN MARTIN

Sigue representándose con mucho éxito, y ante un público muy crecido, la revista "Saltó la bola", con la que inició su temporada la compañía del San Martín. Acompaña en el cartel a dicha producción "Pero hay una melená", revista que en el año anterior tuvo un prolongado éxito, que se ha repetido este año, casi como si se tratara de una novedad.

COMPANÍA "SARMIENTO"

La temporada de la compañía "Sarmiento", que había hecho concebir gratas esperanzas y que en los primeros pasos nos dejó desconcertados, porque no coordinaban los avisos de la empresa con la realidad que nos ofrecía, ha tomado un nuevo aspecto que tiende a reconciliarnos si la cosa persiste. Al embrollado asunto de "La francesita Lisón", siguió al descabellado estreno de una pieza absurda y peor que mediocre de Eliseo Gutiérrez, titulada "Mi sobrina tiene novio", de la que no puede decirse nada bueno.

Orientada la temporada hacia nuevos rumbos, se anuncia la reposición de "El rosal de las ruinas", de Belisario Roldán, función de homenaje a su autor, en cuyo acto usará de la palabra el doctor David Peña para recordar la figura del malogrado escritor.

También se anuncia otra novedad interesante que consiste en el extremo de una adaptación de la difundida novela de Carlos Reyles, "El embrujo de Sevilla", hecha por el doctor David Peña.

Este nuevo camino emprendido por la compañía del Sarmiento y que es el que debió emprender desde la iniciación de sus funciones, viene a cumplir el programa prometido, los que nos hará perdonarle sus anteriores errores.

LA COMEDIA, SIN NOVEDAD

En el teatro de la calle Carlos Pellegrini no ocurre ninguna novedad, es decir, siguen las cosas su cauce natural, dada la excelente acogida dispensada por el público a la revista estrenada el día del debut con el título de "La primera sin tocar" y a "Morriña... Morriña mía", sainete lírico cuya reposición fué grata al público.

PARRAVICINI EN ESCENA

Con una sala donde no cabía un alfiler, reapareció en el escenario del Argentino el más grande de los artistas cómicos criollos, a quien el público saludó con largo y caluroso aplauso.

No sin adelantar que la pieza del debut, "De Mar del Plata a Sevilla, a bordo de una barquilla", fué muy celebrada, diferimos para nuestra próxima edición el comentario del caso.

REVISTA POR VEINTE DIAS

Habiendo terminado su actuación la compañía de operetas de Pietro Maresca y en tanto llegue la dialecta de Gobi, en viaje a Buenos Aires, el escenario del Marconi será ocupado por el elenco de revistas de Alberto Weisbach, de reciente actuación en Montevideo.

Este conjunto que acaba de presentarse con las revistas "El carmín de tus labios" y "Lo que tú quieras", permanecerá en el Marconi hasta el 11 de abril.

EL SABADO REAPARECE CAMILA QUIROGA

Inaugurará su tercera temporada en el Ateneo el sábado 3 de abril, la compañía de Camila Quiroga.

Como dijimos, esa noche estrenará la pieza dramática en tres actos, de Vicente Martínez Quiñoá, "La noche en el alma".

CONTINUA EL ÉXITO DE "EL RANCHO DEL HERMANO"

En el Nacional sigue siendo muy aplaudida la hermosa pieza dramática de Martínez Payva, que se representa tres veces por día. Es un éxito merecido el de "El rancho del hermano", obra que se destaca en la producción del teatro criollo por horas.

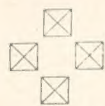
JUAREZ TIENE MUCHO PÚBLICO

Desde la noche de su debut en el Mayo, la sala de la Avenida viene siendo muy concurrida. Los viejos prestigios del gran cómico han reverdecido con su regreso a nuestro país y un público entusiasta aplaude el fácil juego del comediante español, tan querido entre nosotros.

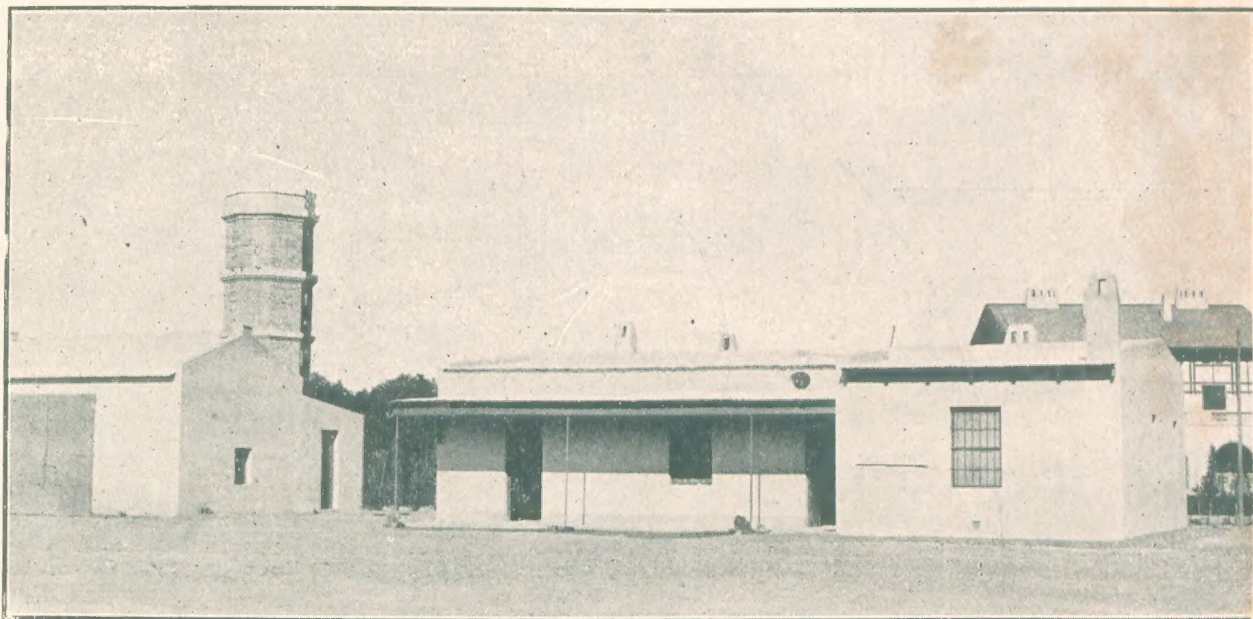
MUÑO

Continúa atrayendo público al Buenos Aires, la compañía de comedias y sainetes de Enrique Muño, que obtuvo buenos éxitos con las obras del debut.

La estancia "San Agustín," en el territorio del Neuquén



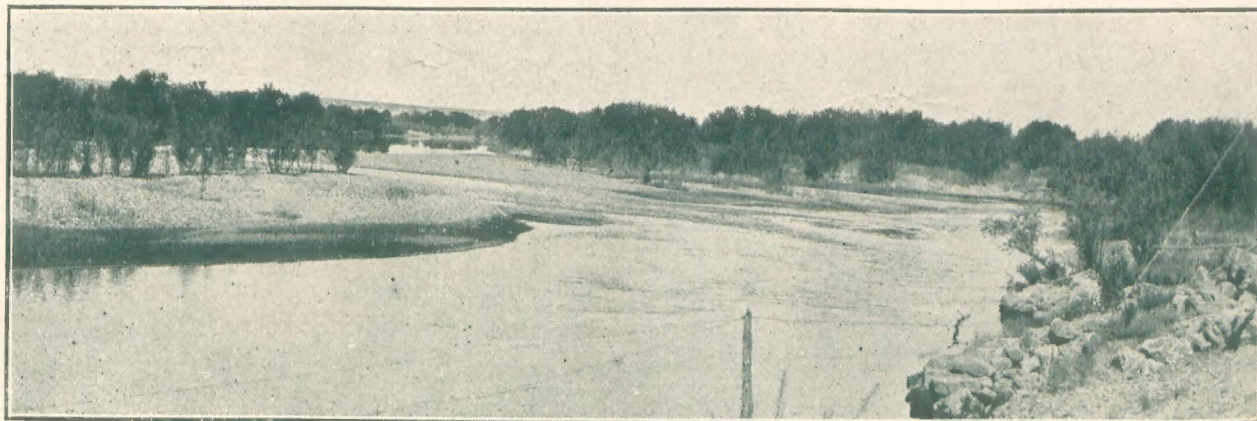
Algunas de las dependencias de la estancia "San Agustín".



Edificio principal de la estancia "San Agustín", propiedad del doctor Agustín Battilana, situada en el territorio del Neuquén. Este establecimiento de campo, de reciente creación, se destaca por la inteligencia con que ha sido formado.



Una bella instantánea del pintoresco río Limay, en las inmediaciones de la estancia "San Agustín".



Otro aspecto del Limay.

Fots. J. C. Dantiag.



Atrayente

por el delicioso matiz de su tez, lozana y diáfana como un rostro infantil. El Polvo Graseoso Leichner posee cualidades únicas para hermosear el cutis y evita que sea necesario empolvarlo con frecuencia, pues la fácil adherencia de esta exquisita preparación hace que mantenga en el rostro, por muchas horas, el tono perlino tan admirado en las damas que usan



POLVO GRASEOSO LEICHNER

Existe en todos los tonos y cada caja contiene un cupón que da derecho a artísticos obsequios.

Al enviar dichos cupones certifique la carta para asegurar que llegue.